AMOR DE INVIERNO

han suyin

traducido por ana mata buil

TRÁN
SITO

Título original: *Winter Love*
© Han Suyin, 1962

© de esta edición, Editorial Tránsito, 2024
© de la traducción, Ana Mata Buil, 2024

DISEÑO DE COLECCIÓN: © Donna Salama
DISEÑO DE CUBIERTA: © Donna Salama
FOTOGRAFÍA DE SOLAPA: © The Estate of Han Suyin

IMPRESIÓN: KADMOS
Impreso en España – Printed in Spain

IBIC: FA
ISBN: 978-84-127632-3-2
eISBN: 978-84-127632-4-9
DEPÓSITO LEGAL: M-9196-2024

www.editorialtransito.com

Síguenos en:

www.instagram.com/transitoeditorial

www.facebook.com/transitoeditorial

@transito_libros

Todos los derechos reservados. No está permitida ninguna forma de reproducción, distribución, comunicación o transformación de esta obra sin autorización previa por escrito por parte de la editorial.

AMOR DE INVIERNO

han suyin

traducido del inglés por **Ana Mata Buil**

Para Fernand Marzelle,
con gratitud por devolverme la fe
en la sinceridad intelectual del artista europeo.

HAN SUYIN,
Angkor, Camboya, diciembre de 1961

Eran las nueve de la mañana y estábamos en el patio central de la Facultad de Ciencias de Horsham. Yo iba a segundo. 20 de septiembre de 1944. El septiembre de Londres, joven, no gélido, pero sí frío, gris amarillento, flácido, viscoso, tiritante, adherido a las piedras y las columnas del claustro. Todas las chicas estaban allí apelotonadas, las de nuestro curso, las de tercero y algunas de primero, nerviosas y bobas. Volvieron a formarse grupos de risas agudas y cohibidas, y muchas de las parejas de amigas del año anterior se reencontraron. Era un año de trencas e impermeables; parecía que todo el mundo los llevara. No distingo ningún otro color salvo el de Mara. Para mí, resplandecía con su *tweed* verde y azul, erguida y sola, con tacones, mientras los anodinos grises y beis se arremolinaban alrededor.

—Hey, hola, Red. ¿Qué tal el verano?

—Bien, gracias.

Era Louise, mirándome con esos ojos azules y el abrigo color beis camel. Yo la había protegido en primero; habíamos salido a menudo juntas. Louise había pasado las cortas vacaciones de verano en Irlanda con su familia y nos habíamos escrito mucho.

—Me he agenciado la mejor taquilla, Red. Llegué pronto y se la birlé a la Fregona. Le dije que la compartiría contigo.

—Estupendo.

Me quedé mirando los tacones de Mara y sus medias de nailon. Medias que yo no había visto salvo en las revistas. En 1944, solo podían ser del mercado negro.

Louise miró hacia el mismo sitio.

—¿Quién es la tipa nueva?

—No sé.

—Alabado sea, ¿le has visto las uñas? Madre mía.

Esmalte de color rosa. Era posible que también llevara las uñas de los pies pintadas del mismo color. Debía de tener unos pies bonitos dentro de aquellos zapatos de suave ante azul marino. Era morena, de melena más bien larga, sedosa como el ala de un mirlo, pero con las puntas hacia arriba.

—Italiana o francesa —dijo Louise—. Ay, Dios, otra de esas tipas casadas. Lleva anillo.

En el dedo anular de la mano izquierda lucía una alianza sencilla que me pareció de plata.

—Es por la guerra —comentó Louise—. Últimamente hay tipas casadas

por todas partes. Anillo de platino. Tipa con pasta. Ya te digo, forrada.

Louise trataba de hablar igual que yo para complacerme. Y yo hablaba así porque era una forma de alardear delante de las presumidas como Louise. Había pillado la jerga de Rhoda, y ahora a muchas chicas les parecía muy ocurrente.

Daphne se me acercó.

—Hey, hola, Red. ¿Qué tal el verano? Estás radiante, querida. ¿Quién es la nueva adquisición?

—Lenora Stanton Número Dos —contestó Louise—. Otra de esas estudiantes casadas. ¿A dónde va a ir a parar la Horsham?

—Oye, Red, ¿qué te parece si diseccionas conmigo? —propuso Daphne—. Bueno, Louise y tú, me refiero.

Louise se puso seria.

—Gracias por nada, zoquete.

Ahí estaba yo, con Daphne Meredith y Louise Wells, mis compañeras. Las conocía a las dos desde que íbamos al colegio, y Louise decía que estaba enamorada de mí. Pero me aparté para acercarme a Mara, solo que, claro, entonces no sabía su nombre. Volvió la cabeza y su frente quedó a la altura de mi boca. Tenía cara de gata, afilada, con ojos oscuros y piel pálida.

—Hey, hola —dije—. Buenos días. ¿Empiezas hoy?

—Sí, pero voy a entrar directa a segundo. La señorita Eggleston me ha dejado.

Eggie era nuestra profesora de Laboratorio de Zoología.

—¿Tienes pareja? O sea, para diseccionar…

Negó con la cabeza.

—¿Te apetecería diseccionar conmigo? O sea, si no te importa.

—Por supuesto, me encantaría —respondió.

—Pues nos vemos en el labo —dije—. Quedamos allí para compartir los cuerpos; o sea, ya sabes, los especímenes. Por cierto, me llamo Bettina Jones, pero todo el mundo me llama Red… El pelo —señalé—, cobrizo natural, de ahí lo de Red.

Se echó a reír. Me miró. Llevaba mi típica cazadora de piel y la falda de franela gris. Metí las manos en los bolsillos.

—Y yo me llamo Mara Daniels. Bueno, Red, nos vemos en el labo, como dices tú.

Volví silbando hacia donde estaban Louise y Daphne. Louise desplegó mucho las pestañas por la parte exterior del ojo, como le encantaba hacer, con las pupilas dilatándose y contrayéndose de repente, un truco que alguien, yo no, debía de haberle dicho que hacía que sus ojos pareciesen más seductores. Lo hacía muy a menudo. Al principio me resultaba atractivo, ahora, de pronto, ya no me gustaba.

—¿Quién es esa? —Parecía que quisiera perseguir la palabra *esa* con el labio inferior, como una serpiente.

—Es maja —respondí—. Le he pedido que diseccione con nosotras.

—Que le has pedido… ¿A otra tipa casada como Stanton? Te falta un tornillo, Red. No sabía que te gustara la gente así.

Daphne miró al vacío.

—Supongo que lo siguiente será que comparta tu taquilla, ¿no? —siguió Louise—. La que he pillado para nosotras.

—No lo había pensado. Pero creo que será mejor que vaya volando a buscarle una, es verdad —dije.

—Uau —comentó Daphne—. A todas nos ha pasado, amiga.

Consciente de lo que ocurría, se apartó. La cara le temblaba un poco.

Puede que Louise estuviera que trinaba, pero no montaría una escena en público. Tenía dignidad. Enseguida se puso a charlar y reír con un grupo; era su forma de devolvérmela, pero ya no me importaba, y no dije nada cuando me dio la espalda.

Observé a Mara. Estaba apoyada en una columna. Las chicas la miraban a hurtadillas, con curiosidad. Iba a entrar directa a segundo. Mi curso. Iba a diseccionar conmigo. Estaba ahí plantada sin mirar a nadie, ni siquiera a mí, con una compostura distante en la cara. Desde luego, era la cara más preciosa que había visto en mi vida.

El laboratorio de Zoología de Horsham era tan deprimente como el resto de su estructura de cuatro plantas de mediados de los años veinte, aunque era de construcción más reciente y estaba lleno de ventanales. Justo antes de la guerra, alguna apreciada estudiante de Horsham, volcada por completo en la lucha por la emancipación femenina, había dejado dinero suficiente para modernizar esa parte de la facultad. Tal como lo expresó en su testamento: intentar conseguir una buena formación en aquel maltrecho edificio había sido una tortura, así que deseaba que nosotras estuviéramos más cómodas que ella. Habían sustituido algunas paredes que se caían a pedazos. En una pared entera del fondo y en un lateral del techo había cristales chapados que miraban al cielo y a las miles de chimeneas londinenses. En 1944, con ese zumbido constante de las bombas, la estampa no alegraba mucho a nadie. De momento no había sucedido nada (nos habíamos librado de la guerra relámpago), pero una se sentía desprotegida cuando oía los VI sobrevolando la zona.

Nuestra mesa de disección de cemento, sobre la que dejábamos los animales inyectados de formol (habíamos pasado a estudiar los vertebrados y estábamos con el gato), estaba en el rincón de la izquierda, justo donde empezaba la parte acristalada del techo; y si alzaba la vista desde los especímenes extendidos, que goteaban grasa medio congelada y propagaban

el hedor a ácido químico por todo el laboratorio, veía un globo gris; detrás de ese, otro globo; y detrás otros más, numerosos globos vigilantes, suspendidos en el cielo gris.

Mara y yo trabajábamos con una mitad del gato. Louise y Daphne se ocupaban de la otra mitad. Los ojos nos lloraban por el formol, y el olor nos hacía toser. A la señorita Eggleston no le gustaban las toses.

—Venga, vamos, señoritas.

Entraba dando golpes secos en el suelo con el puntero que llevaba en la mano para señalar los órganos, nervios y tendones expuestos, como un director de orquesta dirigiendo a los músicos con la batuta en un concierto. Iba haciendo tac, tac, tac, tuc, tuc, tuc, de una baldosa a otra. Algunas le caímos bien, otras no, y no se molestaba en ocultar sus sentimientos.

Al principio, Eggie veía con malos ojos a Mara, y no costaba saber por qué. Era tan diferente… Para empezar, estaba su aspecto, su ropa, su forma de hablar. Luego, cuando llevábamos alrededor de una semana con el gato, Mara cruzó dando saltitos el laboratorio para ir al vestuario. Ignoro por qué fue saltando en lugar de limitarse a caminar. A veces se comportaba así, como una niña que no quería crecer. Al día siguiente, Eggie escribió con tiza roja en la pizarra: «Las señoritas caminan con discreción y se contienen de dar saltos por el laboratorio de Zoología».

Mara no entendía por qué y dijo que no.

Louise, rascando con el escalpelo, dijo:

—Estoy de acuerdo con Eggie. Dar saltitos es de mala educación.

—Es una falta de consideración hacia los gatos —le aclaré—. Puede que los estemos cortando en canal, pero aun así tenemos que mostrarles respeto o algo así. Me refiero a que no podemos reírnos ni cantar ni hablar muy alto, y esas cosas.

En esa primera etapa, Eggie se estremecía por la irritación contenida cada vez que veía a Mara: las uñas pintadas, el maquillaje, las medias de nailon y los tacones, la melena demasiado larga y bien lustrosa. Todo lo que atañía a Mara implicaba dinero, cuidados, glamur, y supongo que ofendía el gusto puritano de Eggie por la fealdad. Mara mostraba una despreocupación ausente, distraída, que a menudo parecía insolencia cuando no era más que indiferencia; decía y hacía lo que le daba la gana, y Eggie no estaba acostumbrada a eso. A ojos de Eggie, todas nos portábamos un poco mal, incluso Lenora Stanton.

El aspecto de Mara afectaba a Eggie; saltaba a la vista. Muchas de nosotras durante la guerra casi nos regodeábamos en la dejadez, no nos cuidábamos las uñas ni nos lavábamos con frecuencia el pelo; costaba asimilar las cosas y, en cierto modo, sentaba bien ir desaliñadas. Igual que sentaba bien utilizar la forma de hablar de la clase media baja, hacía que una se sintiera en cierto modo más «en sintonía» con los demás, menos

clasista, más desenfadada y fuerte; reflejaba la sensación que teníamos algunas de «me las apaño sola», era una pose a la que acabamos por acostumbrarnos.

Mara no era como Lenora Stanton, que insistía en hablar a todo el mundo de la muerte de su marido, de sus hijitos; que animaba a las chicas a pensar en el amor libre y en el sexo como un hermoso éxtasis y gritaba con alegría en la cantina: «¡Lo que necesitáis todas es un hombre!», cuando era complicadísimo conocer a hombres en aquella época. Mara no hablaba, pero era evidente que tenía una vida secreta, además de esta vida entre los gatos muertos del laboratorio con esas ventanas glaciales que daban al cielo. Ese aspecto pulcro indicaba mimos, un hombre que cuidara de ella, la seguridad de la riqueza para respaldarla, y, sin embargo, había algo que no acababa de encajar. Era imposible imaginarse que Mara no tuviera todo lo que quisiese, pese a la guerra. Pero entonces, ¿por qué estaba allí? Por supuesto que Eggie la miraba mal. El laboratorio era la vida de Eggie. Estaba atada a él. Año tras año tras año seguiría enseñando Zoología. Nosotras solo conocíamos esa parte de la vida de Eggie, la que existía en los días lúgubres. Sabíamos que cuando llegara el invierno la nariz se le pondría cada vez más roja, lo único que destacaba en ella. Más allá del laboratorio no sabíamos nada sobre la profesora, no podíamos imaginar que le sucediera nada emocionante. Era imposible visualizarla haciendo algo más que dar golpecitos con el puntero y preguntar el nombre de un hueso o de la filogenia comparativa de la mandíbula. Mientras que Mara sugería… ay, tantas cosas, cosas que daban envidia: playas cálidas y cosméticos y música, y montones de ropa y nada de cupones, y huevos y latas de Estados Unidos, y vinos franceses y, ay, sí, tantísimas cosas que se nos estaban olvidando con la guerra o que no habíamos tenido jamás.

Después de conocer a Mara, empecé a preguntarme por otras personas. Me refiero a que me preguntaba cómo serían de verdad por dentro. Mucho más que hasta entonces. Fue Mara la que hizo aflorar en mí aquellos pensamientos. En Horsham se pasaba el día diciendo y haciendo lo que no tocaba, o eso parecía; siempre había alguien especulando sobre ella, hablando de tal o cual cosa que hubiera hecho. Pero se callaban si se daban cuenta de que yo estaba por ahí. De todas formas, me daba igual lo que dijeran: ya me había enamorado de ella. No me gustaba cuando la gente la criticaba. Y en cuanto a la antipatía de Eggie, bueno, también me hacía daño, pero a la vez me hacía ver a Eggie de otra manera, la volvía más humana. Sabía por qué le caía mal Mara. Aun así, su peor enemiga era Louise, que hacía comentarios hirientes siempre que podía. Louise odiaba a Mara, y creo que no era tanto por mí como porque Mara era guapísima.

Pese a ese punto de malicia, era un ambiente agradable, siempre entre chicas. Me refiero a que nos sentíamos cómodas, gritábamos con alegría a nuestras parejas después del laboratorio, nos alejábamos de dos en dos; los

dúos semipermanentes se formaban rápido o despacio, a veces (aunque no muchas) cambiaban al cabo de unos meses, y cada cambio traía consigo una «situación», peleas o escenas de celos y envidias que todas fingíamos que no lo eran. Hasta entonces, yo había tenido mis situaciones fuera de Horsham. Algunas de esas amistades se prolongaban durante años, o incluso toda la vida, completas y absolutas en sí mismas, sin requerir de nadie más; pero eran las menos. Los nombres de esas chicas se convertían para nosotras en casi legendarios, perpetuados por generaciones de alumnas de Horsham. Muchas más rompían. Cuando rompían a causa de otra chica, había un drama, o una farsa, o ambas cosas, pero luego todo volvía a su cauce. A veces se inmiscuía un hombre y rompía la relación y, cuando sucedía eso, todas lo sentíamos mucho más. Y en alguna ocasión había una tragedia, aunque no solía ocurrir en Horsham.

Pocas de las chicas eran así toda la vida. La mayor parte de nosotras lo dejábamos atrás en algún momento, nos casábamos en cuanto acabábamos de estudiar, teníamos hijos. Debido a la guerra, también había entre nosotras mujeres casadas como Lenora Stanton, que estudiaba ciencias para poder colaborar en la guerra después, o eso decía. Lenora era un tormento, y yo hacía todo lo posible por evitarla. Me daba sarpullido solo de verla. Pero tenía su pequeña corte de acólitas, chicas que bebían de sus labios e iban por ahí hablando de cómo había que vivir la Vida, como una Grandiosa y Gloriosa Experiencia, y del Papel de la Mujer y el Amor a la Vida. Lenora había sido actriz durante una temporada; su marido actor había muerto intentando aspirar la alfombra. «Electrocutado —anunciaba ella con voz cantarina y afectada, propia del escenario—, murió electrocutado. Cuando llegué a casa me lo encontré muerto, con la aspiradora en la mano». Al parecer, a ninguna de las chicas de su camarilla le resultaba gracioso.

Ahora Lenora iba a casarse de nuevo y daba a entender que pronto estaría haciendo una labor bélica ultrasecreta con su nuevo marido. Mientras tanto, quería que todas nosotras comprendiéramos la Vida y el Amor, y no nos ahorraba ni un detalle de los grandiosos arrumacos con su futuro esposo. Lenora había viajado un poco, y cuando acabase la guerra su marido y ella tenían previsto afincarse en Australia. Parte de las raíces de él eran australianas, cosa que a ella no parecía importarle; a Louise, en cambio, la llevaba a comentar: «Esos inmensos espacios abiertos».

«Por supuesto —solía gritar Lenora con alegría—, por allá son increíblemente convencionales. O sea, en las fiestas, las mujeres se sientan juntas y los hombres se sientan juntos, y nunca hablan unos con otros. Y si una chica cruza la pista para hablar con los hombres, las demás mujeres se arremolinan alrededor y la tildan de *facilona*». Le brillaban los ojos de alegría; se moría de ganas de predicar el Amor a la Vida en Australia.

Con esa misma voz cantarina, Lenora me habló un día de Eggie. Al perecer, una vez fue a merendar con la profesora porque, por increíble que

parezca, a Eggie le gustaba Lenora Stanton. «Vive con su amiga, sí, sí, amiga, en un piso pequeño de Bayswater Road. Su amiga es bióloga. Un sitio diminuto, con cortinas de encaje, lámparas con flecos, tapetes de ganchillo y esas cosas, y por supuesto, un gato… castrado», añadió.

Aparte de Lenora y Mara, las estudiantes casadas de nuestro curso, nuestro paisaje era totalmente femenino, lleno de solteras: jóvenes, ansiosas y escandalosas, o canosas de mediana edad y bruscas. Los chicos estaban en la guerra, y muchas de nosotras acabábamos los estudios sin conocerlos como habría sido de esperar. Había montones de mujeres como Eggie haciendo una labor magnífica, legado de la Primera Guerra Mundial.

Al principio, Mara parecía una estudiante desastrosa. No me cabía en la cabeza que la hubieran dejado pasar directamente a segundo. Es más, nunca supe cómo habían llegado a aceptarla en la facultad. Debía de haber una plaza libre y ella la ocupó. En los tres primeros exámenes orales, cada vez que Eggie hacía una pregunta, ni siquiera se molestaba en intentar responder, sino que decía: «No lo sé», y Eggie empezaba a sermonearla.

—Con eso no basta, señora Daniels. Sé que lo más probable es que tenga pasatiempos más entretenidos, pero aquí nos tomamos el trabajo en serio.

—Sí —respondía Mara. Y perdía la mirada en el infinito.

Yo me quedaba sentada con las manos en los bolsillos. No podía hacer nada, ni siquiera hablar del tema con Mara. Me daba vergüenza ajena y me ponía triste que se pusiera en evidencia de ese modo. Pero ella me sonreía como si no importase en absoluto. Ahora sé que no importaba, pero entonces yo aún era estudiante y pensaba como tal. Quería que Mara sacase buenas notas y fuese popular, quería protegerla y hacerle de escudo ante Eggie, protegerla de las burlas de las demás chicas, sobre todo de Louise, que tenía la respuesta siempre a punto. Todo el mundo sabía que Louise obtendría una matrícula de honor. Siempre sacaba las mejores notas, siempre trabajaba mucho y llenaba cuaderno tras cuaderno con esa caligrafía uniforme y pulcra, y ahora, cuando Mara decía «no lo sé», Louise se mofaba y Eggie daba golpecitos con el puntero para acallar el alboroto.

—No creo que nuestra amiga se quede mucho tiempo con nosotras —dijo Louise un día a la hora de comer mientras yo esperaba a Mara en la cantina.

Mara y yo teníamos «nuestros» asientos en el aula, «nuestra» mesa en la cantina.

—Eso no es asunto tuyo —respondí.

—Claro que no, Red, cielo mío —dijo Louise con delicadeza—. Dejemos que la naturaleza siga su curso. No debería haber entrado en Horsham. Más le valdría seguir colgada del brazo del hombre al que ha atrapado y quedarse en casa. Lo único que está haciendo es robarle la plaza a alguien que habría podido hacer carrera.

No respondí, y entonces llegó Mara; después de comer fuimos a dar un

paseo por el parque. Una semana más tarde teníamos un examen parcial. Yo estaba preocupada, y le comenté:

—Mira, Mara. He tomado apuntes. No son gran cosa, pero así no tendrás que empollarte todo el libro. ¿Crees que podría ayudarte?

—Ay, gracias —respondió—. Pero me divierte estudiar Zoología.

—Mira —insistí—, se supone que tienes que aprendértelo bien, me refiero a lo del mamífero que estás diseccionando. Si no, Eggie no dejará que continúes. O sea, la asignatura es bastante competitiva.

—Pues vaya —dijo Mara.

Nos metimos en St. James's Park, pero cuando entramos ya era de noche, así que decidí acompañarla a casa. Vivía en Maybury Street. Llevábamos cuatro semanas con la disección. Hacía una semana que la había acompañado a casa por primera vez. Al llegar a la esquina, se había vuelto hacia mí y había dicho: «Buenas noches, Red». Entendí que no quería que supiese dónde vivía. Y yo no quería que ella supiese dónde vivía yo porque temía que le pareciese muy sórdido. Me la imaginaba volviendo a un lugar hermoso —cálido, glamuroso, emocionante—, con alfombras y cortinas de suave satén, la antítesis del minúsculo piso de Eggie, la antítesis de mi sala-dormitorio en Camden Town, con el comedor común en la planta baja, el olor a frito por todas partes, el pelo del gato en la taza de té, y Andy y su tropa —los estudiantes de medicina de St. Thomas— con olor a formol, igual que yo después de una disección (con la diferencia de que ellos no parecían lavarse luego), y a sudor y ropa sucia. Y Nancy, que regentaba la residencia, con su pelo rubio teñido y su novio, Edward, el vendedor puerta a puerta que hacía flexiones y sentadillas en el cuarto de baño, que se iba olvidando su dentadura postiza por ahí, y con sus úlceras de estómago que le provocaban halitosis…

Volví a casa y recé mucho por que Mara aprobase el primer examen y por aprobarlo yo también, claro, aunque dudaba que ella lo consiguiera. Era la primera vez que me preocupaba que otra persona aprobase un examen.

—Vaya —repetía yo sin parar—. Vaya, vaya.

Paseábamos a orillas del Támesis. Oía los pasos de Mara y los míos, al unísono, y los de un policía haciendo la ronda por delante de nosotras. Parecía que no hubiera ningún otro sonido aquella tarde de domingo: un río frío y silencioso, una lánguida sucesión de horas ante nosotras. Londres era un cúmulo de estampas bonitas de color gris y plateado: delicados edificios etéreos recortados contra un cielo de plata, los racimos de globos de barrera amarrados que se mecían con el fuerte viento. Incluso la luz del sol era plateada. Las pisadas de Mara iban al compás de las mías; sus tacones repicaban en los adoquines, mis suelas planas acompañaban su limpio golpeteo. Todavía soy capaz de oírnos, junto con el policía, y de oírme a mí

diciendo:

—Vaya, vaya.

—Vaya, vaya —se burló de mí.

—Mara —repetí—. Lo has logrado.

Lo había dicho por lo menos diez veces, eufórica por su triunfo, como si fuese mío. Insistí otra vez. No paraba de pensar en ello, con las manos bien metidas en los bolsillos del impermeable, respirando el aire frío. Era maravilloso pasear con Mara una tarde de domingo a orillas del Támesis, recordando cómo Eggie se había sentado en la cabecera de una mesa larga y estrecha, con nosotras agrupadas alrededor de huesos y pedazos desperdigados de gato, pez y rana empapados de formol. Eggie iba levantando las partes o las señalaba con el puntero, precisa, irónica si alguien no sabía lo que eran, llena de un conocimiento impaciente que nos generaba inseguridad y tartamudeos. Iba clavando la mirada en distintas chicas, armada con el puntero. Era la prueba oral que creía que Mara suspendería.

Mientras nos preparábamos para el examen práctico, Louise le había preguntado con autosuficiencia:

—¿Sabe algo de zoología, señora D.?

—¿Y usted? —había contratacado Mara.

Louise había soltado una risita, divertida, con aires de superioridad.

Cuando le tocó el turno a Mara, todas, o eso me pareció, se inclinaron hacia ella con una expectación deslumbrante y cruel, casi deseando que se equivocara. Pero Mara se lo sabía todo. El puntero fue pasando de unas partes a otras, provocando, insistiendo, y las respuestas surgían con facilidad, estaba tan tranquila que en un momento dado pareció que se adelantaba a la pregunta, que era ella quien instaba a Eggie a seguir. Fue una maravilla verla. Ni siquiera Louise lo habría hecho mejor. Y entonces Eggie, estricta pero justa, dijo:

—La felicito, señora Daniels.

Se creó un incómodo silencio mientras Eggie se alejaba, y me puse a silbar. Siempre silbo cuando estoy contenta.

Un par de chicas se acercaron a Mara.

—Menudo espectáculo —le dijeron—. Tenías un as escondido en la manga, ¿eh?

—Vaya, vaya —dije yo—. Eres una caja de sorpresas, Mara.

—Qué va —respondió Mara—. Solo me lo aprendí rápido.

—A partir de ahora seré yo la que te pida que me ayudes. Si se te dan igual de bien la fisiología y la orgánica, vas a tener que darme repasos.

Nos apoyamos en la barandilla del paseo y contemplamos el vigoroso río, que mecía en silencio sus barcazas marrones. Aún recuerdo su cara aquel día, el brillo rielando en el agua, la luz del cielo en el río y de ahí,

proyectada en su cara. Lo mismo ocurría con mi felicidad; emanaba de ella, a través de ella la alcanzaba, se hacía completa.

Tomamos el té en una cafetería llena de humo y sudor, donde los taxistas y otros por el estilo comían *fish and chips*. Aunque estábamos en medio de un estruendoso gentío de hombres envueltos en humo, nos sentíamos ajenas a los demás, totalmente aisladas. Luego la acompañé a casa, hasta Maybury Street, en Mayfair, y nos detuvimos juntas en la esquina; ella regresó conmigo hasta Oxford Circus, y yo volví a acompañarla. No podía soportar tener que despedirme de Mara. Daba la impresión de que estaríamos eternamente caminando, embelesadas, incansables, yendo y viniendo sin cesar, nuestros pasos al unísono en las frías calles nocturnas.

A partir de entonces, me despertaba por la mañana media hora antes de lo que solía hacerlo antes de conocerla, engullía el desayuno, cogía a toda prisa el tranvía, luego cambiaba dos veces de autobús para llegar a la esquina de su calle, donde la esperaba. Todas las mañanas me daba ansiedad el miedo a llegar tarde, a que me hubiera esperado y, al no verme, hubiera echado a andar; yo no sabría si se había ido o no y me quedaría esperando y llegaría tarde a Horsham. Pero no sucedió nunca. Yo siempre era la primera y, al cabo de un ratito, la veía bajar la calle hacia mí.

Cuánto frío hacía para ser noviembre. Me oía diciéndolo mientras daba golpes con los pies en el suelo para entrar en calor, cuando nos montábamos en el autobús rumbo a Horsham. Sin embargo, entonces no me molestaba tanto como solía molestarme el invierno. Soy una persona friolera por naturaleza; el médico me había dicho que tenía mala circulación y por eso me salían sabañones. En cambio, aquel invierno los nervios me hacían olvidar el doloroso escozor de mis típicos sabañones y la humedad fría de la habitación de la residencia de Nancy. Quizá fuera porque había gastado chelines más alegremente al dejar la estufa de gas encendida mientras me pasaba horas sentada delante, soñando.

Por la tarde salía con Mara de la facultad de Horsham. A veces parábamos a merendar por ahí, y luego, de pronto, ella decía: «Huy, es tarde, tengo que volver a casa», con cierta ansiedad en la voz. Entonces nos poníamos en marcha y, a pesar de haber dicho que llegaba tardísimo, nos quedábamos un buen rato charlando en la esquina de su manzana. Las calles estaban tan oscuras a causa del *blackout* que apenas adivinaba su rostro cuando nos dábamos las buenas noches; en ocasiones creía ver su cara, pálida, casi luminosa, como una perla en la oscuridad. Ella me decía: «Bueno, Red, hasta mañana».

«Sí, hasta mañana. Aquí estaré». Y me daba la vuelta para marcharme. Mara siempre esperaba a que me diera la vuelta. Yo notaba sus ojos en la espalda.

Otras veces no le importaba qué hora era y hacía parte del camino hacia Camden Town conmigo, y yo volvía a acompañarla hasta la esquina de su calle, otra vez hasta Maybury Street. Menudas caminatas nos pegábamos.

Un día, en el local en el que estábamos merendando, dijo:

—¿Te gustaría ver dónde vivo?

Yo sabía en qué edificio era: el número 34 de Maybury Street, lo ponía en la lista de la facultad. Mara Daniels. Había recorrido la calle a primera hora de una mañana de domingo (los domingos nunca nos veíamos), con la esperanza de que ella saliera de casa por casualidad. El número 34 era un edificio de ladrillo de tamaño mediano, bonito, de aspecto pudiente; su piso estaba en la tercera planta, ponía el nombre debajo del timbre. Debía de ser bastante acaudalada para vivir en semejante sitio: pisos caros, una calle buena.

Cuando Mara me preguntó si me apetecía, me puse contenta, aunque me entró miedo. Anduvimos por Maybury Street y nos cruzamos con dos militares, aún no iban de camuflaje, todavía estaban relajados, charlaban. Entramos en el vestíbulo. Había un tipo de uniforme en una especie de garita que dijo: «Buenas tardes, señora».

Nos dirigimos al ascensor, forrado de madera pulida, con asientos de cuero rojo. Todo olía a abrillantador y a calidez, nada de mugre ni frío que taponasen la nariz. La casa te envolvía con una especie de olor cálido, sosegado, rico, que hacía pensar en superficies bien pulidas, una limpieza frecuente del polvo y chimeneas siempre encendidas.

—Vives en un sitio muy lujoso, Mara.

—Tenemos una señora de la limpieza que viene dos veces por semana, y el portero de abajo es un experto en mantener el edificio caliente.

Abrió la puerta del piso con una llave de seguridad; entonces entramos.

—Lo alquilamos amueblado —comentó mientras cerraba la puerta.

El mobiliario era bueno, y estaba bien cuidado. Pero no parecía significar mucho para ella en ningún sentido. Se movía con comodidad, pero no lo exhibía como algo suyo.

—¿Quieres darte un baño? —me preguntó.

—¿Parezco sucia?

Me miró con mi impermeable, mi falda de lana gris.

—Ay, Red, fuiste tú quien me contó que se habían reventado las tuberías de tu casa.

Era cierto. Había helado y no había agua en la residencia de Nancy. La casera lo había anunciado con su voz de los desastres, la que reservaba para las trastadas y los embarazos de la gata, o para los episodios especialmente dolorosos de sus úlceras gástricas.

—Me encantaría darme un baño, amiga.

Abrió una puerta que daba al reluciente esmalte de las paredes

embaldosadas; abrió un grifo, oí el tintineo del cristal, y regresó.

—El agua está hirviendo.

Entré en el cuarto de baño y ella cerró la puerta. Un fragante vapor llenaba la estancia; había una jarra grande de cristal con sales de baño y, a juzgar por el tono verde amarillento del agua humeante, supe que Mara había echado un puñado en la bañera.

Cuando salí del agua, me esperaba una toalla grande de color rosa; y, al ponerme de nuevo la ropa, me pareció que las prendas olían mal, que apestaban a suciedad fría. No me había fijado en cómo llevaba el cuello de la camisa. Me dio asco mi ropa.

Salí del cuarto de baño. Mara estaba sentada en la cama. Era una cama grande, o mejor dicho, dos camas juntas. Tenía una colcha magnífica, de un tejido beis brillante que hacía pensar en una piel fina. Me senté a su lado. Me sentía cómoda, sumida en una suave ensoñación y, al contemplar la colcha, de pronto me perdí sin remedio en un mar de recuerdos, transportada a un momento similar de mi infancia que no había rememorado hasta entonces. Me barrió igual que una ola: el recuerdo de una noche cálida, el olor a lilas, los suaves brazos de mi madre. Llevaba un vestido de raso, del mismo color que la colcha, y sus brazos desnudos resplandecían. Mi madre olía tan bien. Yo había olfateado su vestido, inspirando fuerte.

—Verbena —dijo Mara—. ¿Te gusta?

—¿Qué?

Me quedé confundida un instante. ¿Se refería al perfume de muchos años atrás, el recuerdo encerrado del calor y la fragancia que habitaban en las profundidades de mi infancia congelada? ¿Cómo podía saber cuál era?

—Las sales de baño, Red. Estabas olfateando. He pensado que te gustaría saber que son de verbena. Las hacen en Suiza.

Me olí la palma de la mano y le sonreí. Mara me sonreía también.

—Ay, Mara, qué agradable es estar aquí, contigo.

—También es agradable estar contigo, Red.

Extendí la mano y ahí estaba la suya, debajo de la mía. Era tan pequeña en comparación con la mía… Me encantaba que fuera así. Me encantaba notar la seda debajo de mí. Sí, estaba encantada. Podría haberme quedado dormida.

—Ven, voy a enseñarte una cosa —dijo Mara.

Otra puerta, cerrada con pestillo. Sacó una llave del bolsillo, abrió y buscó el interruptor de la luz. Una habitación pequeña, sin muebles, un caballete, lienzos pintados; uno sobre el caballete, otros apoyados del revés contra la pared.

—No sabía que fueses artista —comenté.

Me dirigí al caballete, pero me apartó.

—No mires. Lo hago para divertirme.

—Mientras sepas que es solo para divertirte —dije por decir algo. Había muchos colores llamativos. No sabía si los cuadros eran buenos o no, pero eran de Mara, así que añadí—: Son preciosos, amiga.

—Bah, sé que no soy buena.

Volvimos al dormitorio.

Oí cómo se abría el cerrojo, supe que alguien había abierto la puerta del piso. Mara se levantó al instante y se dirigió a la sala de estar. La seguí.

Era un hombre. Entró y se quitó el sombrero.

—Hola, Karl —dijo Mara. Luego se dirigió a mí—. Red, este es mi marido, Karl.

Quería mirar a Karl, pero me quedé mirando a Mara, porque su voz había cambiado muchísimo. Sonaba distinta, débil y tensa. No había nada que temer, pero me entró miedo. El hombre estaba ahí plantado, frotándose las manos. No era alto, tenía el pelo rubio, un poco demasiado largo por detrás; era guapo, con ojos de un avellana verdoso que asomaban por detrás de la montura de pasta de sus gafas. Tenía unos ojos cautelosos.

—Karl, esta es Bettina Jones —dijo Mara—. Ha venido a darse un baño, porque se han reventado las tuberías de su cueva.

—Preferiría —dijo él con un leve acento extranjero— que mi esposa dejara de usar esas expresiones, Mara.

Nos dimos la mano y luego él apartó la suya y empezó a frotárselas, como si se las enjabonara. Unas manos agradables pero repulsivas, uñas cortas y bien cuidadas. Seguí oyendo el roce de las manos mientras su voz decía:

—Ha empezado a deshelar, pero me temo que volverá a hacer frío pronto.

—Voy a preparar té —comentó Mara, y desapareció.

Nos sentamos en la sala de estar y él me preguntó cuánto tiempo llevaba en Horsham y qué tenía previsto hacer después de la guerra, y entonces supe que Mara no le había hablado de mí; hasta ese momento, él no sabía de mi existencia. No paraba de mirarme con cautela, de arriba abajo, y luego bajó la mirada como si yo no valiera la pena tanto esfuerzo, y volvió la cabeza como si quisiera adivinar qué hacía Mara en la cocina; en cuanto regresó con una bandeja, el hombre empezó a cebarse con ella. Cebarse es la única palabra posible para el modo en que hablaba a su esposa. Nos bebimos el té que había preparado Mara.

—¿Qué tal ha pasado el día tu gato? —preguntó él con rotundidad, supongo que esperando que nos riéramos. Y olfateó el aire—. No me parece bien que las mujeres guapas estudien cosas que huelen tan mal como la zoología —dijo. Luego añadió—: ¿No le parece que soy un marido ejemplar, señorita Jones, dejando que mi mujer se entretenga cortando en pedazos gatos muertos? Aunque, bueno, mientras estén muertos y ella sea una esposa amorosa cuando yo vuelva a casa…

Y soltó una carcajada.

Yo estaba en medio, aunque acabase de entrar en escena y él no hubiera sabido nada de mí hasta ese momento. Mara dejó de gustarme mientras Karl estuvo presente. Se la veía tan frágil, hablaba con un tono agudo y falso que no le había oído jamás, tratando de desviar la conversación de su marido insistiendo en lo de mi baño y en que no había agua donde yo vivía, porque las tuberías se habían reventado con una helada.

—Ay, querida —dijo él con una sonrisa, volviendo la cabeza hacia mí—, ¿por qué no elige una vivienda más decente? Aunque claro, en Londres es tan difícil… Uf, Londres, qué ciudad tan sucia. Me muero de ganas de volver al continente —dijo.

Y nos pusimos a hablar de lo mal construidas que estaban las casas en Inglaterra. Entonces dije, casi para provocar:

—Bueno, nos están bombardeando, ¿sabe?

Y después, no sé cómo, acabé diciendo que sí, que me encantaba su piso —Mara me miró atormentada—, y que sí, qué amable era Mara al ofrecerme que me diera un baño, qué agradecida les estaba a los dos, qué piso tan precioso tenían y qué maravilloso debía de ser tener siempre agua caliente; ojalá consiguiera algo similar algún día. Pero noté que el corazón me hacía bum, bum, bum sin parar mientras hablaba, como si hubiera hecho algo mal. Karl se frotó las manos y dijo que se alegraba de mi visita y que confiaba en que cuidase de Mara y no la dejase trabajar demasiado.

—No comprendo por qué quiere estudiar Zoología. No le hace falta trabajar. Tiene un marido que la mantiene. ¿Para qué va a querer estudiar una mujer tan guapa?

—Pero si pasas tanto tiempo fuera, me aburro sin hacer nada —respondió Mara con voz quebrada.

Sonó cohibida y tonta, y me dio vergüenza ajena, así que me levanté de la silla y dije:

—Bueno, será mejor que me largue. —Todo lo que decíamos los tres estaba mal; *largarme* sonó como si hubiera dicho una grosería—. Buenas noches, Mara.

Siempre añadía «nos vemos mañana» antes de irme, después de desearle buenas noches, pero esta vez no lo hice.

Y ella dijo:

—Buenas noches, nos vemos mañana en la facultad.

¿Se refería a que no debía esperarla en la esquina a la mañana siguiente? Vi que tenía los ojos oscuros y muy abiertos mientras me acompañaba a la puerta, pero se limitó a cerrarla detrás de mí. Clic, hizo la puerta, y sin más yo estaba en el ascensor, bajando, bajando, al mismo tiempo que mi corazón parecía hundirse; y luego estaba en la calle, con el olor de la escarcha congelándose otra vez, un olor que se me metió dentro cuando inspiré hondo.

Bueno, pensé, conque este es su marido, el señor Daniels. Karl. Vivían juntos en aquel piso. Volví a ver la cama grande y la preciosa colcha encima. Allí dormían, juntos. Mara y aquel hombre. Aquel hombre horrible.

Mientras caminaba de vuelta, visualicé a Karl con nitidez. Guapo, rubio, ojos agradables, manos agradables. Sí, Mara tenía un marido agradable. Solo un deje de acento; no era inglés. Se esforzaba por sonar inglés. Y un verdadero bruto… Estoy segura de que era un bruto. Yo me había comportado como una boba, sonrojándome y tartamudeando. Al fin y al cabo, ¿qué tenía de malo que Mara y yo fuésemos amigas?

Entonces llegué a la residencia de Nancy y subí las escaleras. Andy justo bajaba con su bufanda de rayas del hospital, se la había comprado de segunda mano a su hermano; ahora llevaba pantalones de pana de la RAF, una trenca, una bufanda del hospital y un bigotito tieso. Intentaba copiar al Gran Hermano George.

Me olfateó.

—Um… —Se paró—. ¿De dónde has sacado eso? ¿Del mercado negro? Huele igual que Fifi.

(Lo más probable es que Fifi fuera una invención de Andy, una mujer de la Francia libre, enamorada de sus encantos viriles. Nunca me había molestado en averiguarlo).

—Suéltame, Andy. Quita esas manos.

—Ay, chica, ¿no estamos de humor esta noche? Venga, ven, justo iba a dar una vuelta por los *pubs*. Será divertido.

Me guiñó un ojo.

—No, gracias.

—Vente, anda. —Se apretujó contra mí y su bigote me buscó—. Vamos.

Babeaba un poco.

—No, no.

—Venga, bonita, no seas rancia, anímate un poco, como hiciste la última vez, ¿te acuerdas? Lo necesitas, y lo sabes.

—Tú… —empecé a decir.

Lo empujé tan fuerte contra la pared que se dio un golpe en la coronilla. Me soltó, aturdido por mi violencia.

Corrí a mi habitación y di un portazo; cerré con llave, aunque sabía que Andy no vendría. No le tenía miedo de verdad. No era más que un tonto estudiante de Medicina que alardeaba de sus aventuras con chicas francesas. Le había dejado entrar un par de veces, por curiosidad y porque me decía «venga, no seas rancia, anímate un poco», y juraba que iría con cuidado, y yo quería animarme y ser abierta de mente, en lugar de ser estrecha y boba. Además, quería saber cómo era. O sea, a todas nos gusta saber de qué va eso. Pero no había sentido nada, ni bueno ni malo.

Es tan raro pensar en cómo era entonces Andy, cuando ahora es tan

respetable, una persona distinta, más gordo y muy preocupado por la ropa. Es mi marido y estoy acostumbrada a él. No hablamos sobre el pasado. ¿Qué sentido tendría? Andy nunca ha sospechado lo de Mara. Esa es otra razón por la que no puedo amarlo; nunca sabrá cómo puedo sentirme, cómo puedo amar… No tiene ni la menor idea. Y aunque él me da seguridad, sé que algún día lo dejaré, huiré de esta seguridad que es un embrollo.

Esperaba que Mara tuviera otro aspecto al día siguiente. Pero ¿y por qué iba a ser así? ¿Porque yo había visto a Karl? Él llegaba a casa todos los días, ¿no? Aquel piso era su hogar. Aquella cama.

Mientras me dirigía al vestuario estaba inquieta, me puse a hablar con la Fregona, que limpiaba los retretes, esperando a Mara. Sentía un peso en el pecho; quería ver a Mara, ver su sonrisa; también quería pelearme con ella, decirle cosas duras, hirientes.

Me sentía tensa y rabiosa cuando me llegó el aroma de su perfume. (Louise siempre tenía envidia del perfume de Mara. Anunciaba su presencia, llenaba el vestuario, todas lo olfateábamos, de forma deliberada o inconsciente. «Uf, ya está aquí esa colonia tan horrible», decía Louise, y se tocaba el pelo, poniendo los ojos en blanco. Incluso en el laboratorio, con el olor de los especímenes que raspaba en la garganta, advertíamos el perfume de Mara. Seguro que a Eggie le repateaba, pero no era algo que pudiera erradicar escribiendo en la pizarra sobre el tema).

Mara se quedó cerca, resplandeciente como si la bañara la luz del sol, con unos pendientes pequeños de oro.

—¿A dónde vas, amiga? ¿Otra vez a comer con la duquesa? —Era una de mis bromas cuando aparecía tan arreglada.

Tenía una fina capa de alegría extendida sobre el maquillaje, con ese atisbo de sonrisa en la comisura, que le marcaba una arruga, una hendidura que descendía; el júbilo se servía de la misma arruga que la preocupación. Y pensé que esa cara encerraba todo lo que era la felicidad para mí… Hasta que la perdí, y la pérdida empezó a quemarme por dentro lentamente, como la quemadura de un cigarrillo que se extiende con dejadez. Ay, Dios, pensar que podría pasarme años así, deseando ver esa cara, hasta el nefasto momento en que las cosas se borran, y el dolor y el placer dejan de existir, cuando todo es como si nunca hubiera sido…

—Con la duquesa no. Con unos amigos. Gente simpática, para variar; vamos a llevarlos a comer al Hungaria.

Vamos, en plural. Eso implicaba a Karl. Mara está casada. Tiene marido. Si me obsesionaba con Karl, acabaría haciendo estallar la burbuja de cualquier tipo de amistad que Mara y yo pudiésemos compartir. No me gusta Karl, pero estoy segura de que a Mara sí. Es natural que se alegre de salir con su marido y unos amigos. Aunque me deje sola para comer.

—Estupendo —dije—. Por cierto, yo también tengo una cita esta noche. No podré volver a casa contigo.

—Vaya, Red, qué pena —contestó.

Pero no parecía afligida, así que todavía me dolió más.

Nos pusimos la bata blanca del laboratorio. Me dolía en el alma estar a su lado, porque había algo que ahora me resultaba inaccesible y de lo que hasta ese momento no había sido consciente, y quería romperlo. Quería estar con ella, no excluida, como ahora, a causa de un par de amigos y una comida; a causa de su marido, su otra vida, amigos con los que saldría por ahí, tan arreglada. Nunca se arreglaba para mí. ¿Qué impresión daría si yo la llevase a comer al Hungaria? Raro, dos mujeres juntas.

Me fijé en sus pendientes, me ablandé por dentro, tierna y temblorosa. Me entraron ganas de alargar la mano y tocarlos y tuve que hincar las manos aún más en el interior de los bolsillos porque de pronto también me entraron ganas de arrancárselos de las orejas. Entonces lloraría. Deseaba verla llorar, con todas mis fuerzas.

Mara iría a comer fuera, no se sentaría conmigo en nuestra mesa de la cantina, no volvería hasta la clase de las tres de la tarde, y para esa hora faltaba una eternidad.

Ella estaba contenta. Habíamos dejado de diseccionar y ahora mirábamos diapositivas y huesos. Se alejó de mí y se fue.

Me pasé la comida odiándolos, a Karl y a ella. La noche anterior había pensado que Mara tenía miedo de Karl, pero me equivocaba por completo, no tenía ni pizca de miedo. Lo amaba. No me necesitaba para nada, salvo como entretenimiento. Él era su marido, vivían juntos en aquel piso cálido y ampuloso. Ella lo esperaba, y salían por ahí con gente emocionante, y cuando él volvía le hacía el amor; y para él, Mara se ponía pendientes de oro.

Me senté con Louise en el aula magna para la clase de las tres, no quedaba sitio para Mara en nuestra fila; llegó unos minutos después de que Eggie hubiera empezado a hablar. Louise se mofó. Estaba contenta de haberme recuperado, le dije que volvería con ella a casa por la tarde. Mara nos vio, me parece, pero no alteró su expresión, y subió por las escaleras laterales hasta una fila superior. Eggie dejó de explicar. Oímos los tacones de Mara repicando en los peldaños.

Todas paramos de escribir, miramos a Mara mientras subía con los tacones altos, preparándonos para alguna clase de comentario burlón por parte de Eggie, algo que pudiésemos imitar y comentar luego. Algunas caras sonrieron, algunos cuerpos se recolocaron.

—La va a poner a caldo.

Esperábamos las palabras de Eggie lanzadas como flechas contra Mara, la

escabechina. No es que fuésemos sádicas, no éramos más que chicas que acaban de salir del colegio; crueles únicamente en grupo, anticipando el deleite de la masa frente al dolor ajeno, tan solo agradecidas de salir un rato del aburrimiento, del sopor de la voz de Eggie.

Sin embargo, Eggie no dijo nada, solo su cara adoptó un tono ligeramente morado cuando miró a Mara.

—Ay, madre, espera, que ahora va.

Louise estaba radiante, movía los labios.

Bajé la cabeza y fingí leer mis apuntes. Me sentía una traidora, pero contenta a la vez, en cierto modo. Eso le enseñaría a Mara que no había que ir con pendientes de oro por ahí.

Y, aun así, no pasó nada. Tuve que volver a alzar la mirada para ver por qué no ocurría nada. Mara se había sentado sola en la fila del fondo, la más alta, con la pluma en la mano, y miraba a Eggie con una sonrisa pensativa y casi tierna. No despegaba la vista de Eggie, y esta la miraba como si procurase no atragantarse. Entonces la profesora suspiró, bajó la mirada y continuó con la lección.

Nuestras plumillas garabateaban con afán, siguiendo la voz de Eggie, precisa y seca. La pluma de Louise iba desplegando su impecable caligrafía, aunque la apretaba demasiado.

Lo único que pude hacer fue esperar a Mara a la salida, esperarla junto a nuestra taquilla, complaciente, expectante, reconociendo su fortaleza, porque en todas las personas existe la sumisión a alguien que se ha ganado nuestro respeto; el modo en que las demás le abrían paso a Mara, el murmullo apenas perceptible de sus voces aun cuando fingían no darse cuenta de su presencia, también lo proclamaba. Ahora era alguien. Nos había vencido a todas, nos había devuelto ese sadismo omnipresente, engreído y puntilloso, hacia alguien distinto. Ella era distinta, pero también era fuerte, y yo estaba orgullosa de ella, más incluso que después del examen.

—¿Puedo acompañarte a casa? —le pregunté.

—¿Y tu cita?

—Se ha cancelado —mentí.

—De acuerdo —contestó.

Pero su voz no desprendía triunfo alguno. Parecía cansada, tenía la misma cara que una niña a la que han pegado. No dijo nada sobre Eggie ni sobre llegar tarde, aunque más adelante me enteré de que le había pedido disculpas. En cierto modo, no me sorprendió que después de eso a Eggie empezase a caerle bien Mara; la profesora se entretenía hablándole de zoología, siempre zoología, y le dedicaba una sonrisa rápida y furtiva.

El invierno de Londres se encrudeció. Hacía siempre un frío insoportable; y estaba oscuro, nunca salía el sol, una grisura perpetua, de la penumbra se

pasaba a la oscuridad y vuelta a empezar. Sin embargo, fue la época más cautivadora para mí, una etapa única en mi vida, que no se repetiría jamás. Ay, feliz invierno de antaño, solsticio de mis días… Un anillo mágico de horas que daba vueltas sobre sí mismo dentro de una oscuridad indiscernible. He salido de aquel círculo encantado, he seguido viviendo, pero sin desear nada con pasión. Si ahora alguien me preguntase qué quiero de la vida, le diría: supongo que la felicidad, y añadiría a toda prisa: pero ya soy *bastante* feliz, ¿sabe? Un buen marido, un hijo… Si dijera la verdad, que su existencia, que la cercanía de mi familia es algo tan difuso para mí como las lápidas de los desconocidos en un cementerio cualquiera, que lo único que existe para mí es un invierno concreto, vívido y nítido, rebosante de vida, y que todo lo demás es neutro, vago, indiferente, la gente pensaría que soy rara. Solo cuando mi mente regresa a Londres me siento viva, en lugar de saber, como un mero dato, que vivo. En ese recuerdo encapsulado cuento mis latidos a partir del bombeo acelerado de la sangre, una vez más paseo con Mara por el atardecer que se vuelve noche, con una linterna en la mano, iluminadas apenas por el leve aro amarillo de luz que deja pasar el cristal de las ventanas, y sé qué es amar, querer morir por amor. Continúa siendo así, y ahora soy una mujer casada con un hijo.

Mara y yo hablábamos mucho, al principio no sobre nosotras, sino sobre libros, gente, lugares, ideas… Y luego, más adelante, sobre nosotras, cada vez más. Yo podía pasarme horas hablando y hablando, y era como volver a ser niña, contenta, bien alimentada y siempre con energía. Pero no recuerdo muy bien las palabras, en realidad, no recuerdo prácticamente nada de todas las cosas que me decía y que en aquella época me parecían tan importantes y vívidas. Lo que mejor recuerdo era cómo caminábamos juntas, el ritmo de nuestros pasos, las calles, el frío, bajo globos invisibles de un cielo acechado, olvidando el invierno y el frío. Ahora, en mis ensoñaciones, se convierte en un paseo por espacios soleados, bajo árboles sin viento, por la hierba tranquila. En el momento, el entorno algunas veces irrumpía en nuestra consciencia: el chirrido de los autobuses, el rumor del metro, el temblor de los adoquines bajo los pies; peatones apresurados con los hombros caídos, pisando fuerte y ansiosos por llegar a toda prisa a alguna tetería o por subirse al autobús para combatir el frío. Pero a nosotras nos protegía el embeleso mutuo, y nos entreteníamos en las calles gélidas, caminando con ritmo ágil, absortas, ajenas a todo salvo por los sobresaltos de alrededor.

De otros inviernos recuerdo en especial las incomodidades, lo horrible y doloroso que era levantarse, temblar, coger autobuses atestados; el olor a pies y aliento y humo rancio del metro, las manos ásperas y llenas de sabañones, la ropa fría y tiesa por la mugre. Pero de ese invierno, el invierno de Mara, continúo notando la esencia, la tortura de su felicidad casi dolorosa, un éxtasis que estalla pese a todo lo que nos hicimos la una a la otra, incluso cuando yo trataba de aniquilarlo.

Pese a todo lo sucedido, siempre estará aquel invierno mágico rondándome e hiriéndome con sus maravillosos ecos. Los días más cortos del año, cuando nada había empezado y nada había terminado, cuando todos los caminos de la vida estaban vivos y el tiempo latía a mi alrededor como un corazón.

Recuerdo pequeños y valiosos fragmentos invernales, arrancados de la oscuridad y el olvido. Mara diciéndome un día cuando salíamos de Horsham: «¿Siempre llevas pantalones o falda y esa cazadora de piel?». Yo le contesté: «En invierno, sí. Si no, no hay manera de entrar en calor». Recuerdo cuando le mostré, el primer día, dónde colgar el abrigo: «Si quieres usar una percha del vestuario, escribe tu nombre y díselo a la Fregona». «¿Por qué tengo que poner mi nombre?», me preguntó. «Porque si no, alguien te la birlará». Nuestra taquilla, recuerdo tan bien aquella taquilla, la que Louise me había conseguido y que yo le propuse a Mara compartir conmigo. Me procuré un buen candado, y cada una tenía una llave, tanto Mara como yo. Y, al cabo de poco, todo lo que había en la taquilla olía a su perfume. Un día Mara quería volver a casa más temprano, Karl daba una fiesta o algo así y, por supuesto, se había olvidado la llave en casa. Le dejé la mía y, en lugar de devolvérmela, se marchó con la llave. Al día siguiente apareció sin su llave y sin la mía, y me pasé un buen rato desatornillando el cerrojo de la taquilla metálica, mientras ella me hacía compañía e iba alternando entre el arrepentimiento y la risa, como si la situación fuese muy graciosa. Me enfadé y, al mismo tiempo, la amé aún más; ahora me duelen los dedos por ese amor malgastado, mientras ensayo cómo desatornillé el cerrojo, y mis oídos ensayan su risa: «Ay, Red, ¡qué lista eres!».

Nuestro primer almuerzo juntas en la cantina. El barullo de voces, el estofado, luego el pudin con natillas. El primer día del trimestre, la comida solía ser buena. La contemplé mientras comía. Yo ya estaba enamorada de ella. Desde el primer instante.

No obstante, a veces sentía que Mara era una maldición que había caído sobre mí, un hechizo maligno que debía romper. Estaba hechizada, pero también aterrada. Tenía el poder de dominarme, y a mí me ofendía. Ahora, mientras escribo esto, regresa a mí esa antigua exaltación, así como aquel odio y deseo de hacer daño. No hay ningún hechizo que romper, pero sigo sin haberme liberado de este amor y este odio, recuerdos vampíricos del pasado, que chupan el sentido de cada hora de mi existencia; recuerdos de un amor punzante y dulce que será irrepetible. A veces desearía liberarme de aquel invierno; y, sin embargo, sin embargo, lo daría todo por volver a ver a Mara.

Una tarde, mientras paseábamos, le dije de repente:

—A veces me siento atada a ti, como si me arrastraras bajo los tacones, como un cachorro arrastrado por una correa.

Mientras hablaba, justo pasó un perrillo pequinés, gloriosamente libre,

con una correa que arrastraba bajo la cola levantada. Ambas nos echamos a reír.

—Red —me dijo—. Yo no te arrastro. Tal vez seas tú la que me arrastra a mí, pero no me importa.

En ocasiones íbamos al cine. Películas de guerra, llenas de gritos y estruendo de motores de avión, y los bruscos estallidos de las armas. Hubo una en concreto en la que, en un momento dado, un comando inglés mataba con una bayoneta a un soldado alemán. La hoja se le clavó haciendo ruido, y muchos de los espectadores soltaron un suspiro, entre la repulsión y el placer, y Mara se levantó y se fue.

—No lo soporto —dijo—. Es una bestialidad.

—Pero, Mara, ya sabes que tenemos que combatir en esta guerra. Son los alemanes los que cometen bestialidades. Hitler es un monstruo.

—Lo sé, pero aun así, no me gusta. Toda esa masacre es una locura. No es necesario recurrir a la guerra. Y si lo es, entonces dejemos que los políticos se batan en duelo, sería más limpio.

Sonaba infantil e increíblemente romántico, además de un poco antipatriótico, pero ni siquiera eso importaba. Mara era diferente.

Un día le pregunté algo que quería plantearle desde hacía mucho tiempo.

—Mara, ¿por qué no ha ido al frente tu marido? ¿Es alguien importante o algo así?

—¿Karl? Ah, es… —Su voz se apagó—. Karl tiene pasaporte suizo. Es neutral. —Y entonces añadió—: Prefiero no hablar de él.

Pero yo insistí, para arrancarle algo sobre Karl y ella.

—Bueno, lo único que puedo decir es que tienes suerte de que tu marido esté contigo en estos tiempos.

—Ah, Karl no siempre está aquí. Además, no me gustan los hombres.

Ese día me sentí mucho más feliz, más libre, como si hubiera cruzado una frontera. Dejó de darme miedo Karl. En realidad, a Mara no le gustaba. Me entraron ganas de sentarme en su piso y mirarlo de arriba abajo, como él me había mirado a mí. Ya no estaría cohibida ni tartamudearía. Mara había dicho que no le gustaban los hombres. Eso incluía a Karl. Pero si era así, ¿por qué se había casado con él?

Sí que volví a ver a Karl. Un par de semanas después de la primera vez, Mara me propuso ir de nuevo a su piso. Le dije «No, no te molestes», aunque claro que quería ir. Pero entonces Daphne nos acompañó y se dio un baño. Mara la había oído quejarse de las tuberías de su vivienda y se lo había ofrecido también.

—Hay que ver qué generosa eres —le dije a Mara.

Me había mosqueado porque Daphne estaba con nosotras, me sobraba. Y me había enfadado también con Mara por proponérselo de forma tan espontánea. Pero ahora Mara le caía bien a muchas chicas. Daphne se

humillaba sin reparos delante de ella, pero tenía cuidado de no monopolizarla ni pedirle salir ni proponerle nada, porque sabía cómo reaccionaría yo.

Después de bañarnos, nos sentamos las tres en la acogedora sala de estar y tomamos café y tostadas calientes con mantequilla, y esa fue la segunda vez que vi a Karl. Entró en la sala justo cuando Daphne se recreaba en una de sus historias interminables sobre su tía, que era un «tormento», además de un «personaje». Karl hizo alarde de unos modales excelentes. De nuevo trató de decir lo adecuado, pero todas sus palabras sonaban erróneas, aunque Daphne iba soltando risitas y decía: «¡Ay, señor Daniels!». Él le sirvió jerez oscuro a Daphne, y dijo que tenía los ojos del mismo marrón que el jerez. La joven lo miró con adoración, y pensé que a mí me recordaban a los de una vaca. A partir de ese comentario, Daphne pasó a adorar a Karl, además de a Mara, repetía que eran una pareja encantadora e intelectual. Ahora Daphne está en África, lleva una escuela.

Al cabo de un tiempo, Mara dijo: «¿Me acompañas a casa?», y la seguí. Karl ya estaba allí y me dio la impresión de que Mara no lo esperaba. Estaba tensa, con una sonrisa forzada en la boca, los ojos perdidos en la nada, sin mirarme. Karl sacó un tema de conversación pésimo, se puso a perorar sobre libros y arte y música. Me dejó en evidencia, como si yo no supiera nada, y entonces se frotó las manos y miró a Mara e hizo una broma sobre estudiar Zoología: «Creo que le gustaría cortarme también a mí, como a una rana». Y así siguió sin parar, y me quedó claro que le molestaba que yo estuviera allí, quería estar a solas con Mara, pero también me quedó claro que ella no deseaba que me marchase. Y yo tampoco, quería quedarme más rato con Mara, solo para incordiarle a él…

Al final se hizo el silencio.

—Se hace tarde, ¿no? ¿Quiere que la acompañe a la puerta? —preguntó Karl, lo cual fue muy descortés por su parte.

Así pues, yo contesté, dando un respingo como si estuviera sorprendida de verdad:

—Ay, madre, no me había dado cuenta de que era tan tarde. Será mejor que me largue.

Esa vez Karl me acompañó no solo hasta la puerta, sino también en el ascensor. Dentro no me habló, se dedicó a mirar el suelo.

—Buenas noches —dijo al llegar abajo.

Nos despedimos con un apretón de manos, la puerta del ascensor se cerró con un ruido metálico y oí cómo abría la de su piso (el de los dos) y la cerraba de un portazo.

Me sentí rechazada, apartada. Los celos eran como un cepo que me apresaba, un punzante dolor intercostal que me arrebataba el aliento. Crecía y decrecía, pero siempre estaba ahí, no cesaba. Karl y Mara, Mara y Karl. Era

incapaz de quitarme de la cabeza las manos de él. Esa noche me desperté con escalofríos por todo el cuerpo, en medio de un sueño en el que Karl, Mara y yo estábamos escondidos y de caza, pero no sabía quién quería cazar a quién. Estaba todo confuso. Y allí, en la cama oscura en plena noche, regresó a mí todo el pasado, como siempre ocurre, odioso, agrio como un alimento vomitado, e intenté volver a conciliar el sueño, pero no pude.

Al cabo de dos días tuvimos una pelea fuerte, aunque enseguida hicimos las paces. No recuerdo cómo empezó, pero sé que solté un comentario sobre lo agradable que debía de ser que te mantuvieran. Mara no respondió, me miró y apartó la vista. Entonces dije muchas cosas, cosas horribles que ya he olvidado. Ella se limitó a mirar hacia otra parte.

Paré.

—Bueno, será mejor que me vaya. Hoy no puedo entretenerme más, tengo otra cosa que hacer —dije, e intenté dejarla, a ella, que estaba tan callada; quería huir de Mara, pero eso era imposible. De modo que me quedé allí inmóvil, en la fría calle, con deseos de marcharme y deseos de quedarme. Hasta que dije—: Ay, Mara, soy idiota, no tengo remedio.

—Uf, Red, ¿por qué tienes que meterte con la gente y criticarlo todo?

—No lo sé —contesté.

Y así hicimos las paces.

Entonces Andy volvió a las andadas. Estaba empollando para los finales y por eso pasaba más tiempo en su cuarto de la residencia de Nancy. Alrededor de medianoche arañaba mi puerta. Yo me encerraba con llave todas las noches. Y cada mañana él soltaba pullas contra las solteronas.

Un día, Mara dijo:

—Karl se ha ido al continente una semana entera. Ven a mi casa.

Esa noche la acompañé a su piso y tomamos café con tostadas y huevos, y nos reímos y fuimos felices, increíblemente felices.

—¿Has pintado algo más? —le pregunté.

Dijo que sí, pero no se ofreció a enseñármelo. Y yo no se lo pedí.

—Algún día te pintaré, Red —me dijo.

—Gracias. Sería muy divertido.

Se sentó enfrente de mí y empezó un boceto, pero cuando quise mirar, tampoco me lo mostró.

—En otra ocasión.

Pero nunca llegué a verlo.

Mientras Karl estaba de viaje, Mara empezó a hablarme de él. Y saltaba a la vista que no le gustaba su marido.

—En serio, es una especie de comerciante del mercado negro, pero respetable. Viaja por la Europa liberada para hacer contactos empresariales. —Sonrió un instante—. La reconstrucción democrática de Europa. Francia está llena de empresarios, sobre todo estadounidenses, disfrazados de

coroneles y generales, con montones de medallas que les suben y bajan por el pecho como una escalera. Y la gente como Karl hace negocios con ellos. Lo llaman volver a poner las cosas en su sitio. Karl está de lo más entretenido.

Durante los días en que Karl estuvo ausente, fui todas las noches a casa de Mara, y cada vez me quedaba hasta más tarde. Tenía una cocina agradable y cosas para comer, como alcachofas de Jerusalén y melocotón en almíbar y latas de Fortnum's que costaban un riñón, y huevos recién puestos de un amigo de Karl que vivía en el campo.

—Menudo papeo —le dije a Mara.

Mara se reía sin parar. Siempre le entraba la risa cuando yo hablaba así, como hacíamos muchas en Horsham ahora, para seguir la moda. Mara no hablaba de ese modo, ni siquiera escuchaba el programa *Itma* en la radio, pero se reía cuando yo lo hacía y eso me hacía sentir bien.

Ella despilfarraba mucho; cuando una lata se quedaba empezada, tiraba el resto a la basura. Una vez rescaté unas anchoas que había desechado.

—Qué rácana eres, Red —me recriminó entre risas—. Es que no me gustan las sobras, nada más.

—Estamos en guerra —dije con acritud.

—Ay, sí —respondió ella con sentimiento de culpa y, a partir de entonces, fue con más cuidado.

Pero la palabra *rácana* me hizo daño, porque ya me habían llamado algo similar antes, mi madrastra; y Dios sabe que con Mara no lo era, no quería serlo.

No obstante, aparte de cosas caras, en su piso no había apenas comida contundente.

«Bueno, Karl y yo comemos mucho fuera», se justificaba Mara.

Pocas veces se molestaba en cocinar, pero, cuando lo hacía, era como un banquete. Un día compramos un ganso, pues justo antes de Navidad los ponían en venta. Nos costó una fortuna y Mara lo asó al horno, y comimos hasta quedar hartas; pero había muchísimo y, dos días después, dio las sobras a la mujer de la limpieza.

Me quedé horrorizada.

—Con eso habría podido comer una semana una familia entera.

—Su familia se lo comerá —respondió.

Regresar de casa de Mara a la residencia de Nancy era como pasar de un mundo a otro, pero no envidiaba las comodidades de Mara, estaba encantada y orgullosa de tener una amiga tan adinerada. No es que yo no fuera a serlo algún día: mi padre me había dejado dinero en fideicomiso, al que podría acceder cuando cumpliera veintiún años. Mientras tanto, recibía una paga. Además, estaba la tía Muriel. Siempre decía que todo lo que tenía me lo dejaría a mí en herencia. Y tenía una tía abuela en el norte del país; era un

poco rara y capaz de dejárselo todo a un hogar para gatos y perros, así que yo no fantaseaba demasiado con esa herencia. Mientras tanto, me dedicaba a ahorrar. Debía ser cuidadosa con el dinero, una nunca sabía lo que podía ocurrir, y ahorraba alrededor de un tercio de mi asignación por si lo necesitaba en el futuro. Había que ver cómo Mara cogía taxis, compraba libros e iba a sitios caros… Todo lo que poseía era caro. Yo me regodeaba al pensar que tenía una amiga rica. No sabía que podía quedarse sin dinero y sin comodidades con la misma facilidad con la que se pierde un pañuelo (y ella siempre perdía los pañuelos). Me aturdía un poco, yo no estaba acostumbrada a derrochar de tal manera.

Por las noches, volvía desde el piso de Mara a la residencia en autobús y luego en tranvía hasta Camden Town; era un trayecto larguísimo. Algunas veces Mara me acompañaba. La estatua de Cobden relucía en la oscuridad como si marcase la frontera. Nunca había llevado a Mara más allá de esa estatua. Cuando llegábamos allí, cogíamos un autobús y regresábamos a Mayfair.

—Todavía falta un buen trecho —le contesté un día cuando me preguntó «¿A qué distancia de Cobden vives, Red?»—. Mi casa está mucho más lejos. Y me temo que no hay cena esperándote cuando llegues. Para eso tendrás que volver a tu casa, pero entonces tendré que ir contigo otra vez.

Lo dije medio en broma, medio en serio. Yo no quería que viera dónde vivía.

Desde Cobden quedaban por lo menos trescientos cincuenta metros, una larga y deprimente hilera de casas, entre ellas, la de Nancy. Todos los edificios eran iguales, angulosos, estrechos, una arquitectura cuya odiosa repetición provocaba alucinaciones. Incluso en los días más luminosos, desprendían un mudo desánimo por todas las líneas de las fachadas. Las ventanas no estaban pensadas para admitir la luz o el aire, cegadas en su desolación exterior. Todas las casas debían de oler como la de Nancy; desde el estrecho recibidor con el linóleo desgastado y mugriento, bajando las escaleras hasta el comedor del sótano o subiéndolas hasta las habitaciones de la primera y la segunda planta y del ático, todo olía a tabaco rancio, gato, suciedad, col y cubos de basura.

En la residencia de Nancy vivía Edward, por supuesto, el vendedor puerta a puerta que había sido instructor de un gimnasio de la YMCA. Pero se había quedado ciego como un topo y ahora el gobierno ya no lo quería. Olía a sudor incluso después de bañarse y el cuarto de baño también olía a sudor, porque tenía la costumbre de hacer allí sus flexiones y otros ejercicios, y luego iba al retrete. Su conversación giraba siempre en torno al tema de sus músculos y de sus hábitos tan regulares, sin necesidad de laxantes. Por culpa de Edward yo había renunciado a utilizar el baño principal por las mañanas, y esperaba mi turno en el pequeño inodoro que había en la planta superior. Estaba Andy, hijo de un obispo protestante de las colonias, que estudiaba

Medicina con una beca universitaria colonial porque su padre era prelado en Singapur. No siempre estaba presente en nuestras veladas rodeadas de linóleo. Sus ausencias daban pie a numerosas bromas directas y rocambolescas por parte de Edward y Nancy, que pensaban que Andy era un donjuán; tenían entendido que había gozado del apasionado amor de una rusa blanca, y ahora lo cortejaba una mujer de la Francia libre, que estaba dispuesta a tirarse al tranvía por él si hacía falta. Yo no creía en su existencia y, conociendo a Andy, sigo sin hacerlo. Edward era el amante ocasional de Nancy, en las ocasiones en las que ella se sentía lo bastante animada entre los ataques de acidez gástrica, las quejas de la guerra y los disgustos a causa de Winston, a la que había llamado así con la falsa impresión de que era un macho; había mantenido el nombre de Winston después de seis camadas porque a Nancy le parecía poco patriótico cambiárselo. Todos los inquilinos odiábamos a Winston, pero no podíamos hacer nada contra ella, hasta que un día Nancy cayó desplomada al suelo con un grito tras apartar la jarra de leche de la inquieta cola de Winston. Se le había perforado la úlcera gástrica. La derivaron al hospital de St. Thomas porque se encargó Andy, la operaron y volvió al cabo de seis semanas. Durante esas seis semanas nos las apañamos solos, haciendo turnos en la cocina. Fue entonces cuando Andy quiso acostarse conmigo y yo le dejé, habíamos estado fregando los platos y luego habíamos ido al *pub* a echar unas cervezas, y creí que si me negaba parecería una estrecha.

Cuando Nancy regresó, Winston regresó también. La habíamos desterrado durante las comidas, pero con la vuelta de Nancy, la gata empezó a acechar nuestros platos y de nuevo aparecieron pelos de gata flotando como si fuera espuma en la jarra de la leche matutina.

Ahí era donde vivía yo. Estaba acostumbrada, pero no quería que Mara lo viera. Hasta ese momento me había gustado mi cueva porque era baratísima, pero ahora que había visto cómo vivía Mara, empecé a ansiar algo mejor. Un lugar al que pudiera invitar a Mara. Podía permitírmelo.

Ahora tenía la impresión de que debía demostrarle a Mara que no era una rácana, como había dicho ella. Me hizo sentir mal también por mi tía abuela del norte, que tenía fama de ser una auténtica rata, y no quería convertirme en alguien como ella. Y mi madrastra siempre me regañaba por acumularlo todo, porque una vez me había guardado trocitos de cuerda que había ido encontrando y los había atado para formar una cuerda más larga.

Recorría Camden Town, volvía a mi cueva, y cada vez que el olor del pasillo me azotaba en la cara, pensaba: Tengo que encontrar otro sitio. Donde pueda invitar a Mara. A mediados de diciembre, hubo una tarde más templada, de clima más suave. A las cuatro nos marchamos de Horsham con paso tan alegre como si fuese primavera.

—Vamos a merendar a Maggie's —propuse.

Maggie's era un local pequeño cerca de James Street. Antes de la guerra

tenían bollitos y tartas maravillosos, pero ahora solo ofrecían «peligros amarillos», unos buñuelos hechos con huevo en polvo que llevaban un sucedáneo de semillas de alcaravea por encima. Me gustaba ir a Maggie's porque era acogedor, pese a la guerra. La propia Maggie era quien atendía en el establecimiento. Una mujerona con la voz aguda y cansada y unos bultos varicosos en las piernas. La que me había llevado a Maggie's por primera vez había sido Louise, pero ahora era yo la que llevaba a Mara. Louise había dejado de ir conmigo.

Llegamos pronto. No había nadie cuando entramos, pues los oficinistas todavía no habían salido de trabajar. Dentro de la tetería hacía calor, la luz casi verde era muy especial, un resplandor líquido y submarino que surgía de la ventana saliente con sus cristales de color verde botella. Era magnífico estirar las piernas, sentada junto a Mara, estaba tan a gusto como en el piso con ella: me sentía sumergida, arropada, flotando, tranquila como un alga e igual de conforme. Aquí, en la absolución del agua marina, con el estimulante olor de los buñuelos calientes, puede que incluso se estuviera mejor que en el piso de Mara, porque no entraría ningún Karl que nos trajese su incomodidad y el miedo a que de pronto explotase algo, como un arma escondida con un gatillo flojo.

—Buenas tardes, Maggie.

—¿Qué tal? —dijo Maggie—. Hace buen día. Ha venido el buen tiempo de repente, ¿no? Aunque mañana volverá a hacer frío, no me sorprendería.

Maggie dejó el tema y se dispuso a prepararnos un té. Tenía el don de dejar a las personas a solas y a gusto. Soltaba sus comentarios sobre el tiempo, que quedaban suspendidos en el aire, y una podía responder o dejarlos pasar. No hacía falta hacer el paripé.

Tenía la radio encendida, pero no muy fuerte. A lo lejos se oía un dron, un bombardero que zumbaba; la semana anterior me había dedicado a ver cómo lanzaban bombas, y uno de los aviones había pasado por encima de mi cabeza y había parado a cierta distancia.

—Ya está volando por aquí —dijo Maggie mientras dejaba en la mesa la tetera y dos tazas antes de ir a buscar los buñuelos—. Anoche soltaron una bomba volante cerca de donde vivo. Nos pasamos la mitad de la noche desenterrando a un tipo que se quedó atrapado en el sótano. Por suerte, no hubo más daños.

El avión se estaba aproximando mucho. Levantamos la cabeza. Ahora estaba cerquísima, parecía que lo teníamos encima, y la vibración hizo que los cubiertos repiquetearan sobre el mostrador. Entonces dejó de oírse el motor.

—¡Cubríos la cabeza! —exclamó Maggie, y se resguardó debajo del mostrador.

Mara y yo estábamos escondidas debajo de la mesa cuando cayó la

bomba, un silbido tan ensordecedor que no era un ruido sino un temblor y una avalancha de astillas y una succión de todo el aire alrededor; luego los remolinos instantáneos de polvo, gruesos como la tela, que nos hicieron toser y nos confirmaron que estábamos vivas.

Aunque todavía tengo muy nítido el recuerdo de aquel momento de terror, no soy capaz de evocar ningún miedo concreto, sobrecogedor, en el instante en que cayó la bomba; solo júbilo y un alivio aturdido, casi de sorpresa, al saber que continuaba viva tras la explosión. Y después, la cara de Mara, cubierta por una gruesa capa de polvo, sin facciones, como esas estatuas desgastadas por los elementos en una plaza vieja. En medio de esa amorfa masa color bronce, sus ojos empezaron a moverse, algo absurdo. Me entraron ganas de reír de alivio. Las dos estábamos vivas.

—¿Estás bien? —le pregunté.

—Sí, estoy bien. ¿Y tú?

—Sí.

Y entonces, pronto, irrumpieron muchas personas que traían consigo el pánico de las emociones, el terror, el horror. Nos levantaron en volandas, noté que las piernas me colgaban por debajo del cuerpo y el corazón me latía desbocado, pero al mismo tiempo notaba dentro una inmensa sensación de triunfo, como si acabase de hacer algo maravilloso. La gente seguía arremolinándose junto a nosotras y preguntando si estábamos bien, y Mara y yo forcejeábamos para que no nos tumbaran en una camilla, negábamos con la cabeza, nos sacudíamos el polvo de la ropa, nos limpiábamos la cara con unas toallas que habían aparecido por ahí. Llegó una ambulancia con personal uniformado, alguien se me acercó y me preguntó si quería una inyección para el *shock*, y contesté enfadada:

—Por el amor de Dios, le repito que estoy bien.

Y en ese momento, apartaron el mostrador y apareció también Maggie. Creo que Mara la vio antes que yo, porque dijo un «ay…» muy breve, y se llevó la mano a la boca. Sin embargo, tardé un poco en procesar qué ocurría después de haber mirado, un lapso entre lo que veía y oía y la asimilación de lo que estaba sucediendo. Había un líquido oscuro en el suelo, como granos de café, que al principio no tenían sentido alguno, y luego las piernas extendidas de Maggie con sus desagradables venas azules intactas, y en el cuello un trozo de cristal verde que sobresalía. Los de la ambulancia se apresuraron a cubrirla con una manta, incluida la cabeza.

Pero la muerte no era más que una palabra que me decía en voz baja, una palabra sin sabor. Mara estaba aferrada a mí y repetía «Red, vámonos», mientras me sacudía el brazo. Me agarró y me dio la vuelta para que no viera la camilla de Maggie, que estaban metiendo en la ambulancia.

A pesar de que apenas debieron de transcurrir unos minutos, me parecieron horas. Tuvimos que dar el nombre, decirle a mucha gente que

estábamos bien, antes de que nos dejaran salir a las oscuras calles. Y entonces vimos otra ambulancia, con camillas que iban y venían llenas o vacías, y recuerdo que pregunté: «¿Puedo ayudar?», porque era lo que correspondía, y Mara me susurró con firmeza:

—No, no, vámonos. Por el amor de Dios, salgamos de aquí.

Me fijé en que el de prevención de ataques aéreos había pensado que Mara era extranjera. De inmediato intentó calmarnos y me dijo:

—Será mejor que la lleve usted a su casa. Está en *shock*.

—Vamos a casa, vamos a casa —susurró entonces Mara.

Sentí que llamábamos la atención porque Mara no era valiente ni se ofrecía a ayudar, así que dije:

—Venga, cálmate. Nos vamos.

Pero el hombre de prevención intervino de forma tajante.

—No, no le meta prisa, señorita. Su amiga está angustiada, ¿es que no lo ve?

Y pensé que era injusto conmigo.

Mara no dijo nada hasta que llegamos a la esquina. Entonces me cogió de la mano y me apartó.

—No quiero ir allí —dijo.

Empezó a alejarse y la seguí.

—Hace un momento no parabas de gritar «quiero ir a casa». Te acompaño a casa y ahora no quieres ir allí. ¿Qué es lo que quieres?

—Vayamos a la tuya. Donde tú vives. Sí, vayamos allí.

Me enfadé y me asusté. No quería que Mara fuese a mi cuchitril. ¿Para qué demonios? Si hubiésemos ido a su casa, yo habría podido darme un baño, y Dios sabía la falta que me hacía. Pero, al mismo tiempo, había una especie de tímida excitación dentro de mí, como si temblara por dentro; en la boca del estómago sentía una mezcla de tumulto y clamor. Oí mi propia voz enfadada, pero, incluso mientras hablaba, el enfado se esfumó, convertido en una incómoda exaltación. Mientras seguía a Mara por la calle, discutía con ella.

—Mira, Mara, no sé qué te pasa. De verdad, Mara, menuda tontería. Mi casa no es ni la mitad de cómoda que la tuya. Necesitas… bueno, las dos necesitamos lavarnos. Me gustaría darme un buen baño, bonita. Mara…

Ella caminaba rápido, así que tuve que continuar a la zaga. Un taxi se acercó, y Mara se plantó en medio de la calle y se puso delante del coche, moviendo el brazo. El taxista paró, los frenos chirriaron y, asomado por la ventanilla, empezó a gritarnos, enfadado. Pero Mara le sonrió y él le devolvió la sonrisa, apaciguado. Mara abrió la puerta.

—Entra, Red.

Le dio al hombre mi dirección.

—Oye, oye —le recriminé—. Tendrás que pagar tú…

Pero el taxista me estaba mirando, y me aterra montar escenas en público. Nos pusimos en marcha. Pensé: no puedo permitir que Mara me toree así. Cuando lleguemos a la puerta, le diré buenas noches. Tendrá que volver a casa sola, hasta Mayfair, por muy lejos que esté. Juro que esta noche no la acompaño a casa.

Cuando el taxi giró con brusquedad para tomar Oxford Street, el tráfico nos arrojó su ruido con la fuerza del estallido de una bomba, y todo el enfado que yo sentía dentro se disipó. Me entraron ganas de bajar la cabeza y ponerme a llorar. Maggie había muerto y ahí estábamos nosotras, metidas en un taxi, y notaba el polvo en el pelo, alrededor del cuello, entre los dedos. Aun así, seguía empecinada en que Mara no viera mi cuarto, era tonta por no haberme mudado antes a un sitio más bonito, aunque tuviera que pagar más. Sí, me daría la vuelta y le diría buenas noches desde el umbral.

Cuando llegamos a la puerta de la residencia de Nancy, Mara pagó el taxi.

—Mara, por favor, es un sitio horrendo —insistí para que se fuera. (El olor, la gata, Nancy, Andy. Mara no querría volver a verme jamás una vez que supiera cómo vivía).

—Vayamos a sentarnos a tu habitación.

—Bueno, si insistes. Pero no te gustará.

Nancy había salido (su abrigo no estaba colgado en el vestíbulo), lo cual fue un golpe de suerte. Nancy es bastante metomentodo, asoma la cabeza por la puerta del comedor del sótano y espía quién sube o baja las escaleras.

—Arriba, en la segunda planta —indiqué.

Subimos sin hacer ruido, los pasos de Mara justo por delante de los míos, los míos acompasados con los suyos, para que, si alguien espiaba, no oyera a dos personas que subían a la vez. Al llegar al sexto peldaño, yo solía darle un puntapié al séptimo para que me diera buena suerte. Esta vez no. Abrí la puerta de mi habitación, girando el pomo con cautela, despacio, notando cómo se movía. Le di al interruptor de la luz. Cuanto menos ruido, mejor. Bueno, eso era lo peor que podía pasar.

—Me gusta tu cuarto.

Ya había superado lo peor y, a partir de ese momento, nada estaba en mis manos.

Mara se acercó al sillón hundido (los muelles se aplastaban, la funda era de un marrón sucio) y se sentó.

—Voy a encender la estufa de gas.

Noté cómo me observaba mientras cogía la caja de cerillas, me arrodillaba para meter un chelín en el gasómetro y una cerilla en los agujeros siseantes; las llamas azules surgieron con un ¡pop! Para estar enfrente de ella, me senté en el borde de la cama. Mara tenía el abrigo manchado de polvo, la cara igual de sucia.

—Parecemos un par de pordioseras —dije.

—Lo somos —contestó.

Abajo se oyó el gong que anunciaba la cena.

—Nos llaman para el festín.

—Ve tú —dijo Mara—. Te esperaré aquí.

—No puedo ir con estas pintas. Y, además, no tengo hambre.

No me apetecía bajar con Andy, Edward y posiblemente Nancy en la cabecera de la mesa, presidiendo junto a la cazuela de sopa. Me recliné en la cama. Pasé los dedos por la manta de *tweed* azul que había extendida encima.

—Mi papá me regaló esta manta —le dije a Mara.

—¿Ah sí, Red?

—Sí. —Me convertí en una niña y retomé mi forma de hablar infantil. Mara era mi madre y yo estaba adormilada y le contaba lo que me apetecía que supiera—. Quería mucho a mi papá. Era muy bueno conmigo. Incluso cuando mi madrastra le contaba cosas horribles sobre mí (que tenía que ir al psiquiatra, que era rara, que iba recogiendo trozos de cuerda y que eso demostraba que no era normal), incluso entonces era bueno conmigo. «No pasa nada», me decía. «Todo irá bien. Papá lo sabe. Esa es mi niña». Odio a mi madrastra y ella me aborrece a mí. Ojalá se muera de cáncer o le suceda algo terrible. Pero mi papá me quería, yo lo sé.

—Yo también te quiero, Red —dijo Mara con cariño.

No respondí.

—Es difícil, Red —dijo Mara—. Yo soy una mujer y tú eres otra mujer. Soy una mujer adulta, tengo marido, y siempre he sido lo que la gente llama normal. Nunca me he sentido así por… por ninguna otra mujer.

Oí la risa estruendosa de Edward y el tintineo de los cubiertos.

—Cuando digo que te quiero, me refiero a… no como a una amiga. —Mara hablaba como si estuviera escindida de sí misma, con la voz átona—. Lo que hay entre nosotras, ¿lo llamarías amistad? Es decir, ¿crees que las otras parejas de mujeres que vemos alrededor son solo amigas?

—Sí, por supuesto —le solté—. Desde luego. Te equivocas, te estás imaginando cosas. No son más que amores platónicos. No es lo que piensas. Para nada.

—Puede que tengas razón. Puede que sea como dices tú. Es una época rara —musitó—. Tengo la sensación de pensar solo en mujeres, de estar en un mundo femenino, solo para mujeres. Tal vez sea la guerra. Debe de ser eso, sí. Tal vez sea la imaginación. No lo sé. Pero los hombres parecen como borrados del mapa… En realidad, no existen salvo cuando me paseo por Piccadilly, allí están hasta en la sopa. Pero creo que no me gustan los hombres.

—No te imagines cosas, Mara. En Horsham casi todas las chicas que ahora

ves en pareja acabarán por casarse y volverán a su cauce. Incluso Louise.

—¿Por qué incluso Louise?

—Ah, fui al colegio con Louise. Pero en realidad no le pasa nada, de verdad. Ligará con un hombre y volverá a su cauce.

No podía hablarle a Mara de Louise. Decirle que, de algún modo, era una de mis chicas. Lo había querido la propia Louise: me había obligado a pegarle y besarla y magrearle los pechos, mientras ella soltaba gemidos y ponía sus grandes ojos en blanco. Pero en el fondo no había nada serio entre nosotras. Me parecía que Mara era demasiado inocente para eso. No quería que lo supiera.

—Mira —dije, e intenté evitar que me temblara la voz—, puede que unas cuantas busquemos algo que sirva de sustituto. Pero es sobre todo emocional. Es natural que una chica se encapriche de otras chicas, les dé la mano y esas cosas. —Me enfadé—. Tú tienes el punto de vista europeo. Es porque estás casada con un suizo. Lo miras todo desde el punto de vista del sexo. Y no es eso, te lo aseguro. No hay tanta libido en juego.

—No sabría decirte dónde acaba la emoción pura, un amor platónico, como tú dices, y empieza el sexo. ¿Lo sabe alguien? ¿Cuándo se convierte en pecado un sentimiento? ¿Cuando el cuerpo lleva a cabo lo que ya se ha formado en la mente? Dímelo, Red. ¿Cuándo, eh?

—Menuda filósofa estás hecha —dije para desviar el tema. Podían hacerse tantas cosas, y si una no hablaba de ellas, si no pensaba en ellas, era posible vivir con esas ideas; no ocurriría nada, todo iría bien. Pero, cuando se verbalizaban, empezaban a saltar a la consciencia en cualquier momento, y una conocía la vileza de los actos. Pero eso no ocurría hasta que se plasmaban en palabras. Así pues, lo importante era no llamar a las cosas por su nombre—. No sé qué responder. No soy psicóloga, Mara.

—Quiero saber por qué siento esto por ti. Me preocupa saber qué provoca que quiera estar contigo con tanta ansia. Nunca me había sentido así y no me comprendo.

—No sé a qué te refieres —mentí, con voz temblorosa.

—Sí lo sabes, Red. Y yo quiero saberlo.

—Mira, puede que haya pasado una mala racha, ¿sabes? Puede que tú no. Siempre has tenido lo que deseabas, supongo. Eres mayor que yo, tienes experiencia y eres rica. No quiero empezar nada contigo. Quiero ser normal. Soy normal. Quiero estar con hombres, quiero casarme.

Mara se sentó a reflexionar muy concentrada y, con sus siguientes palabras, las cosas volvieron a su cauce: igual que cuando se mira por un telescopio y todo se ve borroso, y se gira una rueda y se enfoca lo que se quiere ver, que de pronto se vuelve claro y nítido.

—Red —me dijo—, yo no quiero «empezar» nada. Por eso te lo pregunto: ¿por qué me siento así? Nunca había sentido esto por otra mujer…

Me recliné en la cama. La vida era una inmensa traición. Aquí estaba otra vez donde no me proponía estar. Cara a cara con algo que no quería saber. Alcé la vista y por primera vez me fijé en el techo de mi cuarto y en la bombilla, con su pantalla blanca redonda alrededor, suspendida de un cordón en el centro. Como un cordón umbilical. Me entretuve un momento con la idea de que la lámpara que colgaba de un cordón en mitad de la nada era un bebé, y el bebé era yo. Un pequeño brote de vida en mitad de la nada, atado al vientre del pasado, atado a todas las cosas que se habían hecho, pero no se habían dicho. Y si se cortaba ese cordón, la lámpara se caería, la luz se apagaría.

—A ti esto ya te había pasado antes, Red, pero a mí no.

¿Cómo lo sabía? No le había contado nada.

—Fue la profe de gimnasia, Mara. La había dejado su novio. Se consoló conmigo. —Me apoyé en el codo para incorporarme un poco, con actitud pícara—. Siempre es la profe de gimnasia o la de literatura, ¿no lo sabías? O alguna chica mayor. Pasa en los mejores colegios, querida.

—¿Te sentiste mal por lo que pasó?

—En realidad, no.

De pronto la visualicé con nitidez: Rhoda, mi profesora de gimnasia, el pelo rubio y rizado, corto por la nuca, guapa, boca petulante, vestido azul con volantes de encaje en el pecho. Ahora me parecía infantil, ridícula, y a la vez sucia. Esa boca que hacía pucheros era boba, ese gesto que tenía de guiñarme un ojo, algo que entonces me gustaba, era bobo. Los ojos de Louise también eran bobos. Y yo los había llamado intrusos azules cuando leía a Shelley.

—Red, no llores, por favor, no llores —dijo Mara.

Me había puesto a llorar, me sorprendí al darme cuenta. Las lágrimas corrían por mi cara, la palma apoyada en la mejilla se me humedeció y brilló como el sudor a la luz de la lámpara.

Mara se acercó a la cama.

—Túmbate —me dijo—. Vamos, túmbate. Túmbate, amor mío.

—Me dijo que sería mi madre. Una madre para mí. Eso es lo que dijo.

—Te mintió —dijo Mara—, pero yo no voy a mentirte. Yo no voy a ser tu madre, Red. Yo te amo, sin más, y ya está, y lo que no sé es por qué te amo.

Y, no sé cómo, pero esta vez fue sencillo y apropiado y hermoso y bueno cuando me estrechó entre sus brazos y empezamos a besarnos, y no podíamos parar, aunque había polvo entre nuestros labios.

Las vacaciones de Navidad eran sinónimo de la tía Muriel. Se trataba de la hermana menor de mi padre y de mi pariente más cercana. Había pasado las vacaciones de Navidad con la tía Muriel desde hacía cuatro años, nadie más parecía quererme cerca, y en tiempos de guerra no había ningún otro lugar

al que pudiera ir.

La tía Muriel vivía en Wiltshire, en una granja próxima al pueblo de Abbots, a once kilómetros de Salisbury. Estaba en el andén de la estación con su uniforme del WVS, el Servicio de Voluntarias, dándose golpes en el muslo con la fusta de montar a caballo, cuando llegó nuestro tren. Casi desde que tengo recuerdos de ella, la tía Muriel llevaba una vara o una fusta en la mano, la empleaba para señalar cosas en la granja o para azotarse; creo que le daba cierta sensación de autoridad, de poder. Cuando logré salir del atestado tren, ella me miró los zapatos. Tenía verdadera pasión por los zapatos lustrosos, y pensó que los míos no estaban a la altura.

—Hola, tía Muriel. Madre mía, cuánto ha crecido.

Sonrió. A la tía Muriel le encanta que le gasten bromas como si todavía fuese una niña con coletas.

—Nunca cambiarás —me dijo—. ¿Has bajado el equipaje, querida? Bien. Bueno, pues entonces, en marcha, tengo la furgoneta. Irás un poco apretada, pero no te importa, ¿verdad?

Había diez pares de botas de agua, un saco de pienso para las gallinas, una silla de montar, dos cubos y, en el asiento delantero, al volante, estaba Rhoda. La última persona a la que me apetecía ver. Pues claro que la tía Muriel invitaría a Rhoda. Había estado con nosotras la Navidad pasada, y la anterior. La responsable era yo. Lo había organizado tres años antes, y ahora se había convertido en una costumbre. La tía Muriel apreciaba mucho a Rhoda. Nunca se había enterado de lo que hubo entre ella y yo. Pensaba que éramos buenas amigas, llevaba años convencida, desde que Rhoda, que debía de tener unos diez años más que yo, había sido mi profesora de gimnasia en el colegio. La tía Muriel había ido a la escuela el día de puertas abiertas y Rhoda había salido a su encuentro a toda prisa y había empezado a decirle que yo era una deportista excelente, una niña nada malcriada y de mente sana, sí, señora. Eso sonó a música celestial a oídos de la tía Muriel, porque aborrecía a mi madrastra y esta le había dicho que yo era anormal y tenía que hacer psicoanálisis. Pero ahora era mi madrastra la que era anormal, porque se había unido primero a la Iglesia de la cienciología y luego había empezado a ir a sesiones de espiritismo y ahora no paraba de mandarle a la tía Muriel panfletos sobre sus seres queridos difuntos. La tía Muriel no podía soportar la idea de la muerte, así que cualquier cosa que fuera contra mi madrastra le parecía estupenda. A la tía Muriel le cayó bien Rhoda y, a partir de entonces, la invitó a pasar con nosotras la Navidad. «Rhoda es tan buena influencia para Bettina», decía la tía Muriel a sus amigas.

—Bueno —dijo entonces la tía Muriel con voz jovial—, apretújate, Bettina. Te sentarás entre Rhoda y yo, como hiciste el año pasado, ¿recuerdas?

—Bettina —dijo Rhoda con esa voz sana, fresca y vivaracha que antes me

parecía maravillosa y ahora era como una dosis de sal de frutas Eno—, cuánto me alegro de verte, querida mía.

—Hola, Rhoda —contesté.

Me senté, aunque me daba rabia cómo se había sentado ella. Tuve que meter a la fuerza el brazo, de modo que la manga de mi abrigo tocaba la suya, e incluso eso ya me dio vergüenza. Siempre habíamos tenido mucho cuidado, habíamos disimulado al saludarnos, nos habíamos esforzado por no fijarnos mucho en la otra, para que el resto de la gente no sospechara, cosa que yo sabía que ocurría con otras parejas que conocía. Así pues, no me costó mucho evitar mirar a Rhoda, hablar con la tía Muriel, encontrar preguntas que hacerle sobre la granja y los polacos y los refugiados de Abbots, pues la tía Muriel era jefa del comité creado para acogerlos. Rhoda encendió el motor. Se puso a conducir y la tía Muriel siguió perorando; yo fingí tener un interés mayúsculo en todo lo que decía, aunque no llegué a oír ni la mitad de sus palabras: la tía Muriel es capaz de hablar horas y horas sobre un tema que le interesa, conque es fácil charlar con ella. Yo no paraba de pensar: confío en que la tía Muriel no nos ponga en la misma habitación, como hizo el año pasado.

Pero sí, la tía Muriel nos había puesto en la misma habitación, tal como indicó cuando llegamos a casa.

—Ya conoces el camino, Bettina.

—Yo… eh… tía Muriel, no duermo muy bien, y tengo que empollar. Los exámenes son después de Navidad, ya sabe. He pensado que quizá… ¿Le importaría si este año uso la habitación de invitados?

—Es imposible, Bettina —respondió la tía Muriel—. Creía que te había contado en la furgoneta lo de mi nueva sirvienta polaca y su hijo pequeño. Están en la habitación de invitados. Es una desplazada, una cocinera magnífica. No podía meterla en el cuarto de la criada, es demasiado pequeño para estar con el niño, y me dejaría en la estacada… Ya sabes cómo van las cosas en estos tiempos.

—Bueno, entonces, ¿puedo instalarme en el cuarto de la criada?

A la tía Muriel no le pareció bien.

—Me temo que no. Está lleno de provisiones del WVS. Seguro que Rhoda no se quejará, aunque tengas que estudiar. Y te daré una de mis pastillas para dormir.

Así pues, no había nada que hacer. Tuve que arrastrar la maleta hasta la habitación que Rhoda y yo compartiríamos y empezar a deshacer el equipaje; y mientras lo hacía, Rhoda entró fumando un cigarrillo. La habitación olía a ella. Fingí estar ocupada metiendo mis cosas en un cajón.

Rhoda se me acercó y se plantó delante.

—Bettybets —me dijo, y apoyó una mano en mi hombro—, ¿qué te ocurre? ¿Estás de malas pulgas?

—No me ocurre nada —contesté, y me concentré en ordenar mis cosas en el cajón.

Mantuvo la mano sobre mi hombro, y yo no podía seguir con la mía metida en el cajón, así que lo cerré despacio y me di la vuelta para quedar frente a la maleta, y entonces Rhoda dejó caer la mano.

Anduvo hasta la cama y se recostó, alargó el brazo del cigarrillo y me observó.

—Estas últimas semanas no has escrito mucho. Esperaba recibir una carta tuya.

—He estado muy liada.

—Red, no te comportes así, cariño. Por favor, ven a decirle a tu Rho-Rho que te alegras de verla.

—Claro que me alegro. Pero ya sabes que a partir de ahora voy a estar bastante ocupada, tengo mucho que empollar.

—¿Alguien te ha contado algo? —preguntó Rhoda mientras se sentaba en la cama con la espalda erguida—. Porque no es cierto, Red. O sea, nadie más significa nada para mí.

Así que había alguien pululando por ahí. Por un momento, pensé que sería una buena jugada el hacerme la celosa. Una vez había estado celosa de verdad de Rhoda. Me encogí de hombros.

—Déjalo —dije—. Claro que una oye campanas.

—Angela no significa nada para mí —insistió Rhoda—. Nada de nada, Red, tienes que creerme.

—En fin —dije, manteniendo la expresión cansada y disgustada en el rostro—, vamos a dejarlo, ¿quieres? Todas debemos crecer.

Entonces empecé a respirar con más tranquilidad. Incluso fui capaz de mirar a Rhoda sentada en el borde de la cama. Había una mesita de noche entre su cama y la que sería para mí.

—Red, ya sabes que nadie más significa… lo que tú significas para mí.

Saltaba a la vista que se había preocupado de verdad. Recordaba todo lo que había ocurrido entre Rhoda y yo. Yo tenía dieciséis, ella veintiséis, y acababa de ocurrirle algo…: la había dejado plantada su prometido. Yo estaba muy desarrollada para mi edad, y me sentía sola. Me dijo que quería ser una madre para mí. Rhoda me había utilizado, y me había enseñado, y ahora yo era lo que era debido a ella. Quería gritarle a la cara, golpearla mientras estaba ahí sentada mirándome con esos grandes ojos azules, asustada. Llevaba puesto un vestido de lana azul. Me acordé de las cartas que le había escrito y de las que me había escrito ella a mí, y de aquel horrible junio en el que la había amado cuando ella amaba a otra persona.

—Sabes perfectamente que te quiero, Red. Tú y yo… es distinto, cariño.

Me reí sin poder evitarlo. Recordé aquel verano, cuando dejó de susurrarme: «Nos vemos esta noche». Se acabaron las notitas de «vía libre».

Dos veces había ido a su dormitorio y había llamado con cautela, sintiéndome sola, con el corazón destrozado. La primera vez, ella había preparado té y habíamos hablado de cualquier cosa; luego había bostezado: «En fin, buenas noches, querida. Estoy tan cansada… Ha hecho tanto calor, un día agotador, sí… Hasta otro día». Un discreto beso de despedida. Se acabaron esos besos ansiosos, apasionados, que me había enseñado a dar al principio, que solían dejarme exhausta y temblando. La segunda vez me respondió enfadada: «Querida, lo siento, pero estaba durmiendo. Entra si quieres, pero debemos ir con cuidado, ya sabes».

Y el domingo siguiente la vi con un hombre, un tipo de cara sonrojada y cuello ancho; paseaban por el bosque cercano al colegio. Yo había ido al bosque en bicicleta para recoger flores para ella. Rhoda llevaba el vestido azul con los volantes en el pecho.

Y ahora llevaba otro vestido azul, bastante bonito, y no era capaz de imaginarme siquiera tocándola. Aunque había sollozado de felicidad cuando me había aceptado de nuevo un par de años antes. Me había jurado que no había nada, no, no había nada entre aquel hombre y ella. Luego Rhoda había estado bastante mal un tiempo.

Después había aparecido Louise, habíamos salido de forma intermitente, pero no había sido gran cosa: Louise era demasiado retorcida, solo quería que le hicieran un poco de daño. Pero ahora estaba Mara. Y Mara lo era todo. Yo estaba enamorada, enamorada de verdad.

—No te rías, Red —suplicó Rhoda—. Hablo en serio.

—Vamos, por Dios, no seas melodramática.

—Has cambiado, Red —dijo Rhoda, igual que una frase mala de una obra de teatro mala.

—Claro que he cambiado —respondí—. He madurado, no paro de decírtelo.

Entonces aplastó el cigarrillo, estaba a punto de echarse a llorar, y yo continué guardando las cosas en los cajones.

—Ya veo —dijo, y su voz sonó agotada—. Has madurado. No soy yo la que ha cambiado, eres tú. ¿Quién es el afortunado? ¿Lo conozco?

—No —dije, increíblemente aliviada de que Rhoda hubiera ido por el camino fácil—. Me temo que no. Te lo repito, Rhoda, he madurado.

Al día siguiente, los niños del colegio del pueblo cantaban villancicos. La tía Muriel, Rhoda y yo fuimos a escuchar el recital, y casi me quedé dormida en la iglesia. Esa noche no había dormido mucho, con Rhoda en la cama de al lado y las dos sin hablar. Me desvestí en el cuarto de baño y toda clase de cosas se agolpaban en mi memoria, a cuál más desagradable. Al levantarnos, Rhoda había hecho el té matutino (siempre lo preparaba para la tía Muriel, y era otra de las razones por las que le caía tan bien a mi tía: Rhoda se dejaba la piel haciendo tareas del hogar cuando iba de invitada en esas fechas).

—Te he preparado té, Red —comentó Rhoda.

—Gracias —tuve que decirle.

Y salté de la cama a toda prisa para meterme en el baño y evitar cualquier intento de conversación.

En la iglesia fue mejor. Pensé en Mara, confiaba en tener una carta suya al día siguiente. Le había pedido que me escribiera. Antes de ir a la iglesia habíamos dado de comer a las gallinas, Rhoda y yo, igual que las vacaciones de los años anteriores. Había costillas de cordero para comer y ganache de chocolate como postre especial, después Rhoda y yo fregamos los platos. No hablamos mucho la una con la otra, pero la tía Muriel no se dio cuenta, estaba encantada de tener manos que la ayudasen con las tareas de la casa, sobre todo en Navidad.

Rhoda se mantuvo a raya aquella mañana y, aparte de darle conversación a la tía Muriel del tipo «¿se acuerda de cuándo…?» y hablar de lo mal que se comportaban los polacos en el campo de refugiados, no intentó nada sentimental que me agobiase, así que cuando terminamos de comer el ambiente había mejorado. Mientras no me regodease en lo que había ocurrido ni me dejase llevar por los recuerdos, era fácil sonar despreocupada y a gusto, y así era como tenía que ser.

Sonó el teléfono. Rhoda se levantó enseguida.

—Yo lo cojo, tía Muriel.

Encargarse de las llamadas telefónicas era labor de Rhoda, igual que conducir la furgoneta, porque la tía Muriel decía que Rhoda gastaba poquísima gasolina. En realidad, la tía Muriel tenía un poco de miedo de los teléfonos y los coches.

Rhoda volvió del pasillo en el que estaba el teléfono.

—Es para ti —me dijo.

Se sentó sin mirarme.

Me levanté de la mesa fingiendo sorpresa, con cara de no saber quién podía ser. Pero me entró el pánico y supe que me había ruborizado, así que aparté la cara al instante, al mismo tiempo que me decía que no debía apresurarme mucho, pues de lo contrario, sospecharían; y aunque quería correr por el pasillo hasta el aparato porque tenía miedo de que se cortara la llamada, me obligué a caminar, con el corazón latiendo desbocado porque lo sabía, estaba segura de que sería Mara.

Era Mara, me llamaba desde Londres, nada menos, claro que era ella. Solo ella podía hacer una cosa tan loca y maravillosa como telefonearme. Hasta entonces, nadie había hecho cosas semejantes por mí. Siempre había tenido que ser yo la que llamase y preguntase, la que fuese a las habitaciones de otras personas, siempre yo la que pidiese amor.

—¿Bettina Jones? —dijo la operadora—. Llamada desde Londres.

—¿Hola? —dijo la voz de Mara—. ¿Eres tú, Red?

—Sí —respondí—. Sí. ¿Eres tú, Mara?

—Sí, soy yo.

Me la imaginaba colgada del teléfono en Londres, igual que yo lo estaba en la casa de la tía Muriel en Wiltshire, y era absurdo, no teníamos nada que decirnos salvo:

—¿Qué tal estás?

Y:

—Muy bien, ¿y tú?

—Muy bien —respondí.

—Estupendo —dijo ella.

—¿Te encuentras bien? —pregunté yo.

Me entraron ganas de darme un puntapié por malgastar ese tiempo tan preciado e insustituible de forma tan insulsa.

—¿Tuviste buen viaje? —me preguntó.

—Sí, esto es muy agradable —respondí—. Mucho papeo.

Entonces se produjo otro silencio largo y me pareció oírla respirar; a continuación, el aparato empezó a hacer pip, pip, pip, y la operadora dijo:

—¿Han terminado o desean prolongar la llamada?

Oí que Mara respondía:

—Prolongarla.

Allí seguimos, y dije:

—¿Qué tal por Londres?

—Bien —contestó.

—Me alegro.

Y así transcurrieron otros tres minutos, y hablamos del tiempo en Londres y en Salisbury, y el aparato empezó otra vez con su pip, pip, pip, y de nuevo la voz de Mara:

—Prolongarla.

—Te va a costar una fortuna, ¿no? —dije.

—Red, ¿has leído a Blake?

Empezó a haber interferencias en la línea.

—¿Si he leído a Blake? —repetí—. ¿Por qué?

—¿Conoces el poema ese de Blake? ¿«Tigre, tigre, reluciente incendio en las selvas de la noche»?[1] Hablaba de un auténtico tigre vivo, Red —me dijo —. Precioso y de rayas amarillas y negras, Red, un tigre tropical auténtico.

—¿Y eso qué tiene que ver? —pregunté.

—¿Con qué?

—Pues… con todo —le dije—. No lo entiendo.

—No tiene nada que ver. Por eso lo he dicho. No es más que una forma de preguntarte cómo estás, no sé, lo hago hablando de tigres. Tal vez algún día vayamos juntas a la selva y veamos tigres auténticos.

—Oye, ¿se supone que tiene que ser gracioso? Porque no me parece gracioso que tires el dinero por la ventana haciéndome una llamada de larga distancia para hablar sobre tigres.

—Querrás decir que lo tire por la ranura del teléfono. ¿No te gustan los tigres?

—No —respondí, y de pronto me sentí enfadada y herida. La cosa no estaba saliendo como esperaba, pero claro, ¿qué esperaba? Nosotras hablando de tigres y ahí estaba yo, atrapada con Rhoda, que no paraba de acosarme—. No —repetí casi gritando—. No me gustan los tigres.

Tres pitidos.

—Se ha terminado el tiempo —dijo la operadora.

—Bueno, adiós, Red —dijo Mara—. Hasta pronto.

Y colgó.

Mascullé entre dientes y me quedé ahí mirando el despiadado teléfono negro colgado en el soporte. Y entonces me entraron ganas de decir: vuelve, por favor, vuelve, déjame oír tu voz una vez más, tu voz hablando de tigres, preciosos tigres. Pero ya era tarde para decirle a Mara que entendía lo de los tigres, o incluso elefantes, y que me encantarían las jirafas si ella me hablaba de jirafas. Y ¿por qué me había enojado tanto de repente? Tal vez porque con Mara, o a causa de Mara, siempre me veía obligada a recordar cosas que pensaba haber olvidado, o que quería olvidar… como mi madre. Y entonces lo supe. Aquella tarde en el zoo, cuando tenía cinco años, o quizá seis, mi madre y un hombre hablaban delante de la jaula de los tigres y yo, acicalada con lazos y manoplas, quería ir a hacer pis y tenía miedo del terrible olor de los tigres; y ahí estaba mi madre riéndose, con su cara rosada bajo un sombrero ancho, con ese hombre cuya cara nunca recordaré porque lo odiaba con todas mis fuerzas, que tiraba de la mano enguantada de mi madre.

Cuando volví al comedor, Rhoda estaba sentada con la espalda erguida, y la tía Muriel dijo como si nada:

—¿Quién era, querida?

—Una amiga, nada más. Quería pedirme los apuntes de Química Orgánica.

Con eso bastó para la tía Muriel, y en cuanto a Rhoda, me daba igual. No intentaría hacer nada, me dije. Saqué la *Obra completa* de Blake de la estantería, donde la tía Muriel la tenía junto con las obras completas de otros escritores.

Deambulé toda la tarde presa de una ansiosa felicidad, y luego, cuando oscureció, me puse triste e inquieta, y no paraba de repetir tigre, tigre. Faltaban un montón de días para volver a ver a Mara. ¿Por qué se me había ocurrido, solo por costumbre, ir a casa de la tía Muriel en lugar de quedarme unos días más en Londres? Solo estábamos a día 20, faltaban cinco días para

Navidad. ¿No podía haber ido, por ejemplo, el día 23? Eso habría significado tener tres días más, tres días más con Mara. Podría haberlo hecho, no le habría hecho daño a nadie, podría haberle dicho a la tía Muriel que tenía que empollar para los exámenes. No se me había ocurrido antes de irme de Londres. La tía Muriel era mi familia, iba a dejarme todo su dinero, tenía que ser amable con la mujer, darle un poco de mi tiempo de juventud y mi compañía en las fiestas, lo que implicaba cuidar de las gallinas y fregar y ayudarla a limpiar la casa y encender el fuego en días alternos. Así pues, había ido a su casa el día 20, como siempre, por costumbre. Algunas veces tenía que recordarme que, además, a la tía Muriel le caía bien yo, que no solo me invitaba para que la ayudase en la granja. No era justo pensarlo en esos términos. Estábamos en guerra. Antes de la cena bajé a la cocina a ayudar a la chica polaca a pelar patatas y preparar las coles de Bruselas, y más tarde encerré a las gallinas. Y en todo momento anhelaba tanto ver a Mara que me sentía mareada.

Después de cenar, con las cortinas bien cerradas por el *blackout*, nos sentamos junto a la chimenea. Rhoda hizo los crucigramas de *The Times* mientras la tía Muriel repasaba las cuentas del WVS. Yo quería ir a la habitación para escribir a Mara, pero arriba hacía un frío tremendo y las otras dos sospecharían si me levantaba, o tal vez Rhoda me criticara delante de mi tía. Si me ausentaba de la sala, rompería la imagen acogedora de las tres mujeres sentadas tranquilamente junto al fuego encendido, cada una haciendo una labor por el país. Por lo tanto, me quedé sentada y fingí leer los temas de Fisiología (hacía muchos aspavientos con lo de tener que empollar). Mientras disimulara, con el libro abierto entre las manos, no haría falta que hablase, podría soñar a mi antojo. Así que allí me quedé, pensando en Mara, embelesada, sin enterarme de qué sucedía a mi alrededor, hasta que oí la voz de la tía Muriel.

—¿Por qué sonríes, Bettina? ¿Es una novela?

La tía Muriel opina que todas las novelas deberían contener algún fragmento lo bastante divertido para arrancar una sonrisa, aunque, por supuesto, nunca bromas groseras.

Sin querer volví al presente, a Rhoda escudriñándome con los ojos entrecerrados. Percibí que Rhoda sabía que le había mentido, supe que se preguntaba por la llamada de teléfono. Tal vez cuando has amado a alguien y ese alguien también te ha amado, siempre queda algún tipo de telepatía, de modo que Rhoda era consciente de que no le había dicho la verdad, igual que yo era consciente de que ella lo sabía. El caso es que me ruboricé sin querer y dije:

—Estaba medio dormida. Creo que me largaré a la cama. Buenas noches, tía Muriel. Buenas noches, Rhoda.

Si Rhoda no subía enseguida, sino que se quedaba un rato más con la tía Muriel, tendría un rato para estar a solas, un rato para soñar con Mara.

A la mañana siguiente llegó un telegrama de Mara a la oficina de Correos del pueblo, pero no me enteré, porque estaba en el gallinero. Fue Rhoda quien recibió el mensaje por teléfono y no me lo transmitió hasta una hora más tarde. Es evidente que lo hizo a propósito. Resultó que ella estaba dentro de la casa y oyó el teléfono cuando yo ya había bajado a dar de comer a las gallinas. En lugar de ir corriendo a contármelo, desapareció; una hora más tarde, cuando subí a lavarme las manos, encontré un papel en el dormitorio con el mensaje de Mara: «Llego en el tren de las once y veinte mañana Mara».

Me puse furiosa. Me había gastado una mala pasada y, por supuesto, lo había hecho adrede. Y ahora sabía que le había mentido y que no era un hombre. De un brinco cogí el teléfono y llamé a Correos. Me dijeron que el telegrama se había enviado la noche anterior desde Londres, así que «mañana» en el mensaje quería decir hoy, quería decir ahora. Cómo no, era típico de Mara el escribir un ambiguo mañana en lugar de poner la fecha.

Iba a coger el tren de Londres de las once y veinte, que llegaba a Salisbury a las dos en punto. Miré el reloj. Eran las doce menos veinticinco. El autobús matutino pasaba por nuestro pueblo a las diez. El siguiente salía del pueblo a las dos y llegaba a la plaza del mercado de Salisbury a las tres y diecisiete, porque se desviaba por un montón de pueblecitos antes de dirigirse a la ciudad. A las tres y diecisiete Mara ya llevaría en la estación de Salisbury una hora y diecisiete minutos, y a saber qué pensaría de mí.

Probé a llamar a la estación de Salisbury para dejarle un mensaje, pero fueron muy antipáticos conmigo por teléfono. «¿Es que no sabe que estamos en guerra?», me reprocharon. Estaba sofocada, el cuerpo me chorreaba de tanto sudar, visualizaba a Mara llegando y sin encontrar a nadie, y tal vez cogiendo el siguiente tren de vuelta. Y entonces no volvería a dirigirme la palabra. Pensaría que la había dejado plantada.

Fui como un rayo a la sala de estar, y luego a la cocina.

—¿Dónde está la señora Jones? —le pregunté a la chica polaca, refiriéndome a la tía Muriel.

—¿La señora Jones? Se ha ido en la furgoneta con la señorita Rhoda. Volverán para comer.

Entonces ya sería tarde. Odié a Rhoda por gastarme una mala pasada. Y eso que una vez había dicho… ay, tantas cosas, que me amaba, que quería que yo fuera feliz. Me atraganté al pensar lo mezquino que era por parte de Rhoda. Me puse mis mejores pantalones de franela, mi conjunto de jersey y chaqueta de Braemar, me abroché bien el abrigo. Tendría que caminar los once kilómetros hasta Salisbury. Caminaba rápido, podía cubrir una media de cinco kilómetros por hora. Con suerte, y tal vez consiguiendo que alguien me recogiera por el camino, podría lograrlo.

Eran las dos y diez cuando llegué a la estación de Salisbury. Corrí por el

vestíbulo y empecé a buscar el andén, con lo cual tardé otros tres minutos. Pero cuando llegué adonde tocaba, el tren todavía no había entrado.

—Lleva veinte minutos de retraso —me dijo un ferroviario—. Jaleo navideño.

Nunca me había sentido tan aliviada. Me senté en un banco enfrente de la puerta del andén por el que llegaría el tren, como si de tanto mirar, fuese a llegar antes.

Y por fin apareció: el motor, con su redonda cara negra como la cabeza de un gusano, su ruido ensordecedor y el calor y el humo, y luego el desembarco lateral de muchísima gente. Tuve miedo de no verla. Abrieron otra puerta para que los viajeros pudieran bajar con más rapidez, así que ahora que tenía dos puertas que controlar, de vez en cuando pensaba que era ella, pero no lo era. Y de pronto me entró el pánico: ¿y si no me acordaba bien de su cara y se me había escapado sin darme cuenta y también me estaba buscando? El flujo de gente que pasaba por delante era inmenso, y yo miraba y buscaba su rostro entre todos aquellos rostros.

Entonces la vi, y no estaba sola. Detrás de ella, pero sin duda acompañándola, porque Mara volvía la cabeza cada poco para hablar con él, había un hombre de uniforme. Me quedé plantada y fue Mara quien dijo «¡Red!», y corrió hacia mí. Llevaba un abrigo que me pareció magnífico: marrón oscuro, suave, y un gorro de lana rojo y, por supuesto, pintalabios, y era tan radicalmente distinta de todas las mujeres desaliñadas y anodinas en las que nos había convertido la guerra, que dejaba sin aliento. No me sorprendió que el oficial no pudiera dejar de mirarla.

—Mira, Red —me dijo—, te presento al capitán Felton. Ha sido tan amable de cederme su asiento. El tren iba abarrotado.

El joven parecía encantado. Contemplaba a Mara como si quisiera comérsela entera, y pensé: parece un perro a punto de ponerse a suplicar meneando la cola. Nos saludamos con un apretón de manos y él le dijo a Mara:

—Siento no poder acercarla en coche, voy directo a Bulford con el camión del ejército. ¿Le parece bien si la llamo por teléfono… esta noche? Puede que vuelva a Salisbury dentro de un par de días. Me gustaría enseñarle el pueblo, si me lo permite.

Se le veía entusiasmado, y noté que estaba dispuesto a tirarse a los pies de Mara; pero ella no lo miraba, sino que me miraba a la cara a mí, sonriendo.

—Me temo que estaré ocupada —le respondió—. No me quedaré mucho en Salisbury. Voy a casa de unas amigas.

Le cogió la maleta de la mano al capitán. Él la soltó despacio, como si se le hubiera quedado pegada a la palma. Tomé la maleta de la mano de Mara y nos pusimos en marcha. Al cabo de unos pasos, me di la vuelta. El joven todavía la miraba. En ese momento me sentí incómoda por llevar la maleta

de Mara. El placer de verla se había esfumado, la tenía aquí conmigo, ya era seguro, y me enfadé. A causa de aquel tipo, a causa de Rhoda, a causa del hambre voraz que tenía. Había caminado once kilómetros con el estómago vacío y Mara apenas me había dado las gracias. Parecía dar por sentada mi presencia; seguía caminando, moviendo el bolsito rojo y sonriendo complacida.

—Me pregunto si podríamos coger un taxi hasta el Black Swan —comentó —. He reservado una habitación allí por teléfono. Te quedarás a cenar conmigo, ¿verdad, Red?

—Teniendo en cuenta que todavía no he comido y que debo volver a para encerrar las gallinas, será mejor que coja el autobús de las cinco para ir a casa. —Y añadí—: No necesitas que cuide de ti.

—¿No has comido? —preguntó Mara—. ¿Por qué no?

—Porque, cabeza hueca, si hubiera comido no estaría aquí ahora —repliqué—. He andado once kilómetros para llegar a tiempo. ¿Sabes? Te prometo que no lo haría por nadie más.

—Ay, Red, tenemos que ir a buscarte algo de comer ahora mismo —dijo —. Si no, te vas a desmayar o algo. A mí me pasa cuando no como, me caigo redonda.

—No te preocupes. No me desmayaré.

De todas formas, me arrastró hasta el restaurante de la estación y pidió unos sándwiches de huevo en polvo que estaban bastante sosos. Comí un poco, pero quedó un montón y volví a sentirme cohibida e irritada con Mara, porque siempre nos sucedía algo así cuando estábamos juntas: si no era la bomba era su marido; o Daphne, que se apuntaba para darse también un baño; o ese joven que le llevaba la maleta; o la gente que nos miraba porque ella era tan distinta. Siempre había algo que desentonaba, fuera de lugar. Y yo aborrecía ser diferente de los demás. Yo quería que me aceptasen de una forma anodina, discreta. Pero con Mara eso era imposible. Se me había olvidado lo mucho que me había emocionado al oír su voz por teléfono la tarde anterior, lo maravilloso que había sido andar, andar como si nunca antes hubiera andado para llegar a tiempo a recibirla. Ahora le tenía rencor, despreciaba la atadura del amor sobre mí, porque yo no había aprendido aún que en el amor también hay ataduras, que el resentimiento siempre forma parte del amor.

Bebí un té tibio, lo removí con la cucharilla atada a un cordel del mostrador, y miré a Mara. Ahora que había comido y ya no tenía hambre, redescubrí su belleza: se me pasó la irritación. Deseaba quedarme sentada en la cafetería, mirándola, recuperando la alegría poco a poco.

—Me han dicho que el Black Swan es el mejor hotel de Salisbury —comentó—. Y la comida es buena, incluso en estos tiempos de guerra.

—¿Por qué no me contaste ayer por teléfono que ibas a venir, Mara, en

lugar de mandar un telegrama?

—Porque todavía no había decidido que vendría. Lo decidí justo al colgar. Te quedarás conmigo esta noche, ¿verdad, Red?

—¿Y qué hay de Karl?

Karl estaba de viaje cuando me fui de Londres.

—Puede que Karl vuelva mañana, así que tendré que regresar a Londres mañana mismo.

—Pues entonces casi no valía la pena venir solo para un día —le dije.

—Pues claro que vale la pena —respondió. Y me puse tan contenta que habría caminado otros once kilómetros en ese preciso instante—. Llama a tu tía Muriel —me propuso Mara—. Dile que una amiga tuya ha ido a Salisbury y que te quedarás aquí a pasar la noche.

De nuevo me sentí impelida a hacer algo que deseaba, pero tenía miedo de hacerlo porque implicaba romper una rutina. Me gustaba la idea, pero protesté:

—No puedo, Mara. No puedo hacerle esto a la tía Muriel, se sentirá herida.

—Lo dudo mucho —dijo Mara—. Ya la llamo yo. Vamos al Black Swan.

Y, por supuesto, eso hicimos.

En el hotel fueron muy amables. Mara tenía la virtud de conseguir que las cosas se resolvieran gracias a su seguridad innata, y siempre vestía de forma apropiada para la ocasión. Le ofrecieron una preciosa habitación doble. Dimos los nombres de las dos. A nadie pareció importarle lo más mínimo.

—Ahora puedes quedarte conmigo —dijo Mara.

—Confío en que la gente no piense nada raro —comenté yo.

Me sentía más cohibida que en Londres: la tía Muriel era famosa en Salisbury, mucha gente me conocía como su sobrina y heredera. Pero tenía tantas ganas de quedarme, contemplar a Mara, estrecharla en mis brazos otra vez, como ya había hecho, sentirme realizada, feliz y en paz. Era mil veces mejor estar enamorada de Mara, pensé, que de cualquier otra persona, porque hasta ahora con Mara no había pasado nada, salvo abrazarla y besarla en su boca suave y preciosa, y eso me parecía suficiente, eso era todo lo que me apetecería hacer, durante horas y horas. Por entonces estaba encantada de que lo físico, o eso pensaba yo, tuviera un peso tan reducido en la suma de nuestros sentimientos, y pensaba que continuaría siendo así; y, sin embargo, al mismo tiempo, ya sabía que era imposible.

Mara cogió el teléfono y llamó a la tía Muriel. Sentada frente a ella, oí la voz de la tía Muriel, y todo resultó tan sencillo y natural que me pregunté por qué había tenido miedo antes. Mara dijo que era una amiga mía que estaba de paso por Salisbury y que yo había tenido la amabilidad de ir a la estación a recibirla y mostrarle la localidad, así que, por favor, ¿podía quedarme con ella? Teníamos tanto que contarnos… Estábamos en el Black

Swan.

La tía Muriel se sorprendió un poco, pero ella también reaccionó ante el toque de clase alta que se percibía en la voz de Mara, y, por supuesto, esta le aseguró que no había nada de malo en dejarme, y así fue.

Entonces las dos nos pusimos contentísimas y nos abrazamos.

—Ay, Mara, te he echado tanto de menos —le dije, pese a que solo hacía dos días que me había marchado de Londres.

Mara había ido para verme. Había colgado, había enviado el telegrama y se había desplazado hasta allí por mí, por mí, Bettina Jones. Nadie más había hecho tanto por mí. La gente siempre me pedía que yo hiciera cosas, pero nunca me había dado nada a cambio: por lo menos, nadie me había deseado y hecho sentir como Mara. Nunca me olvidaré, pensé. Esto es amor verdadero. En aquel momento, habría dado la vida por Mara.

La ayudé a deshacer la maleta, colgué su ropa como si fuese a quedarse eternamente, pero ya temiendo, incluso mientras colgaba las prendas, el gesto del día siguiente al descolgarlas.

Estaba mentalizada para una batería de preguntas de la tía Muriel cuando volviera a la granja al día siguiente, tras el desayuno, pero la mujer estaba preocupada por otra cosa. La cocinera polaca había tenido una hemorragia la noche anterior. Había sido una amenaza de aborto. La chica no había dejado claro si había sido provocado o no. Me puse a trabajar de inmediato y la tía Muriel estaba tan aliviada de tenerme de vuelta que no me preguntó nada.

Comimos pastel de carne frío con unas patatas al horno que preparó Rhoda, y la tía Muriel dijo que Rhoda era una bendición. Sabía que estaba un poco molesta por mi ausencia, porque consideraba que yo podría haber hecho algo para ayudar. Pregunté si el médico había visto a la muchacha.

—Por supuesto —respondió tajante la tía Muriel—. El doctor Sanders ya ha pasado por aquí. No íbamos a dejar que se muriera desangrada, ¿no?

Así pues, no hablamos sobre mi escapada, sino que debatimos cómo proceder para buscar a una sustituta, y después de comer, la tía Muriel se fue pitando con Rhoda en la furgoneta para ver a no sé qué amiga en el pueblo que tal vez supiera quién podía ayudarla en la casa. Pero, debido a la guerra, escaseaba la mano de obra femenina, y a su amiga no se le ocurrió nadie más que pudiera venir salvo la vieja señora Wood, que tenía setenta y cuatro años por lo menos y reuma, así que podía encargarse de hacer la comida, pero nada de fregar y limpiar después.

Fregué los platos yo sola y luego subí a la segunda planta a ver a la chica polaca. Tenía bastante buen aspecto, estaba rolliza y parecía sana; su hijo pequeño jugaba encima de la cama. En cierto modo, me alegré de que estuviera encamada, porque mientras la chica polaca estuviera fuera de

combate, habría muchas más tareas que hacer, así que probablemente a la tía Muriel no le entrarían ganas de preguntarme mucho por Mara. Me dio la impresión de que la tía Muriel debía de ser más lista de lo que parecía; nos necesitaba tanto a Rhoda como a mí para salir adelante durante las fiestas de Navidad, y en cierto modo creo que se había olido que Rhoda y yo no éramos tan amigas como antes, porque no había dicho cosas tipo «¿qué habéis estado haciendo, par de dos?» cuando habíamos ido a dar de comer a las gallinas o cuando habíamos transportado juntas el carbón para la caldera; era un detalle mínimo, pero yo me había fijado; no había utilizado la expresión «par de dos» ni una sola vez estas navidades.

Todas tuvimos que trabajar mucho los dos días siguientes, así que únicamente hablábamos de sacar el polvo, barrer, preparar las verduras y otros platos, así como el engrudo para las gallinas, y estábamos tan agotadas por la noche que me resultaba fácil conciliar el sueño y olvidarme de que tenía a Rhoda en la cama de al lado. Ella siempre era la primera en levantarse, mientras yo continuaba durmiendo, o lo fingía. Y en todo momento pensaba en Mara y en la noche que habíamos compartido en Salisbury, y el pensamiento era como una llama en mi interior; fui tachando los días en el calendario, deseosa de regresar a Londres con ella.

La tía Muriel decidió dar su habitual cena de Nochebuena para los refugiados. «Se decepcionarían tanto si no la diera…». En realidad, era lo que se esperaba de ella, al ser la presidenta del comité. Eso significaba más trabajo. Íbamos de acá para allá, la señora Wood vino a ayudar, alguien horneó buñuelos, yo corté el pan y preparé sándwiches de queso y pasta de pescado. Después de comer, Rhoda y yo empezamos a decorar la sala para la velada. Aparté los muebles y retiré todos los objetos de valor, que metí en el dormitorio de la tía Muriel, igual que había hecho el año anterior. Enrollé las alfombras y las guardé en mi habitación. La tía Muriel estaba en la cocina, la chica polaca ya se había levantado de la cama; al final, no había perdido el bebé y la hemorragia había cesado, así que estaba preparando bizcochos borrachos con fruta confitada que le habían enviado de Estados Unidos a la tía Muriel para sus refugiados. Mi tía no iba a preguntarle quién era el padre, por supuesto, porque eso podría provocar que se marchase; y, al fin y al cabo, con tan pocos hombres por allí y la tasa de natalidad que seguía subiendo de todas formas, y las del Servicio Territorial Auxiliar y las de la Fuerza Aérea Auxiliar de Mujeres saltando los muros por las noches y caminando kilómetros y kilómetros para llegar a Bulford o a otros campamentos de soldados, incluso la tía Muriel sabía que existía algo llamado sexo y que no solo era para los gatos, los perros y las gallinas.

Rhoda estaba subida a una escalera colgando banderines de colores de las lámparas y adornando las paredes con guirnaldas de papel que habíamos guardado de la Navidad anterior. Yo no sabía qué hacer después de apartar los muebles y enrollar las alfombras, y me parecía incómodo preguntarle a

Rhoda. Se me ocurrió que lo mejor sería que me pusiera a decorar el árbol navideño, que Rhoda había traído unos minutos antes. Así pues, lo arrastré con su voluminosa maceta hasta el centro de la sala, agarré el espumillón y las bolas de Navidad, las estrellas y la nieve de algodón, que estaban guardados en una caja enorme en los armarios del pasillo, y empecé a decorarlo.

Rhoda se bajó de la escalera y se puso detrás de mí, hasta que me vi obligada a mirarla. Estaba furiosa. No paraba de mover la boca y las manos.

—¿Cómo te atreves? —me recriminó—. Es mi árbol. Lo compré para la tía Muriel. Ni se te ocurra tocarlo. Voy a decorarlo yo.

Entonces me enfadé yo.

—Pues venga —le dije—. No tocaré tu maldito árbol. En realidad, a partir de ahora puedes hacerlo todo tú sola si prefieres.

—Ah, no, no. Ni hablar de irte —dijo Rhoda—. O te quedas a ayudar, o se lo cuento a la tía Muriel.

—¿Qué vas a contarle? Mi querida Rhoda, ¿no crees que te estás poniendo en evidencia?

—Le contaré lo que hay entre tú y esa mujer casada con las uñas pintadas, esa tal señora Daniels —dijo Rhoda—. Me mentiste. Un hombre, me dijiste, ja. —Escupió la palabra—. Ya te gustaría cazar a un hombre. Bah, nunca podrás tener a un hombre.

—No tienes derecho a hablarme así.

—Tengo todo el derecho. No dejaré que te líes con esa mujer. Va pintada como un fantoche y es más vieja que tú. Solo quiere utilizarte, ¿es que no lo ves?

—Igual que hiciste tú —le reproché—. Tú también me utilizaste, y también eres más vieja que yo, ¡mucho más vieja!

Se me quedó mirando, cegada por la ira. Anduve hacia ella y la obligué a retroceder. Me entraron ganas de pegarle, abofetearla, hacerle daño también de otras formas, herirla con palabras, hacerla sufrir por todo lo que había hecho, por todas las cosas que me había arrebatado, los sentimientos que le había ofrecido, nuevos y puros, y que jamás volverían a ser igual de sinceros.

—¡Tú! —le dije—. ¡Venga ya! ¡Si ni siquiera tienes derecho a estar en esta casa! Si la tía Muriel supiera la verdad sobre ti, te echaría sin pensárselo dos veces.

—Red —dijo entonces—. Vamos, Red, no me hables así. Te quiero, y te necesito.

Solté una carcajada.

—Díselo a la tía Muriel. Anda, cuéntale que te aprovechaste de mí porque me sentía sola, que me decías que serías una madre para mí, ¿lo recuerdas? Y luego, una noche te echaste a llorar y me lo contaste todo sobre ese hombre que te había dejado plantada, ¿lo recuerdas también?

Se reclinó en el sofá, sollozando. No esperaba que se desmoronase tan rápido.

—Red —suplicó—. Red, por favor, no te utilicé. De verdad que te quiero. ¿Por qué no podemos estar juntas como antes? Éramos tan felices.

—Tienes diez años más que yo. Diez años. Y has estado con hombres. Con más de uno. Incluso tuviste un bebé y un aborto, o al menos, eso me contaste una vez, aunque después lo negaste. Y luego, como aquel hombre te abandonó, dijiste que odiabas a los hombres y recurriste a mí. Empezaste tú. Te aprovechaste de mí.

—Por Dios —dijo Rhoda—. ¿Por qué eres tan cruel? Bueno, solo te digo que ella también te utilizará. Ahora mismo se está aprovechando de ti también. Apuesto a que es infeliz con su marido y tú solo eres un consuelo. Porque sabe perfectamente que nunca te ganarás a un hombre. Te tirará a la basura cuando haya acabado contigo y se haya buscado otro varón. Ya conozco a las de su calaña. A esa mujer le gustan los hombres, no es de las tuyas. No hace más que tontear contigo entre un hombre y otro, eso es todo.

Metí las manos en los bolsillos.

—Eso no es asunto tuyo, Rhoda. Ya sé cuidarme sola.

—Muy bien. Sigue con el árbol maldito. Me voy —zanjó.

Salió a toda prisa de la habitación.

Me quedé un rato allí con las manos en los bolsillos, luego las saqué y retomé la decoración del árbol navideño. Me temblaban los dedos. Odiaba temblar y hasta odiaba mis manos. Seguro que Rhoda nos había estado espiando, pensé. Seguro que nos había visto en el Black Swan, tal vez cuando Mara y yo cenábamos juntas en el restaurante. «Nunca podrás tener a un hombre. Nunca podrás tener a un hombre». Pues bien, yo no quería un hombre, Mara me amaba y ella valía más que mil hombres.

—Eres una bestia, Rhoda —dije en voz alta.

La fiesta de los niños refugiados fue bastante estresante. Yo no tenía la sensación de estar allí, y toda esa horrorosa jovialidad y esa diversión fingida con los juegos de la fiesta me provocaban náuseas. En medio de una partida de la gallinita ciega, la chica polaca empezó a sangrar de nuevo y el doctor Sanders estaba muy molesto cuando volvió.

—Pensaba que les había dicho que tenía que quedarse una semana entera en la cama.

Miraba fijamente a la tía Muriel.

Esta no le contó lo del postre que había preparado. La chica polaca se puso a llorar a mares y a gritar como si fuera a morirse. Los niños se daban patadas, a uno le sangraba la nariz, así que había sangre y agresividad por todas partes, y la tía Muriel dijo que no volvería a dar una fiesta jamás, que era una pérdida de tiempo, esfuerzo y dinero. Y, además, ahora la gente era

muy desagradecida.

Ver semejante estampa y oír los gritos de los niños despertó algo en Rhoda, y esa noche se puso a llorar encima de la almohada. Fingí no enterarme y, al cabo de un rato, se quedó dormida.

Mientras dormitaba, me acordé de las gallinas. No las había encerrado en el gallinero y estaba convencida de que Rhoda tampoco lo había hecho. Pero en lugar de preguntarle y aguantarla gimotear, me abrigué, cogí la linterna y bajé. Tal como imaginaba, nadie se había molestado en recogerlas. Así que ya tenía otra cosa que recriminarle a Rhoda. Hacía tanto frío que volví tiritando a la cama.

Rhoda se marchó el día 27, en cuanto acabaron todas las celebraciones, para consternación de la tía Muriel. Dijo que había recibido una carta urgente de una prima que vivía en Gloucester que no se encontraba bien, y que tenía que ir enseguida para cuidar de los hijos de esta.

—Ay, querida, qué atenta eres —murmuró la tía Muriel al despedirse de ella.

Pero cuando se marchó, mi tía me dijo que era una falta de consideración tremenda por parte de Rhoda.

—Nunca me había mencionado que tuviera primos en Gloucester —me dijo la tía Muriel, y comenzó a especular sobre si Rhoda volvería o no las navidades siguientes—. Tal vez convendría que averiguase si Eunice puede venir —comentó la tía Muriel, pensando en las gallinas—. Es una chica tan simpática, le gusta tanto el campo, ¿no te parece? Confío en que haya acabado con el tema de la conversión a estas alturas.

Eunice era una pariente lejana de la tía Muriel. Tenía unos veinticinco años, y durante años había ido con una chica llamada Jean. Eran uña y carne, hacían tantas cosas juntas que los estudiantes de la Facultad de Agricultura se reían de ellas. Jean le tiraba del pelo a Eunice y gritaba en cuanto esta miraba a alguien más. Entonces Eunice se hizo católica. Al principio, a Jean no pareció importarle. Pero cuando Eunice se convirtió en hija de la Hermandad del Santo Cáliz, Jean se enfadó mucho. Y Eunice empezó a evitarla, y rezaba por ella, y Jean se fue deprimiendo más y más, hasta que un día se tomó una sobredosis de somníferos, y así acabó. Ahora Eunice iba por la vida con aire angelical y era dulce con todo el mundo. Por eso la tía Muriel había pensado en ella para las gallinas y otras tareas de la granja.

En un abrir y cerrar de ojos, se acabaron las vacaciones y allí estaba yo con la maleta hecha y unos huevos en una caja, dándole un beso en la mejilla a la tía Muriel y diciéndole adiós con la mano desde el vagón.

Cuando llegué a Waterloo cogí un taxi en la estación y fui directa a Maybury Street. Había escrito para decirle a Mara que regresaba y a qué hora llegaba el tren, y medio esperaba que estuviera en la estación. Pero

sabía que Karl andaría por ahí y Mara no me había contestado por carta ni había vuelto a llamarme. Pero ahora, con Karl o sin él, tenía que ir a verla, aunque solo fuera ver su casa, contemplar sus ventanas. Cuando ya estaba a mitad de camino, me entró miedo de que Karl estuviera también en casa y le pareciera raro que yo llegase con una maleta. Tendría que dejar el equipaje en el vestíbulo.

El portero dijo que no sabía si la señora Daniels había salido o no, ¿podía subir por si acaso y llamar a la puerta? Me dio permiso moviendo la cabeza y continuó leyendo el periódico. El ascensor subió en un suspiro. Me quedé plantada delante de la puerta y llamé al timbre. Volví a llamar. Otra vez, y otra más. No salió nadie.

Al cabo de un rato, bajé de nuevo en ascensor. Las calles parecían distintas, vacías. Mi maleta (el portero me miró como si esperase una propina por vigilarla) pesaba horrores. La arrastré hasta la esquina de la calle y de pronto la vi ahí, caminando hacia mí, y luego corriendo, sí, corriendo hacia mí, y yo también corrí hacia ella, con maleta y todo, y nos encontramos; oía sus jadeos y resoplidos.

—Red, Red, he tenido que ir a la estación a despedirme de Karl y no he llegado a tiempo para recibirte por unos diez minutos.

Nos quedamos mirando la una a la otra un rato, riéndonos, y luego la acompañé a casa. Karl había pasado allí la mayor parte de las fiestas; acababa de irse. Fue una bendición. Las dos estábamos encantadas.

—Ha sido bastante estresante —me dijo Mara, y ese aire compungido reapareció en su rostro.

Pero no queríamos hablar de Karl. Ese día decidimos que alquilaríamos un lugar para nosotras. En realidad, Mara ya lo había buscado. Había encontrado un estudio, con una sala-dormitorio grande, un espacio limpio y amplio en un edificio bastante bonito de Bloomsbury, y propuso que lo compartiéramos. Aunque era mucho mejor que la residencia de Nancy, Mara parecía fuera de lugar; pero no estaba lejos de su casa, y podía quedarse allí conmigo cuando Karl estaba de viaje y volver a su piso cuando él estaba ahí. Era la mejor opción.

La habitación era agradable y teníamos una pequeña cocina, así que podíamos prepararnos el desayuno o lo que nos apeteciese. Cada día, Mara volvía a su piso por si Karl había regresado («Aunque siempre me avisa con antelación cuando viene»), para recoger el correo y la leche y para que el portero no sospechase demasiado. De esa forma conseguíamos pasar mucho más tiempo juntas.

Compré una libretita azul para nuestros gastos compartidos e iba apuntando las compras: café para el desayuno, verduras, lo que fuera que comprásemos.

Me sentía realmente feliz, pletórica. Estaba viviendo con Mara. Nunca

hacíamos noche en su piso, aunque a menudo yo iba a pasar la tarde con ella después de las clases y nos bañábamos allí. De paso, Mara desordenaba un poco el piso, fingiendo que había dormido ahí, y a veces comprábamos un par de cosas para cocinar y comíamos en su piso antes de regresar a casa, a nuestro miniestudio. O íbamos a un restaurante, aunque yo me preocupaba un poco; pero Mara siempre se reía y decía: «Me gusta comer algo mejor». Jamás me permitía que le pagara la mitad de la cuenta del restaurante.

Entonces Karl volvió de sopetón, sin avisar a Mara, y por suerte fue una tarde en la que yo había ido con ella a su casa, y el portero, que estaba en el vestíbulo, le sonrió y le dijo: «El señor Daniels acaba de llegar, señora, acabo de abrirle la puerta». Así pues, dejé que subiera sola. Tuve la impresión de que el tipo de la portería sabía lo nuestro, y eso me hizo sentir muy incómoda.

Intenté no darle demasiadas vueltas. Me dije que en cuanto Karl se marchase, Mara volvería a dormir conmigo, pero esa noche fue horrorosa, de verdad, horrorosa, igual que los siguientes días y noches. No podíamos hablarlo en Horsham, allí fingíamos que no pasaba nada, pero cuando estábamos en nuestro estudio nos aferrábamos con ansia la una a la otra, nos abrazábamos fuerte, antes de que yo la dejase marchar y la acompañase hasta la esquina de su calle, como solía hacer… Pero no entraba en el piso con ella y ella tampoco me lo pedía. Estaba segura de que, si estábamos juntas, se notaría algo. Después Karl se marchó de nuevo y nosotras volvimos a estar juntas.

Comprábamos objetos porque nos hacía sentir más unidas: una estantería de segunda mano, que lijamos y repintamos una noche, una cafetera de una tienda de oportunidades, algunas láminas. Mara compró una radio, pues sabía que me gustaba tenerla encendida y escuchar música o lo que diesen mientras trabajaba. A ella no le gustaba, y nunca la encendía por propia iniciativa. Siempre que llegábamos a casa, y antes incluso de quitarme el abrigo, me acercaba a la radio y la encendía; pero claro, a mí siempre me interesaba saber qué ocurría en el mundo, y a Mara nunca.

—Parece que te dé exactamente igual lo que suceda —solía decirle yo—. Podría acabar la guerra y ni te enterarías.

—No me da igual, sí que me importa —dijo Mara—. Por eso mismo prefiero no saberlo.

Y me encantaba esa faceta de ella. Por entonces me parecía un rasgo de superioridad, algo admirable, el preocuparse tanto que no era capaz de escuchar las noticias por la radio.

Cerca de febrero Daphne empezó a lucir un anillo de compromiso y a alardear de que se trataba de un médico misionero. En cuanto acabase la guerra, trabajarían juntos en la escuela y el hospital de las misiones de África donde estaba él.

—Enhorabuena —le dije—. Confío en que no tengáis muchos altercados.

—Ay, Red, qué dulce eres —me respondió. Pero lo dijo como si yo fuera un chico y, no sé por qué, no me gustó el tono, y aquella noche me sentí inquieta mientras volvía a casa con Mara.

Encendí la radio y luego fui al espejo y me miré a la cara: Bettina Jones. Vestía una falda marrón, que me subí para mirarme las piernas.

—Tienes unas piernas muy bonitas, Red —comentó Mara.

Ella también estaba junto al espejo, detrás de la pierna que yo había extendido para mirarla de perfil. Vi la silueta de Mara justo por encima del hueso de mi espinilla.

—Me preguntaba qué tiene la cursi de Daphne que no tenga yo.

—Vamos, Red —dijo Mara—. Pero si tú misma dices que es una cursi. Tú eres muy guapa, cariño. Bastaría con que te arreglaras el pelo y te vistieras con otra cosa.

Mara ya había intentado conseguirme ropa nueva, porque yo tenía cupones de sobra, y me había peinado con otro estilo. Pero yo siempre me daba la vuelta, la besaba y le decía: «Esto no es para mí, cariño. La despampanante eres tú». Sin embargo, en ese momento me miré con detenimiento, me acerqué más al espejo y observé los ojos, las cejas, la nariz, la boca; me froté la mejilla. Antes tenía bastante acné, pero desde que había conocido a Mara y comía mejor y estaba feliz, se me había mejorado mucho.

Mara se me acercó por detrás y me levantó el pelo.

—Deberías cortártelo y dejarte flequillo, así. Mira, deja que te lo enseñe.

Retorció un poco el pelo para apartármelo de la cara y dobló la melena, recogiéndola por detrás para que viera el efecto.

—Córtamelo tú —le dije—. El tuyo también te lo arreglas, Mara.

Me puse una toalla alrededor del cuello y me cortó el pelo mientras yo la observaba. Cuando terminó, tenía otro estilo, pero no era lo que ninguna de las dos habíamos imaginado.

—Sería mejor si fueses a una peluquería de verdad —dijo Mara.

—Está bien —dije, y me pasé los dedos y retorcí los mechones. Lo cierto es que quedaba un poco raro.

—Ay, Red —dijo Mara con cara de pena—, sé arreglarme el mío, pero no sé por qué, con el tuyo no me sale tan bien.

—Es precioso —dije, aunque no estaba satisfecha.

Al día siguiente me hizo ir a una peluquería de Bond Street, y me lo retocaron y cortaron un poco más, aunque no acababa de verme favorecida y, además, me costó un dineral, doce chelines.

Luego me compré algo de ropa. Pero en las tiendas me sentía incómoda al probarme prendas. Al final, compré un bonito vestido de cuadros con un cinturón de piel, aunque luego no me lo ponía mucho. Era como decía Mara: ella sabía qué le sentaba bien a ella, pero sencillamente no quedaba igual

cuando me lo ponía yo. Y las vendedoras no nos ayudaban en absoluto. En Harrods, una mujer muy estirada vestida de negro nos trajo varias blusas con volantes y lazos, carísimas y de lujo, nada prácticas.

—La señora necesita algo «femenino» —me dijo.

—Zorra —murmuré a sus espaldas cuando se alejó.

La mayor parte del tiempo estábamos en una nube. Nos parecía que lo que había ocurrido entre nosotras era tan distinto y nuevo… No nos cansábamos de maravillarnos, creíamos que nadie más se había sentido igual, excepto los poetas, y que habían escrito solo para nosotras. Yo no sentía la menor aprensión, ninguna de las torturas que me habían acompañado cuando salía con Rhoda; estaba segura de que esto era auténtico, por fin. Dejé de cuestionar el pasado, ambas pensábamos en el futuro, en todo lo que haríamos juntas más adelante. Porque de eso no cabía duda: Mara y yo estábamos hechas la una para la otra, estaríamos juntas años y años. Eso era lo que decíamos las dos.

Karl regresó de Europa una vez más, y una vez más llegó sin previo aviso, como si sospechase algo. Por suerte, no fue por la noche, sino por la tarde, y Mara todavía no se había ido del piso cuando llegó él. Yo no la había acompañado, sino que había ido pronto a nuestra casa para preparar la cena. La esperé y la esperé, pero no se presentó. Entonces la llamé por teléfono y me contestó él, diciendo: «Karl Daniels al aparato. ¿Dígame?», así que murmuré: «Me he confundido de número», con voz impostada, y colgué.

De nuevo pasé una noche de infierno, y al día siguiente Mara tenía un aspecto demacrado.

—Dudo que pueda seguir así —me dijo.

—¿Qué te ha dicho? —le pregunté.

—Nada, nada en absoluto.

Sin embargo, su marido no se quedó mucho tiempo, apenas unos días, y volvió a marcharse. Mientras tanto, ella debió de acallar sus sospechas, porque Karl le dijo que no volvería hasta un mes más tarde. Yo sospechaba que era una trampa, pero Mara dijo que no, que parecía bastante satisfecho. Y entonces lloraba mucho por las noches, pero no me decía por qué.

Las dos nos poníamos nerviosas, y a veces Mara se quedaba a dormir en el piso porque tenía una corazonada.

—¿No sería maravilloso si pudiéramos casarnos de verdad y vivir juntas? —me preguntó.

—Sí.

En realidad, «nos sentíamos» casadas, sentíamos que éramos almas gemelas. Cuando Karl no estaba.

Al empezar marzo, tomamos la costumbre de pasear por las tardes. Caminábamos por la orilla del río y dentro de Hyde Park. Merodeábamos por las calles a la luz del dilatado atardecer y, una noche, empujadas por un

torrente de personas que iba en esa dirección, llegamos hasta Piccadilly Circus. Contra las paredes de los edificios, o apoyados en los alféizares de las puertas cerradas de las tiendas, había muchos soldados, de la Francia libre, polacos, pero sobre todo estadounidenses. Revoloteando a su alrededor, hasta que cada uno de los hombres estaba totalmente rodeado, lamido como una roca por las olas, había mujeres, mujeres de cualquier edad, tamaño y aspecto, como una inmensa marea que subía, bajaba y los envolvía. Y no pararon de llegar, en ese mismo movimiento que nos había empujado a nosotras hacia allí, hasta que la plaza de Piccadilly Circus quedó a rebosar, con cuatro, cinco o incluso más mujeres por cada hombre. Mara y yo paseábamos por allí, rodeando el eros que lo dominaba todo, fascinadas y horrorizadas porque, al no comprender en nuestro propio cuerpo el ansia de los demás, la reacción nos parecía extraña, ajena, degradante y a la vez atrayente de un modo desagradable del que nos habíamos librado, y nos alegrábamos de habernos librado. Pululamos por detrás de la aglomeración de gente, nos marchamos como gatos que se escabullen, superiores y libres, dejando atrás las mujeres apiñadas y los murmullos y las risas, y ni siquiera volvimos la cabeza.

De camino a casa hablamos de lo sucedido, sorprendidas de que ocurrieran cosas así, dándole vueltas verbalmente, como hacen las personas que se sienten distanciadas del tema del que conversan.

—Supongo que eso es lo que la gente llama normal —dijo Mara—. Somos nosotras las que somos anormales, Red.

—No lo sé —respondí.

No me gustaba la palabra «anormal».

—Supongo que somos lo que la gente llama lesbianas —siguió Mara.

—Si lo somos, imagino que habremos nacido así —dije—. Las dos.

—Yo no nací así —dijo Mara—. Por lo menos, no creo. Pero ahora, Red, quiero ser como soy. No quiero cambiar.

—Yo tampoco —contesté.

Nuestro pequeño mundo de confianza y ternura, un mundo que nos bastaba. Todo y todos los demás retrocedían, eran como fantasmas neblinosos en una obra ensombrecida que contemplábamos, pero nada de lo que hacían o decían nos afectaba de verdad. Éramos felices y la gente nos dejaba en paz.

Mara estaba convencida de que jamás volvería a amar a un hombre.

—Pensaba que estaba enamorada de Karl cuando me casé con él —me dijo—. Pero es horrible, igual que todos los hombres. Dudo que pueda permitir que ningún otro vuelva a tocarme jamás.

Nos arropábamos cada vez más en el amor por la otra y nos sentíamos protegidas, a salvo de esa otra ansia que motivaba a las mujeres de Piccadilly Circus y a los soldados. Pero justo cuando nos sentíamos inmunes

al cambio, fue cuando el cambio llegó.

Hasta entonces nunca habíamos hecho el amor: no en el sentido en que dos mujeres juntas recrean los gestos rituales de la procreación y la consumación, una la que da, otra la que recibe. No sé por qué era así; pero siempre había habido entre nosotras una contención y una especie de timidez que era tierna y cuidadosa, una profunda emoción que nos alejaba de la exploración física. Pero ahora pasábamos mucho tiempo juntas, las veladas eran largas, se dilataban, inquietas de anhelo, con una luz inacabada. El deseo nos embargaba y Mara era ardiente, pero yo pensaba, ignorante, que no podía acariciarla con pasión para satisfacerla: tal vez mis experiencias con Rhoda hubieran dejado una amargura en mí y ahora me provocaran rechazo hacia unos actos que me negaba a repetir.

Cerré los ojos contra el pasado que se abalanzaba, recuerdos ahora desprovistos de sentido y, por lo tanto, convertidos en algo ridículo y obsceno. Gestos, caricias, acciones que en el momento me parecieron exaltados, sagrados incluso; o, por lo menos, excitantes y placenteros. Me dolía saber que algunos de esos gestos se repetirían ahora con Mara, porque, aunque mi mente argüía que no era lo mismo, y en efecto, no era en absoluto lo mismo, aun así, en lo más hondo de mí sabía que algunas veces, ante su boca, sus ojos cerrados, cierto sabor a Rhoda se apoderaba de mí, y me entraba miedo. Incluso en una etapa tan temprana, incluso antes de que empezásemos, había un deje de lo que había sido: el impacto de la repetición yacía entre ella y yo. Así, lo que yo quería que fuese único contenía un parecido ocasional, que yo borraba de inmediato, con un recuerdo que ahora rechazaba. Me sacudía esos pensamientos de la cabeza. Cerré la puerta con firmeza a Rhoda y la liquidé con una última explicación:

—En fin, Rhoda es amiga de la tía Muriel y ha pasado las fiestas con nosotras, pero de algún modo superé lo mío con ella antes de conocerte. Me mudé a Londres y empecé a estudiar en Horsham, y luego llegó Andy.

Le había hablado a Mara de Andy porque no importaba nada, porque no quería fingir que no sabía nada de hombres.

—Pero Andy no te gustaba, ¿verdad? Nunca te gustó. Y Rhoda sí te gustaba —comentó Mara un día sin que viniera a cuento—. Aunque puede que termines prefiriendo a Andy en lugar de a mí con el tiempo.

—Uf, no, por Dios —dije—. Si hay algo que tengo claro es que Andy no significa nada para mí y nunca lo hará.

Se acurrucó a mi lado y una vez más me sentí protectora y protegida; éramos el refugio de la otra contra todo lo que había sucedido. Pero eso no iba a durar. Al cabo de un tiempo, la paz entre nosotras se hizo excesiva para mí. Me volví irritable, me enfadaba cada vez que nuestras acciones o palabras se quedaban cortas para una consumación con la que las dos soñábamos, pero que no podíamos perpetrar.

Y así me di cuenta de que con Mara no podría fingir una masculinidad de la que carecía, al menos aquella con los artificios que eran la suerte y la condena del tipo de personas que considerábamos que éramos. Con Mara, ante sus ojos claros, no podían darse los fingimientos y embrollos de la lujuria. Y su susurro asustado, «No, no», me frenaba.

Una noche desdichada, cuando yo estaba tensa y me quejé: «Por Dios, uf, por el amor de Dios», mientras daba patadas a las sábanas con frustración, ella se incorporó y susurró: «Túmbate». Y, de repente, ya no fue como siempre había sido, sino al contrario, porque hasta entonces yo siempre era quien daba, también como amante, con manos y boca y los conatos de dominación; pero en ese momento no fue así, sino que yo pasé a ser la mujer. No sé qué inocencia o qué instinto motivaba los actos de Mara, pero sé que me amó y que en ese momento supe que yo era una mujer, y capaz de despertar el deseo. «Oh, Mara, Mara…», le dije.

Sin embargo, no me dejaba que le hiciera el amor del mismo modo. Y siempre nos veíamos perseguidas, como todas las cosas inacabadas nos persiguen, por una persistente irritación.

Pero el contratiempo era tan pequeño, tan fácil de olvidar en comparación con todo lo demás: la paz emocional, además de la satisfacción física, casi pero no del todo alcanzada; la seguridad y la confianza; la sensación de ofrecer cuidados y recibirlos. La ternura, que hacía que nuestra inadecuada forma de amar fuera mejor que cualquier otra que hubiésemos experimentado antes, nos hacía evitar desear más, desear demasiado. Hacerlo únicamente habría implicado explorar en los reinos físicos de la satisfacción: el asco y el hartazgo seguirían y entonces estaríamos condenadas. Por lo tanto, pensábamos que teníamos suficiente así.

Sin darnos cuenta llegó la primavera, cálida, y el 8 de mayo y el Día de la Victoria en Europa, con una enorme exaltación que empezó de forma algo artificial, porque la radio y los periódicos la volvían distante en lugar de acercarla, y de pronto se volvió real e intensa cuando salimos a las enloquecidas calles llenas de bullicio, con sus delirantes alegrías y exuberantes despliegues.

Fue con Andy, quien se había molestado en ir a buscarme a Horsham y sabía dónde vivía yo ahora, y con un tropel de estudiantes de las facultades de St. Thomas y Bart, con quien bailé en Piccadilly Circus, toqué el silbato y saludé a los autobuses y canté hasta quedarme afónica, y al final me vi arrastrada a una juerga de *pub* en *pub* que duró toda la noche, y llegué a casa con un dolor de cabeza tremendo, intentando zafarme de Andy para que no entrara en mi cuarto y cerrando la puerta con llave… Andy, quien decía muchas cosas sobre el final de la guerra y me pedía que no fuese una rancia ni una mojigata medieval. Y la habitación estaba vacía sin Mara, y me arrojé

encima de su cama, inspirando el olor de su pelo en la almohada, y lloré a mares hasta quedarme dormida, medio entumecida por el alcohol.

Mara no estaba porque Karl había vuelto. Tampoco estuvo al día siguiente, ni al siguiente, ni al siguiente.

La tarde siguiente Andy fue a verme y se disculpó, y tomamos un café. Fuimos al cine Everyman a ver a Anton Walbrook. Comimos unos sándwiches tras la película y volví a toda prisa a casa, pues tenía miedo de que Mara hubiese vuelto. Pero no estaba, y me sentía tan sobrecogida por la tristeza que me temblaban las piernas. Volví a la residencia y allí estaba Nancy limpiando la mesa, y la gata se paseaba entre las sartenes, las tazas y los platos sucios, y estaba Edward con su pipa, y Andy, que me saludó efusivo porque pensó que había ido a verlo. Pero no era por eso, simplemente me sentía sola sin Mara. Nos sentamos a tomar un té, y Nancy abrió una lata de melocotón en almíbar que había guardado desde 1942. Y más tarde todos bebimos cerveza y Nancy se emborrachó mucho y empezó a soltar gritos cuando Edward le metía la mano por debajo de la blusa. Al poco tiempo se marcharon juntos. Entonces, no sé cómo, Andy estaba conmigo en su habitación y me llamaba cosita y empleaba palabras que eran burdas pero excitantes, de algún modo; y yo intenté apartarlo, pero ya no me quedaban fuerzas y, cuando se subió encima de mí, mi corazón no paraba de gemir Mara, Mara, Mara, y no sentí nada, absolutamente nada.

Cuando Mara volvió conmigo, traté de herirla tanto como me había herido su ausencia. Cuando alguien sufre, lo paga con el objeto de su amor, pues esto es lo que posee. No puede evitarlo. Esto se remonta a Adán vengándose de Eva, diciéndole a Dios que era culpa de ella; y durante toda la vida debemos arrancar y rasgar y envolver nuestro amor para reproducir la agonía primigenia del nacimiento, que es amor y odio, júbilo y sufrimiento, indisolublemente unidos. Lo que entonces le hice a Mara se lo hago ahora a Andy, pero de otra manera, porque él no me importa, solo me pertenece. Como hacen las esposas, consigo que dude de su masculinidad haciéndolo sentir pequeño, reprendiéndolo por llegar tarde a las comidas y racionándole la cama cuando me apetece. En realidad, no me importa en absoluto, es una forma de pasar el rato, de afirmar la seguridad de mi matrimonio, es un tirón en la cadena que lleva al cuello, que le recuerda que conmigo está encarcelado, pero a salvo. Mara me había hecho daño; había pasado tres días con Karl. La seguridad no existía con ella, solo el miedo constante a perderla, y el reluciente corazón de satén del amor se rasgaba tal vez más rápido, se desgastaba antes que el tejido de cáñamo del matrimonio.

—Hombre, hola, desaparecida —le dije cuando llegó sin resuello al cuarto día, y observé cómo el júbilo desaparecía de su rostro y la inseguridad reptaba hasta la sonrisa; pero entonces decidió que lo había dicho por afecto,

yo siempre era un poco brusca, y se lo tomó como lo que era en realidad, un indicio de que la había echado de menos. Por supuesto que era eso, pero Mara no tenía ni idea de hasta qué punto le haría pagar el haberla echado de menos.

Me estaba abrazando cuando le di la segunda estocada:

—¿Te lo has pasado bien con Karl?

—Vamos, Red… —Enterró la cara en mi jersey y movió la cabeza rozándolo, como un gato que se frota, lastimero, conciliador—. Por favor, no hablemos de eso, Red. Sabes que es horrible. Ahora ya he vuelto, eso es lo que importa.

Pero yo no pensaba permitir que se apartara del horror, no quería darle la ternura y la paz que deseaba, aunque advertía lo flaca que estaba después de tres días con él, sus ojeras marcadas. Ahora casi no me atrevo a enfrentarme cara a cara con mi propia crueldad, ese es mi castigo, que deberé asumir: cómo la aparté de mí, agarrándola por los hombros, obligándola a mirarme, diciendo:

—¿Qué te ha hecho esta vez, eh? Cuéntamelo. —Para añadir luego—: Él sí que es un hombre, ¿verdad? ¿Ese precioso marido tuyo?

Y, por supuesto, fue horroroso, pues Mara aceptó la crueldad, se echó a llorar. Pensaba que se lo merecía porque yo estaba herida, pensaba que había sufrido tanto a causa de mi amor por ella que tenía que azotarla con los recuerdos de los que ella huía. Y, por lo tanto, igual que había hecho Rhoda, Mara me proporcionó una excusa para que fuese cruel con ella, y eso alivió mi dolor al herirla, lo convirtió casi en gozo; y después, ya me resultó imposible cambiar, dejar de hacerle daño de vez en cuando. No era capaz de retroceder y reconocer ante ella que era por lo que había ocurrido la noche anterior, con Andy, por lo que quería que ella me hablase de Karl. Seguí fingiendo que lo hacía por un auténtico ataque de celos, por mi amor hacia ella. Fue fácil, porque Mara lo aceptó al instante. Poseía una sencillez esencial cuando se trataba de los sentimientos, aceptó con demasiada facilidad que era ella la culpable; no podía imaginar mi doblez al manejar mis propias emociones. Si por lo menos Mara me hubiese parado los pies entonces, si por lo menos se hubiese encarado conmigo… pero no lo hizo. Lloró y yo traté de consolarla, aunque ella era la que estaba herida, e incluso ahora me maravillo de que Mara fuese tan ingenua, como una niña convencida de que jamás había ningún otro motivo oculto, ninguna otra intención, en lo que yo decía o hacía en relación a ella. Se echó a llorar y, como es natural, me contó, susurrando en mis brazos, temblando y sollozando con unos gemidos que partían el alma, cuánto odiaba a Karl, y noté tal sensación de triunfo y de poder que era incomparable con todo lo sentido hasta entonces.

—Voy a zanjar el tema. Ya lo verás —me dijo.

—¿Cómo?

—Todavía no puedo decírtelo, amor mío, pero estoy arreglando las cosas para que podamos ser libres y estar juntas, para siempre.

Por supuesto, no me creí ni una palabra, no es fácil deshacerse de un marido.

—Nunca te librarás de Karl —le dije.

Pero volví a sentirme feliz, de esa forma extraordinaria y estúpida en la que la felicidad parece sólida, eterna, cuando ya se está pudriendo entre nuestros dedos, cuando nosotros mismos hemos provocado su muerte.

Habían pasado un par de días desde aquella conversación, creo (mi memoria duda, puede que no quiera recordarlo), cuando obligué a Mara a relatarme su relación con Karl.

Una cosa sigue a la otra; los arroyuelos de agua de lluvia van horadando más conforme pasan. A partir del momento en que Mara había llorado una vez, me resultó fácil hacerla llorar otra, más o menos una vez por semana. Fácil y curiosamente satisfactorio. La imagen que tenía de ella había perdido cierto glamur, sus lágrimas lo habían borrado. Decepcionada al saber que ella era tan vulnerable, que yo era capaz de hacerla sollozar, volví a provocar su llanto.

—Cuéntamelo, tienes que contármelo. No puedo seguir así —le dije impostando cierta brusquedad, mientras estaba sentada con la espalda recta encima de la cama. Yo no sentía nada, pero al final me enfadé de verdad, hasta que casi me convencí de que yo misma hablaba en serio cuando la sacudí y le dije—: Quiero saber lo que pasa entre Karl y tú, ¿me oyes? No puedo soportar esta agonía más tiempo.

—No, por favor —me dijo (llorando, por supuesto)—. Me haces daño, Red.

—Y ¿qué crees que haces tú conmigo?

Sonaba falsa a mis oídos, ¿cómo pudo no percatarse Mara? Si se hubiera vuelto y me hubiera dicho: «Basta ya, Red, no seas tonta. Deja de actuar», yo me habría… quedado prendada, extasiada de amor de nuevo, habría vuelto a ser su esclava devota, como cuando ella era hermosa e inaccesible y se ponía pendientes de oro. Seguía siendo hermosa, pero era amable y tierna, y ahora me irritaba su belleza. Yo parecía un adefesio cuando salía con ella, y el pelo continuaba sin favorecerme a la cara.

—¿Qué te crees que estás haciendo yendo de acá para allá cada vez que vuelve Karl? ¿Cómo puedo saber que no te llevas bien con él, eh? Tengo que saberlo.

Así pues, al final lo soltó. Y ahora me avergüenzo, aunque cuando terminó de contármelo, me recosté en la cama y me puse a mirar al techo de la noche negra y dije con frialdad:

—¿Y ya está? ¿No hay más?

No respondió, solo se oía su leve respiración, contenida entre largas pausas. No tardé en quedarme dormida. Tal vez tenga la excusa de que no la comprendía, de que no sabía… Para comprender, una persona debe ser capaz de padecer, y a mí entonces me faltaba imaginación, la capacidad de amar me había sido arrebatada demasiado pronto, como nos ocurre a muchas personas. Me dormí y, cuando me desperté a la mañana siguiente, recuerdo que me sentí satisfecha y emocionada, y mucho más alegre de lo que me había sentido en mucho tiempo.

Ay, me cuesta soportar el tener que escribir esto ahora: como en un *boomerang* vuelve a mí el sufrimiento que no sentí entonces, más vivo que nunca. Confío en que, con el tiempo, Mara se olvidase, que no lo sintiese igual que lo siento yo ahora. Confío en que me haya perdonado; que, al contar qué era lo que le hería, se sintiese aliviada y no guardase este dolor dentro, igual que un niño por nacer, a lo largo de los años, como me ha ocurrido a mí.

A algunas personas nos educan para desfigurar el amor y convertirlo en obscenidad. Muchas acabamos con pensamientos y actos retorcidos y horrendos porque otras han hecho que tengamos miedo. Ya no confiamos en la ternura y, sin ternura hacia el otro ser humano, poco queda salvo una representación triste y despiadada de las emociones o el contacto. Karl, como muchos otros, solo conocía el amor, o lo que él consideraba amor, como dominación, una imposición de la propia voluntad, y todavía mejor si la imposición era algo levemente sucio y repulsivo, como el aroma de la caza mayor que acrecienta el apetito. Generando rechazo y aplastándolo, para de ese modo aumentar la autoridad; así es como apagamos la sed de nuestros odios reprimidos. Karl también lo hacía, no porque fuese malvado, sino porque, como a tantas personas nos ocurre, el sexo era para él la forma de superar su debilidad; una mezquindad perpetrada como un asesinato, pero que, a diferencia de este, permitía quedar impune.

Ahora comprendo todo esto debido a Mara, debido a Andy. Paso el mal trago de ese bochorno, que acaba pronto; yo también puedo replegarme en mí misma y hacer lo que se espera de mí sin sentir nada, con venganza en lugar de generosidad. Siempre que la radio esté lo bastante alta y no tenga que pensar en eso. Puedo soportarlo. De verdad que puedo. Pienso en la comida del día siguiente y en qué me gustaría comprarle al niño en Harrods. Y cuando Andy acaba, lo odio con tranquilidad y me siento superior, y corro al cuarto de baño a lavarme hasta estar limpia, impoluta. Y se me ocurren formas de ningunearlo para ir arrebatándole su masculinidad, poco a poco, hasta que lo último que queda de él es un cuerpo acicalado, que todavía finge ser viril, pero que cada vez halla alivio más rápido, termina y se pone flácido en un suspiro, y cuanto más rápido, mejor para mí. En realidad, se está volviendo impotente; yo lo sé y él lo sabe, pero nunca hablamos del tema, y yo no le quito ojo de encima para que no se descarríe, y me tiene

miedo, lo sé. Si se le ocurre hacer lo típico a hurtadillas y yo lo pillo, se lo haré pagar. Pagar con creces. Tengo a Andy dominado.

Pero Mara no podía dominar a nadie. No podía dejar que Karl hiciera sus ejercicios físicos mientras ella dejaba vagar la mente, no podía olvidarse de lo que estaba ocurriendo ni fingir que en realidad estaba bien. Mara quería que el amor fuese algo abierto, diurno, limpio y tierno, no que perteneciera a la neblinosa modorra a la que nos abandonamos todos con los ojos cerrados.

Yo puedo vengarme de Andy haciéndole sentir que es un pervertido que necesita que le perdonen por sus actos. Pero Mara no podía vengarse de Karl, porque no sabía qué era lo que tenía que perdonarle. Y Karl debía de odiarla, justamente porque no podía soltar una risita cuando él la miraba con lascivia; porque no podía provocar el éxtasis murmurando las obscenidades que él quería oír; y cuando, en plena la luna de miel, borracho para tener el valor de acostarse con una Mara ya encogida dentro de sí misma, lastimosa, asustada y perpleja, él sacó aquellas postales obscenas compradas en París y las extendió sobre la cama grande y las puso en práctica, una por una, con ella, entonces Mara creyó aprender que el amor de un hombre era algo horrible, la exterminación de la belleza y la ternura.

—¿Y ya está? —le dije.

No sé qué barbaridad esperaba para excitarme. Me sentí decepcionada y me quedé dormida. Quizá Mara, que quería estar ciega porque me amaba, se autoconvenciera de que yo intentaba aliviar su tortura, que por ternura había dicho «¿y ya está?». ¿Por qué estábamos tan contentas al día siguiente? Porque Mara me amaba, creo. Lo que Karl no había valorado, intentó dármelo a mí. Pero, en fin, yo también pertenecía a esa comunidad odiosa que puebla el mundo, en la que el cuerpo y la mente se han desgarrado y escindido, y el amor yace para que lo humillen, atado a la vergüenza.

Nos reímos mucho aquella semana, con una felicidad casi histérica. Fuimos a ver una reposición de Chaplin, *Luces de la ciudad;* paseamos por el parque y nos quedamos embobadas mirando a los patos con sus ojillos redondos como botones. Le hablé con descaro de Rhoda, y con aires de suficiencia le comenté las oportunidades que tenía una chica en un internado. Ambas coincidimos en que cada ser humano nace tanto con una parte masculina como con una femenina, y cualquiera que negara que contenía ambas caras mentía. Analicé mi caso.

—Supongo que era infeliz y me sentía sola… Una niña no deseada, una madrastra malvada, todas esas cosas. Luego la segregación: durante los años más vulnerables estar expuesta a adultas que pagan sus propias frustraciones sexuales con nosotras, las jovencitas.

Sonaba inteligente, distanciada, científica. Sentía una nueva tranquilidad, pues podía hablar de aquellas cosas de manera objetiva. Igual que si hubiese metido mi pasado en formol, ese nuevo enfoque científico convertía mis vivencias en algo protegido, a salvo como las piezas de un museo.

Mara me habló de su familia. Su padre había muerto cuando ella era pequeña, y todo el dinero había ido a parar a su madre, que tenía veinte años menos que él.

—Acababa de cumplir los dieciocho cuando me tuvo, Red, eso explica por qué nunca se sintió como una madre.

Mara se había educado en los internados más elitistas de la Europa continental, había pasado las vacaciones en mansiones opulentas con fiestas extravagantes y toda clase de miembros de la sociedad ricos y ociosos.

—Mi madre es muy alegre y guapa. Ha vuelto a casarse, claro, dos o tres veces, pero, no sé por qué, esos hombres nunca provocan ningún cambio en ella, sigue siendo alegre y guapa, y se lo pasa genial y siempre tiene un montón de hombres pululando alrededor. Karl era uno de ellos. En realidad, no conozco muy bien a mi madre, es como una desconocida para mí. Siempre ha sido muy generosa. Infinidad de juguetes y prendas bonitas; pero no la veía mucho. Creo que por eso me casé con Karl a los diecinueve, quería amar y ser amada. Karl es rico, pero yo no tengo nada, me refiero a nada a mi nombre. Bueno, da igual, el caso es que he escrito a mi madre (ahora vive en Estados Unidos, su último marido es de allí), le he contado que tengo intención de dejar a Karl y quiero parte del dinero de mi padre. Al fin y al cabo, ella es mi madre. Tiene que echarme una mano. —Y luego añadió—: Voy a dejar a Karl, nunca volveré con él.

Y como Karl no estaba en Londres, no dije nada. Confiaba en que no montaran ninguna escena.

Pero la cosa no salió así. Una tarde, Mara recibió una carta de no sé qué

abogado de Zúrich. El resumen era que la madre de Mara estaba demasiado ocupada para escribir personalmente, pero que se había escandalizado tanto al leer que Mara iba a dejar a Karl que quería impedir por todos los medios que lo hiciera. Consideraba que darle dinero a Mara en aquellas circunstancias no estaba justificado. La carta estaba escrita con todas esas expresiones que utilizan los abogados, pero el mensaje era bastante claro.

Mara estaba sentada en la cama y me miraba mientras yo leía la carta que me había entregado.

—Bueno, Red —me dijo—, en realidad no importa. Voy a dejar a Karl de todos modos.

¿Qué podía decirle? Era tan complicado… Yo amaba a Mara. Por supuesto. La echaba de menos una barbaridad cuando no estaba. Estaba segura de que la amaba. Pero no sabía qué decir. Claro que quería que abandonase a Karl, era horrible cuando estaba con él, pero si lo dejaba y no tenía dinero, ¿quién iba a pagar las facturas? Íbamos a partes iguales, lo que ocurría era que Mara era una manirrota y a menudo compraba cosas de comer y las llevaba a casa y se olvidaba de apuntarlas en nuestra libreta de gastos. Yo llevaba las cuentas porque con Mara una nunca sabía cuánto se gastaba. Hacíamos tantas cosas juntas, y las habría echado tanto de menos… Pero, por otra parte, si Mara no lograba sacarle nada de dinero a su madre y dejaba a Karl sin más, entonces sería un poco complicado con las facturas. No podía esperar que yo me encargase de todos los gastos. Así pues, no supe muy bien qué contestar.

—Haz lo que creas que es mejor —le dije.

—Ay, Red, amor mío —dijo ella dando un salto y corriendo a abrazarme —, sabía que dirías eso. Eres maravillosa, de verdad.

—No lo soy.

—Sí, sí que lo eres.

—Mira, no actúes a la desesperada —le dije—. Piensa bien antes de mover ficha. No me gustaría que te arrepintieras de haber tomado una decisión. No quiero que sientas que yo te he coaccionado en una dirección o en otra.

Me miró con los ojos arrugados de felicidad.

Transcurrieron unos días y no sucedió nada. Mara seguía yendo a su piso a diario (Karl no estaba) y acababa de llegar a un acuerdo con el portero para que la llamase si su marido volvía de forma inesperada. No teníamos teléfono en nuestro estudio, pero había uno en el piso de abajo que era de unas personas muy amables a quienes no les importaba que hiciéramos una llamada de vez en cuando; a cambio, les dábamos algún capricho para su gato. Si por casualidad Karl se presentaba de sopetón durante el día, el portero podía llamar o bien a la facultad o bien al teléfono de los vecinos. Si llegaba por la noche, entonces tenía que llamarnos también, pero no si era

más tarde de las doce; en ese caso, debía decirle a su marido que Mara se había quedado a dormir en casa de una amiga y luego tenía que llamarnos a las siete y media de la mañana (los vecinos de abajo se despertaban a las siete), para avisarla.

—Pero ahora ya da igual, ¿no? —comentó Mara—. Me refiero a que no importa si se enfada o no.

—¿A qué te refieres con que no importa?

—Bueno, voy a decirle que no quiero seguir con él —insistió Mara—. Me he decidido, Red. No pienso volver con Karl.

—Claro. Pero yo no haría nada precipitado. O sea, no des armas al enemigo, cariño. Mejor que todo vaya como la seda.

Se reía cada vez que yo decía eso. Notaba que Mara iba aunando fuerzas por si se veía en una confrontación; pero, al mismo tiempo, yo sabía que Mara no era una persona práctica, y que era capaz de tirar piedras sobre su propio tejado, y en ese caso la cosa podía ponerse muy fea. Por supuesto, no importaba si se quedaba conmigo sin pagar nada durante unos meses, pero no podía ser eterno, y yo no sabía qué sucedería en el futuro si Mara no arreglaba las cosas como era debido. Reconozco que aborrezco la inseguridad y la ineficacia, me refiero a que quiero ser capaz de organizarme a medio plazo, y Mara no parecía pensar nunca a medio plazo.

Entonces la tía Muriel me escribió para contarme que mi tía abuela del norte había muerto. «Ya sabes que durante sus últimos años actuaba de manera un tanto extraña», escribió la tía Muriel, a quien habían llamado cuando la anciana estaba en su lecho de muerte. «Casi todas las habitaciones de la casa estaban cerradas con llave. Llenas de baúles y maletas también cerrados. Tuve que abrirlos con el abogado. Estaban repletos de ropa vieja, periódicos viejos, trozos de cuerda y latas de comida… Guardaba latas y más latas, desde hacía veinte años por lo menos. Tu pobre tía siempre fue muy precavida».

Había dejado treinta mil libras, a repartir en partes iguales entre la tía Muriel y yo.

«Un buen pellizco para ti, mi querida Bettina, y como pronto cumplirás veintiún años, ya no habrá problema en que dispongas del dinero. Estoy segura de que el señor Thurston —era el abogado de la tía Muriel— estará encantado de aconsejarte sobre cómo invertirlo de forma segura y sensata. También quiere hablar contigo a propósito de la herencia de tu padre». Yo tendría que ir al despacho de Thurston en Wigmore Street para firmar unos papeles y otras cosas, y entonces el abogado me leería el testamento. Al cabo de dos meses cumpliría veintiuno y todo el dinero pasaría a mí: el de mi padre y mi parte del dinero de mi tía abuela.

Mara pensó que me había afectado lo de mi tía abuela, porque de repente solté unas lagrimillas. Estaba triste, pero era un tipo de tristeza distanciada,

no era realmente yo recibiendo la carta y llorando un poco, sino más bien alguien a quien podía observar haciendo eso. Le dije a Mara que recibiría algo de dinero.

—¡Ay, Red, eres una heredera! —dijo Mara.

—Qué va, no digas eso —contesté—. La anciana no dejó gran cosa, y entre los impuestos de sucesión y tal, dudo que me quede algo.

Fui al despacho del señor Thurston la tarde siguiente y, cómo no, la tía Muriel ya estaba allí, con su traje de *tweed* marrón y un sombrero ancho; llevaba una pluma pequeña en el sombrero.

—Bueno, querida —dijo la tía Muriel después de que la saludase con un beso—, tienes buen aspecto. ¿Te gusta el apartamento nuevo?

—Es la bomba.

La tía hizo una mueca y luego sonrió. Le pregunté por la granja, las gallinas, los refugiados. La tía Muriel se alegró de hablar de la granja. Los refugiados se habían ido, pero la cocinera polaca había tenido el bebé e iba a quedarse.

—Bendita sea mi alma —dijo la tía Muriel—, parece que ahora el padre incluso quiere casarse con ella. Aunque confío en que se quede un tiempo más trabajando para mí.

Me percaté de que a la tía Muriel no le hacía gracia la idea de que la cocinera se convirtiera en una mujer respetable y la abandonase.

Después de que el señor Thurston leyera el testamento y de que ambas firmásemos los papeles y demás, la tía Muriel dijo con tono alegre:

—Vaya, hemos acabado antes de lo que pensaba. ¿Qué te parece si tomamos un té en tu casa? Me encantaría verla.

Así pues, tuve que llevarla a nuestro estudio, y rezar para que todo saliera lo mejor posible.

—¡Qué acogedor! —exclamó la tía Muriel, mientras lo miraba todo—. ¿Decías que lo compartes con…?

—Mara Daniels.

—Ah —dijo la tía Muriel—, ¿la muchacha que fue a verte a Salisbury en Navidad?

—Sí.

—¿Es viuda? —preguntó la tía Muriel.

—No. O sea, no lo sé a ciencia cierta. No nos preguntamos demasiadas cosas, ya sabe, tía Muriel. Ella comparte este espacio conmigo, pero claro, no sé mucho de su vida. O sea, esas cosas no se preguntan.

No paraba de marear la perdiz, pero la tía Muriel no pareció darse cuenta.

—Bueno, estoy convencida de que es una práctica excelente —comentó—. Es una pena, la verdad, cuando la gente se involucra demasiado en la vida de los demás, ¿no te parece, querida? Por ejemplo, nuestra querida Eunice, una joven muy simpática, pero ay, se vuelca demasiado en la gente. Mira,

ahora está intentando convertir a la chica polaca, ¿sabes?

—Yo pensaba que todos los polacos eran católicos.

—Esta no —respondió la tía Muriel—, o dice que no lo es. La querida Eunice está intentando que el padre de la criatura se case con ella. Pero yo considero que la gente no debería inmiscuirse —dijo la tía Muriel, suspirando—. A ver, la muchacha podría ser más desdichada de lo que es ahora, ¿no te parece? El bebé es una monada, y tan bueno… Tienes que volver en Navidad, y tal vez puedas charlar con Eunice y preguntarle si puedes echarle una mano. Se involucra tanto, la pobrecilla.

Mi tía siguió perorando y, al cabo de un rato, la acompañé a la calle y pedí un taxi para ella.

Me alegré de que Mara no estuviera en el piso durante la visita de la tía Muriel. Arreglé las cosas del té y cuando Mara regresó, le conté lo del abogado y mi tía, haciendo que todo el asunto pareciese un tostón.

Entonces regresó Karl. Y se presentó en nuestro piso.

¿Cómo lo sabía? Al principio pensé que debía de haber contratado a un detective que espiase a Mara. Habría sido fácil seguirla. Pero fue algo más sencillo.

Debían de ser las nueve y media de un cálido ocaso de julio. Yo acababa de mirar el reloj de la repisa de la chimenea, un reloj bastante bonito que Mara había traído de su casa; siempre lo comparaba con mi reloj de muñeca para ver si iba en hora.

Llamaron a la puerta y Mara fue a abrir. Me pregunté quién sería y de forma instintiva (no sé por qué) al principio pensé que era Andy. En el umbral se distinguía la silueta de un hombre con abrigo y bufanda, pero sin sombrero. Pero entonces, Mara dijo:

—Karl…

Y Karl entró, y no llevaba las gafas puestas.

Menuda diferencia. Karl sin gafas tenía unos ojos suaves y furtivos, no como un ser humano arrogante, sino alguien intimidado; ojos adormilados, como un gato operado. Entró, pero no miró alrededor porque no veía nada, por supuesto.

—Karl —repitió Mara, y noté el temblor en su voz—: ¿Cómo… cómo has llegado hasta aquí?

—En taxi. —Se metió la mano en el bolsillo y sacó la montura de las gafas; uno de los cristales se había roto y le faltaba un trozo—. Justo cuando salía se me cayeron al suelo. Y las pisé. —Estaba enfadado—. Los vecinos de abajo me han guiado.

Se produjo un silencio largo, hasta que dije:

—¿No quiere sentarse?

—Gracias —respondió—. Mara, tengo que saberlo… ¿de qué va todo esto? —De pronto se volvió hacia donde estaba su esposa, con la seguridad emborronada de las personas medio ciegas—. Me han contado que ahora te alojas aquí. Tu madre me escribió para decirme que querías dejarme. ¿A qué vienen todas esas sandeces?

—Es cierto —dijo Mara—. Yo… no quiero seguir casada contigo, y ya está.

—No quieres seguir casada y ya está. ¿Me permites que te pregunte si te has fijado en alguien más?

Por el tono de voz, supe que lo decía con incredulidad. Incluso me miró fugazmente, como si quisiera expresar: ¿a que es una broma?

—Quiero separarme —insistió Mara—. Quiero el divorcio, para poder ser libre.

Karl se dirigió a mí entre risas.

—Siento que esta escena doméstica tenga que ocurrir aquí, ¿señorita… señorita…? —Se había olvidado de cómo me llamaba. Entonces, de repente, se enfadó de verdad, empezó a gritar e hizo ademán de agarrar a Mara—. Mara, no puedes hacer eso. Estás loca, loca de remate. Eres una cría. No dejaré que me hagas esto, ¿me oyes? Estás para que te encierren.

Me puse de pie, pero Mara no comprendió el gesto.

—Bettina, no —me dijo.

Por supuesto que no iba a hacer nada. Me disponía a decir: si me disculpan, me voy. Pasearía un rato mientras ellos se peleaban. Yo no podía hacer nada allí en medio.

—Déjanos, Bettina —dijo Mara.

—De acuerdo —dije yo—. Salgo un momento. Tengo que hacer una llamada.

Bajé al portal y salí a la calle. Sí que llamé por teléfono, aunque me temblaba horrores la mano mientras metía las monedas. Llamé a la residencia de Nancy y pregunté por Andy. Pero había salido.

Paseé una media hora y luego de repente me entró pavor. Imagina que ese hombre se llevaba a Mara a la fuerza y yo no vuelvo a verla jamás. Imagina… Pero al instante cambié de actitud y pensé que no era más que un hombre débil, y sentí lástima por él. Volví y me quedé junto a la puerta del piso, pero no se oía nada. Abrí y las luces estaban apagadas, y por un terrible instante temí que Mara se hubiera marchado. Pero no era así, simplemente estaba tumbada en la cama, bocabajo.

—Bueno, ¿ya se ha ido Karl?

—Sí —contestó Mara—. Le he prometido que mañana iré al piso para hablarlo.

—¿Crees que…? —empecé a decir.

—No —respondió Mara—. Ni se le ha pasado por la cabeza. Otro hombre,

sí, pero tú no. Creo que al ver que solo eras tú se sintió aliviado.

Estupendo, así que no había peligro.

—Tendremos que andar con un poco de cuidado. Karl podría ponerse desagradable, ¿sabes? La cosa podría ser más bien incómoda.

—Tiene que aceptar las cosas —dijo Mara—. No volveré a ser su mujer.

Nos metimos en la cama después de ese comentario, pero tardé un buen rato en conciliar el sueño. Ya no tenía tanto miedo, pero, al mismo tiempo, algo se había ido fraguando en mí, un centro abrasador de resentimiento. «Solo eras tú», había dicho Mara. Karl ni siquiera me había mirado como a una persona. De pronto sentí odio hacia los dos, hacia Karl y Mara juntos.

A eso siguieron días en los que Mara solo venía a casa de noche. Parecía que se pasase el día hablando con Karl, y esta vez no me sentía tan desdichada. Justo acabábamos de empezar las vacaciones estivales, y ahora que la guerra casi había acabado, todo el mundo quería ir a algún sitio, o hablaba de ir a algún sitio para las vacaciones. Mara no me contaba lo que le decía Karl, ni ella a él. Pero cuando llegó el sábado siguiente y yo estaba repasando los gastos de la semana, Mara no puso su parte del dinero.

—No he podido sacarle nada a Karl. No era el momento.

—Bueno, no pasa nada. Lo entiendo.

Transcurrió otra semana y Karl se marchó. Mara siguió sin decirme nada de sus conversaciones con él, pero conforme pasaban los días, parecía más convencida de su postura.

—Me ha prometido que me dejará que lo piense bien durante un par de meses. Karl tiene miedo de que pueda haber otro hombre, aunque le he repetido que no hay ninguno, que es cosa mía, quiero estar sola. Me preguntó por ti, pero yo le quité importancia.

—¿De verdad no ha dicho nada más sobre mí?

—Parece dar por supuesto que eres una amiga y que me quedo en tu casa. Le di nuestra dirección a mi madre. Así se enteró de dónde estaba. Ella le escribió. Me parece —añadió torciendo la boca— que Karl y mi madre se llevan mejor entre sí de lo que yo me he llevado nunca con cualquiera de los dos.

—En ese caso no hay nada que hacer por esa vía —dije, pensando en el futuro.

Karl había intentado darle cincuenta libras antes de irse, insistiendo en que las aceptara, pero Mara no lo había hecho y ahora yo tenía que pagarlo todo. Y entonces Mara decidió que nos convenía ir de vacaciones. Quiero que quede claro que no fui yo quien decidió ir a Gales. Lo hizo ella. Mara eligió el lugar, la casa y la gente. Visto en retrospectiva, parece demasiada coincidencia que aterrizásemos justo allí, pero así fue como ocurrió.

«Vacaciones tranquilas en un hermoso valle galés. Comida riquísima, comodidades modernas, acceso en tren y bien comunicado». Eso era lo que

decía el anuncio de *The Times*.

—¿Por qué no vamos allí? —propuso Mara. Puse pegas, pero insistió—: Venga, Red, di que sí para variar. Y el año que viene —añadió—, cuando las cosas vuelvan a la normalidad, nos vamos a dar la vuelta al mundo.

—Gracias —dije—. Antes me gustaría encontrar trabajo.

Mara envió un telegrama al sitio de Gales y recibió respuesta por carta, firmada por Adelaide Fox. Esta le prometía comida casera, verduras frescas y mantequilla y huevos «de la granja», y le daba indicaciones para llegar. Informamos por telegrama de la hora a la que llegaba nuestro tren y pedimos que nos esperase un taxi. Cogimos el tren en Paddington, llegamos a Carmarthen alrededor de las tres de la tarde e hicimos el intercambio hacia Llanfolen. La parada de Llanfolen resultó ser una estación minúscula totalmente ocupada por un enorme Austin traqueteante, con paja que salía del suelo y un hombre con gorra de plato y bigote plantado junto al coche, que miraba con suma atención nuestro tren.

—Supongo que son las huéspedes de la Granja de Talybeck, ¿verdad? —nos dijo el hombre.

Asentí.

Mara me miró contenta, como si dijera: ¡qué emocionante! Miró embelesada el Austin.

—Dieciocho chelines —anunció el hombre—. Se tarda por lo menos una hora, y hay que subir y bajar la colina para llegar al valle de Talybeck. Me deben dieciocho chelines por el trayecto.

Se quedó allí parado hasta que saqué los dieciocho chelines.

Atravesamos la colina y nos adentramos en el valle de Talybeck por una carretera que trazaba largos y perezosos arcos circulares, con un bosque a un lado y extensas colinas por detrás, que habían adquirido un suave tono azulado con la luz de la tarde. Era un paisaje suave, sin piedras desnudas que sobresalieran, remoto, como si rehuyera del contacto. No soy de esa clase de personas que disfrutan embarcándose hacia lo Desconocido y viviendo como pueden en la naturaleza sin acceso a las comodidades de la vida, ni comida a la hora que toca, ni autobuses ni teléfono. Conforme avanzábamos por aquella carretera serpenteante sin encontrarnos a un solo taxi o coche particular, empecé a preocuparme por lo remotas que estábamos; habría preferido algo más accesible, más casas alrededor, gente en los caminos. Pero Mara parecía feliz, y de pronto pensé qué mal debía de haberlo pasado con Karl aquellos últimos días, pues estaba flaquísima. Pero la vi llena de coraje y seguridad. Y ahora ya no parecía odiar a Karl en absoluto. Hablaba de él con bastante naturalidad, como si todo estuviera zanjado. Pero era porque ya se sentía libre. El matrimonio conlleva una hipocresía intrínseca tan tremenda que mantiene a las parejas juntas mucho más de lo que podría hacerlo el amor, pero la tensión se nota en todo momento.

Así pues, sentí un repentino amor muy intenso por Mara y, a la vez, tristeza por las dos. Ahí estábamos, llevadas hacia un lugar desconocido por un taxi desvencijado… Había algo simbólico en eso, era un poco como el futuro que nos aguardaba, tan incierto, y me entraron ganas de abrazar a Mara y decirle: amor mío, dime que las dos nos amamos, dime que no me preocupe de nada, dime que sea como tú, segura y convencida y no tan práctica. Pero no lo hice, y el ánimo exaltado se apagó y me entró hambre.

Cuanto más incómoda me sentía, más azules y marcadas eran las sombras del bosque, y más feliz parecía Mara, hasta que, al final, aquella felicidad sin ton ni son me puso irritable.

El taxista se relajó y empezó a hablarle a Mara sobre Talybeck.

—Seguro que se alojan con las dos señoras inglesas que llevan ahora la granja —comentó—. Es un sitio grande.

—¿Hay más huéspedes?

—No, que yo sepa. No he traído a nadie más por aquí. A ver, las señoras en cuestión no saben gran cosa sobre el campo. Toda esa gente de las ciudades… en fin, las pasan un poco canutas.

—Supongo que es por el racionamiento —le dije al taxista—. ¿Dónde compran en Talybeck?

—El racionamiento no nos afecta —dijo el taxista—. No se les ha perdido nada en el valle de Talybeck. El gobierno no viene por aquí muy a menudo, así que no tenemos que preocuparnos del racionamiento. Bueno, miento, sí nos afecta en cuanto al té, ya no se encuentra tanto té ni de tan buena calidad como antes. Pero en cualquier sitio del valle tendrían comida más que suficiente, salvo en casa de las señoras de la Granja de Talybeck.

—¿Ah, sí? —comenté, y miré a Mara.

—Es que compran el pan, y todo lo demás —dijo el taxista—. Van nada menos que a la ciudad a buscarlo.

—¡Ay, mira! —exclamó Mara—. ¡Qué bonito!

El sol había vertido sus últimas gotas doradas de soslayo entre dos colinas, y todo el valle relucía. Al cabo de unos minutos, se había ocultado.

—¿Has visto lo bonito que era, Red?

—Sí, pero no podemos vivir solo de rayos de sol. No me gusta lo que nos ha contado sobre la Granja de Talybeck.

—Pues entonces nos alojaremos en otro sitio —dijo Mara como si tal cosa.

—Pero ya he pagado una semana entera por anticipado. —Esas eran las condiciones: una semana entera por anticipado—. ¿Crees que me devolverán el dinero?

—Vamos, Red —dijo Mara—. No te preocupes por eso ahora. Esto es demasiado hermoso para preocuparse.

La carretera bajó una pendiente, y de pronto nos encontramos en un camino de grava dentro de un jardín descuidado. Era un paseo largo,

ensombrecido por los tejos, que conducía a un cúmulo de ladrillos y cemento con persianas que requerían con urgencia una mano de pintura. Y había una retahíla de chiquillos con la ropa más ajada y variopinta que pudiera imaginarse, peor que los refugiados de la tía Muriel, desperdigados por los anchos escalones que conducían a la puerta principal, que estaba abierta. En ese momento dejaron los escalones para apelotonarse alrededor del taxi, dándose empujones y codazos unos a otros, y aunque solo eran seis, parecían un regimiento. Además, chillaban.

—Por Dios —dije—, ¿en serio que esos mocosos viven aquí?

—Son los hijos de las señoras de Londres que regentan ahora la Granja de Talybeck —aclaró el taxista, mientras bajaba con esfuerzo del vehículo.

Nosotras también salimos y nos quedamos mirando a los niños mientras ellos nos miraban con la misma curiosidad. La mayor no debía de tener más de doce años, y el menor, de unos tres, llevaba unas prótesis metálicas en las piernas.

—¿Dónde está tu mamá? —le preguntó el taxista a la mayor.

—Dando de mamar al bebé —respondió la chica de doce años, y se volvió para berrear—: ¡Mamá! ¡Mamá!

Y todos los niños se unieron.

—¡Mamá! ¡Mamá! —gritaron.

—Ya voy —dijo una voz desde dentro, y con un bebé en brazos surgió una mujercilla de tez morena y pelo también oscuro, ojos marrones y pendientes de aro dorados, con unos pantalones anchos de pana roja descolorida y un pañuelo en la cabeza—. Ay —añadió—. Deben de ser las huéspedes, supongo. ¿Les ha ido bien el viaje?

—Bastante bien, gracias —contesté.

La mujercilla morena parecía aturdida. Mara no participaba de la conversación, se limitaba a mirar alrededor con expresión embobada. La mujer se cambió al bebé de brazo.

—Supongo que querrán ver su habitación, ¿no? Da hacia delante, así que tendrán unas buenas vistas del valle.

Lo dijo a toda prisa, como si temiera que nos marchásemos *ipso facto*.

—Nos gustaría merendar algo —dije—, si no le importa. Es bastante tarde.

—Ay, claro, por supuesto —dijo la mujercilla—. Le diré a la señora Fox que les prepare té y algo de picar ahora mismo. Es la encargada de la cocina, ¿saben? —Soltó una risa que sonó casi como un resoplido—. Es una cocinera de primera. Supongo que querrán comer algún sándwich para acompañar el té.

—Sí —respondí—. Nos gustaría, si tienen.

Volvió a mirarme con cara de susto y echó a andar delante de nosotras. Mara y yo la seguimos por una escalera oscura que conducía a la primera

planta y, una vez allí, hasta una habitación grande que no tenía mal aspecto, qué va, con dos camas y un bonito techo alto, además del suelo enmoquetado.

Era cierto que la vista desde allí era preciosa, con el valle ante nosotras y las colinas que parecían correr a su lado, como manadas de ponis en estampida, y, por supuesto, Mara dijo de inmediato:

—Ay, qué bonito.

Cosa que no debería haber dicho, pues entonces la mujer de tez morena dijo con entusiasmo:

—¿A que vale la pena hacer el periplo hasta aquí?

—Nos gustaría que nos preparasen algo de comer cuanto antes, por favor —dije, solo para que se concentrara en lo urgente.

—Ay, sí. Y mandaré que les suban el equipaje de inmediato.

—¿Dónde está el cuarto de baño? —pregunté.

—Ah, el cuarto de baño. Eh, bueno, de momento tenemos que usar el agua del pozo. Las cañerías se han estropeado. Pero es temporal, nada más.

—En el anuncio decía que tenía comodidades modernas —señalé.

—Por favor, Red… —dijo Mara.

La mujercilla morena volvió a mirarme con miedo y dijo:

—La señora Fox ha ido a buscar a alguien del pueblo para que nos arregle las cañerías. Calculo que mañana ya estará solucionado. Mientras tanto, ¿quieren que les suba una jarra de agua al dormitorio?

—Agua caliente —explicité, y la mujer me dirigió otra mirada aterrada y se escabulló, todavía con el bebé pegado al pecho.

Me había puesto furiosa.

—¡Mira lo que has hecho! —le recriminé a Mara—. Nos has metido en este tugurio, sin agua, sin comodidades, un campo de batalla de mocosos entre los que hasta hay uno con parálisis infantil.

—Red, te pones muy graciosa cuando te enfadas.

—No me parece gracioso —repliqué—. Lo vamos a pasar fatal, y son mis únicas vacaciones del año. No sé qué mosca te picó al elegir este sitio. Está dejado de la mano de Dios y solo el billete de tren ya costaba un dineral.

Entonces Mara también se disgustó. Yo le había aguado la fiesta, y se sentó en el borde de una de las camas, un poco encogida, como si quisiera consolarse.

—Supongo que lo mejor será que deshagamos las maletas. Esta noche ya no podemos ir a ninguna parte —le dije. Y empecé a sacar el equipaje.

Nos trajeron la merienda; una tetera y una bandeja de sándwiches, con el pan no muy bien cortado y bastante rancio, pero había mucha leche y azúcar, y con el estómago lleno me sentí mejor.

La mujer morena nos trajo dos palanganas de agua tibia, y nos lavamos

en el cuarto de baño, de cuyas paredes sobresalía una cantidad tremenda de tuberías oxidadas. El retrete estaba inutilizable. Volvimos a nuestro cuarto y nos sentamos.

—Menos mal que hay luz eléctrica —comenté, y encendí el interruptor.

Más tarde bajamos a cenar a una sala de la planta baja, el comedor, que era muy bonito, con las paredes curvadas y una mesa de palisandro ovalada con sitio para unas doce personas.

La mujer morena, que nos dijo que se llamaba Lena Bradford, nos sirvió sopa de una olla, jamón hervido con coles de Bruselas y patatas hervidas, no muy frescas, y después una especie de flan de sémola.

—De verdad te lo digo —le solté a Mara—, es exactamente la misma comida que en la residencia de Nancy, aunque aquí no hay pelos de gato, esa es la única diferencia.

Entonces llegó la señora Fox, limpiándose las manos en un delantal atado a la cintura. Era una mujer baja y de aspecto rudo, con el pelo rubio, seco y estropajoso, y también llevaba pantalones anchos. Alternaba la mirada entre Mara y yo, mientras Lena Bradford pululaba a su alrededor sin dejar de exclamar y comentarlo todo.

—Justo le decía a la señorita Jones que va a venir un hombre del pueblo a arreglar las cañerías. —Y añadió—: Dígannos qué les gustaría tomar a la hora del almuerzo, tenemos montones de huevos, pero las verduras dejan mucho que desear…

La señora Fox, por el contrario, apenas hablaba.

Volvimos al dormitorio y nos desplomamos cada una en su cama, y ¡santo Dios, qué sábanas tan húmedas! Mara parecía agotada.

—Esto es un infierno —le grité—. Es horrible. ¿Por qué demonios hemos venido?

Oí lo que me pareció una risita por su parte, pero luego descubrí que no se reía, sino que lloraba; y entonces supe que me había comportado como una bruja con ella y que lo había estropeado todo, cuando también eran sus vacaciones. Y me acerqué a su cama y la consolé, y mi corazón ardía de remordimientos, y dejé de decirle cosas desagradables y al poco tiempo se quedó dormida y yo me dediqué a mirar al techo y proponerme ser más agradable a partir de entonces, no volver a hacer llorar a Mara. ¿Por qué me portaba así con ella? Al fin y al cabo, habíamos decidido estar juntas, nos amábamos. Entonces, ¿por qué le hacía esto? Pero, a la vez, ¿por qué lloraba ella? ¿Por qué no se plantaba y me pagaba con la misma moneda alguna vez? Con los demás sí era capaz de hacerlo. Pero conmigo, lloraba a la mínima.

Cuando nos despertamos, nos esperaban el sol entrando a chorro por las ventanas, los aullidos de los niños y un desayuno de tres huevos con beicon

para cada una, servidos por la silenciosa señora Fox, quien todavía iba ataviada con los mismos pantalones y jersey que el día anterior. Tenía una silueta achaparrada, curiosamente compacta y firme, salvo por sus pechos, que abultaban por debajo del jersey y formaban un fláccido rectángulo desde las clavículas hasta justo por encima del estómago. Parecía llevar el pelo teñido; y del recogido desaliñado en la nuca, medio suelto sobre el jersey, se escapaban pelos que le caían por la espalda y me recordaban al gato de Nancy.

Entonces entró Lena con dos niños cogidos de la mano, y nos contó que ya casi habían arreglado las tuberías y que ahora podíamos tirar de la cadena sin tener que echar agua con los cubos.

No me apetece recordar la incomodidad de aquella mañana. Mara era capaz de abstraerse de cosas que yo no podía obviar, la irritación de los detalles de la vida. Pero claro, ella nunca había vivido con incomodidades de verdad, no tenía miedo de la falta de recursos porque no había conocido la auténtica escasez. Podía planear por encima de todo eso, recrearse en el sol y el amplio valle, para ella solo se trataba de un juego, y el agravio comparativo me resultaba insoportable. Mira, me entraban ganas de decirle, he vivido en pocilgas como la residencia de Nancy y otros sitios no porque fuera imprescindible, sino porque mi madrastra me mandó al internado demasiado pronto, y no he aprendido a divertirme y, desde luego, no me divierte nada pagar para estar incómoda otra vez. Igual que Lenora Stanton con sus viajes en caravana, yo no le encuentro la gracia a estar incómoda a menos que no puedas permitirte otra cosa. Pero no podía decirle eso, porque yo también podría haberme permitido algo mejor que Nancy y hasta entonces no lo había hecho. No lo había hecho porque me asustaba gastar en exceso, una nunca sabe lo que puede necesitar. Pero había pagado un buen pellizco para ir a Talybeck y desde luego no valía lo que me había costado, me sentía timada. Por eso estaba enfadada, pero no podía decírselo así a Mara, y las dos nos pasamos la mañana fingiendo que todo iba bien; aunque no hablamos mucho. Eran menudencias, cosas triviales por las que disgustarse… Pero en aquel momento yo me sentía magullada por todo el cuerpo. Mara se había equivocado por completo, no me gustaba el sitio, que era caro y malo, ni la gente, y estaríamos allí encerradas dos semanas enteras. Era como estar casadas, porque no podíamos alejarnos la una de la otra, no podíamos dejar a la otra, era como si tuviésemos que cargar mentalmente con la otra a cuestas a todas partes. Mara se perdía en sus pensamientos durante unos minutos de vez en cuando, luego hacía el esfuerzo de regresar a mí; nos sonreíamos y hablábamos de cualquier cosa. Y nos sentíamos desdichadas, pero ninguna se lo transmitía a la otra.

Entonces, justo antes de comer, Mara fue al dormitorio, reapareció con pinturas y un bloc de dibujo, se acomodó en el porche y empezó a pintar a los chiquillos. Era una especie de pantomima, como si me dijera: vamos,

mosquéate, no me importa. En sus hombros y en su silencio había una aceptación pasiva, no comprometida, de mis vapuleos, pero al mismo tiempo estaba poniendo una barrera, planteaba un desafío tranquilo, como si ahora ella se hubiera liberado de mí y estuviera absorta en los bocetos. Conocía esas reacciones suyas, como darme la mano después de la bomba y llevarme a casa, llamarme por teléfono en Salisbury, presentarse allí. Pero esta vez lo hacía en mi contra, y eso me hería.

Y entonces empecé a amarla de nuevo, inundada poco a poco por el amor hacia sus delgados hombros, su mano con los lápices de colores, su distanciamiento, y la sensación creció hasta incluir también a los niños. Pero no podía contárselo.

Después de comer paseamos por el jardín y recorrimos el camino de gravilla. No se andaba muy bien por él, porque la grava tenía moho verde en las partes más húmedas, bajo los árboles. Pero en cuanto salimos del recinto de la granja, campo abierto al sol, la cosa cambió, y Mara empezó a deambular y yo le seguí el ritmo. Subimos a una pequeña colina, apartándonos de la irritación y entrando en una especie de mente difusa, y me dejé llevar, me solté (aunque esforzándome por recordar el camino de regreso, no podía confiar en que Mara se acordase y no quería perderme). Paseamos, y Mara marcaba la dirección, aunque no daba esa impresión, era como si conociera hacia dónde ir, y ascendimos entre pinos y luego subimos otra colina, en cuya cima nos sentamos entre pedruscos que sobresalían como bultos bajo la piel, y a nuestro alrededor todas las colinas arqueaban la espalda, suaves y redondeadas. Todo estaba despejado hasta donde se perdía la vista, salvo por un retazo en el horizonte, donde había una pincelada de niebla, como un papel secante dejado de cualquier manera en mitad de lo que parecían unas crestas más elevadas. Miré el reloj para saber la hora. Y entonces me fijé en que Mara también miraba mi reloj. Lo había visto muchas veces. Ella nunca llevaba. Tenía una obsesión con no querer saber la hora precisa.

—Qué reloj tan bonito tienes, Red. Te queda perfecto.

El comentario me complació.

—¿A que sí? ¿Sabes de dónde lo saqué?

—No. Cuéntamelo.

Se lo conté. Se trata de un reloj cronómetro excelente. Lo vi por primera vez en el escaparate de una joyería cerca de King's Road, una ventana apretujada entre dos casas estrechas. Un relojero judío menudo se pasaba el día sentado detrás de aquel cristal, poco más ancho que su cuerpo. La puerta del local era muy estrecha y empezaba justo donde acababa la ventana. El reloj estaba ahí porque lo había empeñado un soldado americano antes de ir a la guerra. Un día miré el escaparate y lo vi. Entré, me lo probé y era justo de la medida de mi muñeca. Lo lamentaría mucho si lo perdiera, porque no solo me da la hora, sino también una sensación: la sensación de continuidad

con mi yo caminando por King's Road entonces; con el relojero judío detrás del cristal de su estrecha ventana; con el soldado americano, que creyó que iba a dejar en prenda el reloj durante un tiempo, pero resultó ser para siempre, pues el joyero me dijo que lo habían matado en la guerra.

«Durará muchos años», había dicho el joyero.

Tic, tac, tic, tac, el reloj continuaba contando minutos y horas en paz. Seguridad es lo que siento cuando contemplo su esfera redonda y plácida, sólida, apoyada en mi muñeca. Nunca se ha retrasado ni adelantado. El relojero judío que me lo vendió también ha muerto. Nos hicimos amigos y me contó que tenía una úlcera, y le animé a ir al hospital. Se lo conté a Andy y él logró convencerlo para que fuese, así que al final lo hizo. Le hicieron un trago de bario y una radiografía: no era una úlcera sino cáncer. Lo abrieron para operarlo, pero murió.

Entonces Mara dijo «qué horror», pero con voz adormilada, de ensueño, como si no importase. Ahora que lo pienso, tal vez aquel momento fuese crucial… ¿quién sabe? Ella no mostraba los sentimientos del mismo modo que yo. Con Mara todo significaba algo distinto de lo que yo creía. Era impredecible. Tal vez en esa ocasión me juzgó, sí, me juzgó y decidió que no daba la talla.

Aquella tarde fuimos felices calentándonos tumbadas al sol, notando que nuestra fisura sanaba, y sentí que la amaba más que nunca. De nuevo, como siempre que hay tranquilidad, me vi transportada por una marea de recuerdos. Volví a recordar a mi madre. Suele ocurrirme de improviso, como en el piso de Mara la primera vez que fui, cuando tuve una visión de una calidez y una ternura que no sabía que yo albergase dentro hasta ese instante; pero también regresaron a mí en aquella colina galesa otras visiones no tan agradables, recuerdos crueles. De la vez en que mi madre huyó de mi padre con aquel hombre (nunca averigüé si era el hombre del zoo u otro). Me llevó con ella, y volví a ver la habitación de hotel con la enorme cama doble en el centro, tan grande que la habitación quedaba reducida a un estrecho pasillo por los tres lados que la rodeaban. El olor a humedad, similar al del camino mohoso de la Granja de Talybeck, el pegajoso tacto gris de las sábanas, las cortinas de la ventana, que no cerraban bien, sino que dejaban una ranura irritante en el centro, una especie de material rosa pardusco, con una esquina rota. Recordé a mi madre limpiándome una tarde los zapatos con una punta de las cortinas; lo hizo con brusquedad, sin dejar de mover la boca en ningún momento, hablando enfadada con el hombre cuya cara yo no acertaba a ver en la memoria. Me había preocupado al ver la punta harapienta de la cortina que rozaba el suelo, y mi madre agrandó aún más el rasgón al sacar brillo a mis zapatos. Luego me metió en una cuna con barrotes; ahí estaba yo por la noche, despierta, con ganas de hablarle a mi madre de la cortina, y me incorporé en la cuna para decírselo; pero no logré verla, solo veía la enorme

cama, las sábanas, el gran bulto en medio.

Otro recuerdo, otro momento; tal vez otra habitación de hotel, mi madre llorando, sentada en el borde de otra cama, mientras yo estaba de pie con algo en la mano, tal vez una muñeca, mirándola a la cara, y en ese momento se levantó la falda y me enseñó un cardenal de color negro azulado en el muslo. Se lo había hecho aquel hombre. ¿O era otro distinto? Recordé una vez más despertarme, mirar las sábanas, observar los montículos en la cama, como esas colinas bajas de Gales que apenas levantan del suelo. No distinguí la cara de mi madre, ni su pelo.

Y después, un día, la tía Muriel, con su traje de *tweed* marrón y un sombrero. Había habido gritos y llantos, y entonces me encontré en un tren con la tía Muriel. No había vuelto a ver a mi madre, y nadie me la mencionó hasta que cumplí unos diez años y mi madrastra me dijo que había muerto. Me habían mandado al internado y había vuelto con mi padre en vacaciones a una casa grande y sombría, pero él estaba muy ocupado. Yo no veía mucho a mi padre, parecía que viajaba a menudo, pero sí veía muchísimo a mi madrastra, era como si hubiese aparecido de la nada cuando yo tenía siete años más o menos. Recuerdo que un día le comentó a alguien: «Por supuesto, la madre de la niña era de clase baja». Recuerdo que rompió delante de mí un montón de fotografías de un álbum grande que había guardado en el estante más alto de un armario de la habitación de invitados. Yo sabía que eran de mi madre. Fingí que no la había visto hacerlo. Tuve que ir de luto cuando volví al internado; luego, de nuevo a casa para ver a mi padre, gravemente enfermo en la cama. Me llevaron a verlo a su dormitorio, pero no me permitieron quedarme a su lado, y una noche me despertaron: «Tu papi quiere verte».

En la mesilla había una tenue lamparita, y la cabeza de mi padre, apoyada en la almohada, tenía dos huecos en las sienes y dos más por debajo de los pómulos. Y de repente, la sangre empezó a brotar de su boca y mi madrastra se puso a sollozar y me apartaron y me acompañaron de nuevo a la cama para que siguiera durmiendo.

Todo esto volvió a mí en la colina de Gales, pero, por extraño que parezca, lo hizo sin dolor, sin esa terrible quemazón que otras veces me hacía tener ganas de salir a pegar a alguien. Me dolió tan poco que incluso pude contarle a Mara algunos fragmentos conforme me venían los recuerdos. Mara me dio la mano, tenía un rostro bellísimo, y volvimos juntas a la casa. Pensé: ahora lo sabe todo sobre mí, ahora sabrá qué hacer conmigo. Lo sabrá. Sabrá por qué soy como soy. Se hará cargo de mí.

En Talybeck estábamos lejísimos de todo. Por la mañana y por la tarde, hacíamos excursiones por las colinas. Nos íbamos temprano a la cama; yo misma ventilaba las sábanas. Veíamos a los niños y los oíamos, pero no

interactuaban mucho con nosotras. Mara los dibujó y le dio los bocetos a la señora Bradford. Me pareció que algunos de los retratos eran muy buenos y se lo dije, pero, en su opinión, no era así. Me aburría. Había poco que leer. Por las noches, después de cenar, escuchaba la radio. En realidad, quizá estuviésemos agotadas después de un curso duro en la facultad y de lidiar con Karl, y tal vez esto fuera justo lo que necesitásemos.

Hacia el final de la primera semana, la simpatía de Lena Bradford se volvió más descarada, más pronunciada. Se quedaba pululando después de las comidas y nos daba conversación. Cada vez alargaba más la sobremesa con nosotras y, como no teníamos nada que hacer, no podíamos rechazarla. No me emocionaba demasiado el conocerla, ni a ella ni a sus hijos, ni ninguna otra cosa: no quería involucrarme en la vida de nadie. Solo una falta de curiosidad por los demás podía atrincherarnos en la seguridad de nuestro mundo mutuo. Yo presentía que no debíamos mezclarnos en nada ni con nadie. Maldita sea, la gente es tan preguntona.

Pero un día, cuando me había marchado sola a la aldea que había a dos kilómetros y medio para recoger unos zapatos a los que quería cambiar las suelas, Lena pilló a Mara desprevenida; me las encontré sentadas juntas en los peldaños de la entrada, rodeadas de niños. Lena hablaba, hablaba y hablaba sin parar. Así fue como nos vimos involucradas emocionalmente en la vida de Lena Bradford y Adelaide Fox; no mucho, pero desde luego mucho más de lo que habría ocurrido si yo me hubiese quedado allí aquella mañana y me hubiese llevado a Mara. Y de nuevo me pregunto: ¿acaso no nos influyó aquello más adelante? ¿No fue en parte debido a aquellas preciosas y desdichadas vacaciones por lo que Mara y yo hicimos lo que hicimos? No dejo de darle vueltas al tema, pero nunca lo sabré.

—Pobre Lena —me dijo Mara en nuestra habitación antes de la hora de comer—. Lo ha pasado fatal con su marido. Es un hombre terrible. Me alegro de no tener hijos. Él se limitaba a dejarla embarazada sin parar, lo hacía para tenerla atada, para destruirla.

—Eso es lo que dice ella —respondí.

—Pero es cierto, Red, y es tan joven todavía… Se escapó cuando él intentó dejarla embarazada otra vez. Dice que es por celos. Él es pintor y ella quiere escribir. Por eso él tiene envidia, porque a ella se le da bien su vocación, mejor que a él la suya. Así pues, él encontró esa forma de someterla, se casó con ella y le dio montones de hijos.

—Me suena un poco a palabrería —respondí—. Ninguna mujer tiene por qué tener hijos si no los quiere. Igual es masoquista.

Pero Mara se puso de parte de Lena Bradford.

—Es increíblemente valiente —dijo.

—Amor mío, ¿no tienes ya suficiente con Karl?

—Pero eso es distinto —contestó Mara—. Yo te amo y no amo a Karl, y

por eso lo he dejado. No hay vuelta de hoja.

—Bueno, confío en que Karl lo vea de ese modo. Tu madre no ayuda mucho…

—Ay, Red. Nada importa, mientras yo tenga clara mi decisión. No pienso volver con Karl, ocurra lo que ocurra.

Estando en Gales sonaba obvio, sencillo y lógico. Y pensé: claro, aunque Karl no le dé dinero, en realidad yo tengo suficiente para las dos, y el año que viene ambas encontraremos trabajo o algo… Dejé de preocuparme.

A la mañana siguiente, Lena volvió a la carga con más historias de aflicción; dejé a Mara un rato sola y salí a pasear al jardín. Los niños se acercaron, cariñosísimos con su madre, con bichitos y flores en las manos. No suele gustarme cuando hay varios críos juntos, pero eran tan simpáticos que resultaba difícil no hacerles caso.

Esa noche, tanto Lena como Adelaide Fox se sentaron con nosotras después de cenar, tras preguntarnos si nos importaba. Como es natural, tuvimos que decir que no nos importaba. La velada siguió la dinámica habitual. Lena fue la que más habló y Adelaide Fox se recostó en la silla y se limitó a asentir. La cosa derivó en que Lena acabase pensando que podríamos ayudarla si dábamos testimonio de que tenía la salud destrozada o algo similar. Pensaba que éramos estudiantes de Medicina. Supongo que esa clase de embrollos les suceden a los médicos, siempre les piden volcarse en la vida de los demás; aunque ellos saben cómo distanciarse. Pero Mara se desvivía por ayudarla: se planteó dejarle dinero para que Lena pudiera ir a la consulta de un médico competente. Sin embargo, yo le dije:

—Por el amor de Dios, no te metas en ese lío. De ahí no saldrá nada bueno. Ya me está sacando bastante dinero a mí.

—Vamos, Red, tenemos que ayudarla.

—¿Por qué? ¿Acaso soy yo el guardián de mi hermano? No puedo mezclarme en la vida de otras personas; tú y yo ya tenemos nuestros propios problemas.

Por mucho que me quejase, nos vimos involucradas igual. Cada vez que nos topábamos con Lena Bradford y Adie Fox, hablaban de su problema, que consistía en el marido de Lena y en que este no proporcionaba el sustento para su familia, y por eso ellas dos tenían que estar ahí con los niños, alejadas del mundo, y todo era tremendamente complicado porque él no le daba dinero a su mujer. O eso decían ellas.

Hablaban sin parar, y Adie también analizó al marido de Lena (que se llamaba Henry), lo describió con la clase de frases que salen en los libros de psicoanálisis para aficionados: decían que era bastante anormal, que seguro que se debía a una crianza muy estricta. Lena insinuó todo tipo de cosas, pero, no sé por qué, oírlas solo me hacía pensar en Mara y en mí. Los hombres son raros, de eso no hay duda. Siempre piensan en lo mismo.

Incluso Andy. Solo que yo me planto; o sea, si se lo permitiera, estaría haciéndolo en cualquier momento, incluso en la cocina. La forma de hablar de Lena me generaba vergüenza, y creo que también azoraba a Mara: le traía a la mente a Karl, y nos hacía revivir cómo yo había forzado a Mara a hablarme de su marido. Y ahora me avergüenzo de mí misma, me avergüenzo más de lo que hice yo que de lo que había hecho Karl, porque, al fin y al cabo, todos los hombres son iguales.

Lena dijo que, de haber tenido otro hijo, habría muerto, y que estaba agotada, harta de los hombres; no pensaba volver con su marido jamás.

Y entonces, un par de días después, a última hora de la tarde, un tipo con gabardina y un bigote rubio y pelo por todas partes y montones de maletas destartaladas llegó en el mismo taxi que nosotras. Los niños lo miraron con timidez cuando bajaba de un brinco del vehículo, y casi los babeó de tantos besos mientras decía:

—Ay, mis niños, cuánto os quiero.

Cogió a uno en brazos, y aseguro que el crío empezó a chillar y a patalear.

Mara y yo nos quedamos plantadas mirando al tipo, que hacía toda la pantomima de padre ideal y decía a los inmóviles niños:

—¿Dónde está vuestra madre, eh? Id a buscar a mamá. —Miraba alrededor con aire aprensivo, pero sin dejar de abrazar a los pequeños una y otra vez, llamándolos continuamente «cariño». Entonces nos vio y dijo—: ¿Podrían decirme dónde está la señora Bradford? Soy su marido. Me llamo Henry Bradford.

—Venga —le susurré a Mara—. Vámonos. Por aquí va a haber lágrimas y gritos.

Pero sin esperar respuesta, Henry rodeó la casa y dejó en el suelo al niño, que chillaba sin cesar. Los otros entraron en la casa gritando:

—Mamá, mamá. Ha venido papá.

Fuimos a nuestra habitación y cerré la puerta con llave.

—Maldita sea —dije—. Creo que esta noche no nos prepararán la cena.

Oímos voces abajo, y los sonoros sollozos de Lena Bradford, y luego la voz de Henry.

—De verdad confío en que no le pegue —dije—. Odiaría ser testigo… Pero como pase algo, diré que no oí nada.

Mara me miró con frialdad.

—¿Por qué tienes tanto miedo de verte involucrada, Red?

—Porque no es asunto mío. Todo esto es una solemne tontería, nada más, gente estúpida haciendo estupideces. Que ellos se ocupen de sus asuntos y yo me ocuparé de los míos.

Los gritos iban subiendo de tono, luego unos pasos corrieron escaleras arriba, alguien aporreó nuestra puerta y Lena chilló:

—Mara, Mara, por favor, abre la puerta y déjame pasar.

—No abras —dije yo—. Que ellos se lo guisen y ellos se lo coman.

Pero por supuesto, como una tonta, Mara ya había ido a la puerta y había abierto. Se me había olvidado meterme la llave en el bolsillo, la había dejado puesta en la cerradura.

Lena entró en la habitación como un rayo y tras ella estaba aquel hombre, todavía con la gabardina puesta, gritando:

—¡Por el amor de Dios, escúchame! ¡Lena, cariño, por favor!

Y entonces Lena se echó a los brazos de Mara, llorando con tanto escándalo que era imposible oír lo que decían unos y otros. Lo que más me enervó fue que Lena llamase a Mara por su nombre de pila y se abalanzara sobre ella como si fuesen amigas íntimas.

Todo el mundo trataba de hablar a la vez, y la escena acabó cuando saqué a Lena de nuestro cuarto empujándola como a una oveja y la metí en la cama, en su habitación. Cuando regresé a la nuestra, el tipo estaba sentado en mi cama, hablando con Mara.

—Es esa mujer —decía sin parar—, esa viciosa y perniciosa Adelaide Fox. Es un demonio. Es ella, señora Daniels, quien me ha arrebatado a mi esposa. Yo quiero a mi mujer, de verdad que la quiero, y a mis hijos también, los adoro. Son espléndidos. Ella es una esposa espléndida, y los niños son maravillosos. Haría cualquier cosa por ellos, lo que fuera, éramos tan felices todos juntos, tan felices… Hasta que llegó esa mujer y rompió en pedazos mi felicidad. Es una mujer malvada, señora Daniels, malvada y anormal. A Lena y a mí nos daba tanta pena… Lena la acogió en casa, nunca soñé que nos haría esto. ¿Cómo se me iba a pasar por la cabeza que mi esposa, una mujer perfectamente normal con hijos y un hogar feliz, fuera a caer en las trampas y mentiras de esa mujer? Pero Lena era como arcilla en sus manos. Por supuesto que sé que para Lena era duro tener tantos hijos y que siempre había querido expresarse (escribe bastante bien, ¿sabe?), pero claro, mi intención nunca fue someterla ni ningunearla, eso es una mentira monumental. Yo hice todo lo que pude para ayudarla, pero ella fue la que perdió el interés en la escritura. A menudo le preguntaba: «¿Por qué ya no escribes?». Y ella solía decirme: «Ay, Henry, últimamente no estoy inspirada». Entonces llegó a nuestra casa la señora Fox y, al cabo de un tiempo, me enteré de que conspiraba contra mí, porque Lena se negó a acostarse conmigo. Se montó una cama plegable aparte. Y una noche que llegué tarde, me encontré con que mi esposa había trasladado su cama al cuarto de esa mujer. Bueno, peor, me había montado la cama en el cuarto de estar, y ellas se habían metido juntas en el dormitorio. Claro que hubo una pelea. Como es natural, perdí los estribos, pero siempre he querido a mi mujer —repetía como un encantamiento—, y lo único que quiero es que mis hijos y ella vuelvan conmigo.

Qué imbécil, pensé. Qué imbéciles son siempre los hombres, y tan increíblemente egoístas con todas sus ideas machistas sobre lo que piensan las mujeres y cómo deberían ser felices solo por estar con ellos. Y no es cierto, nunca es del todo cierto, las mujeres no son felices solo con casarse y tener hijos y hacer las tareas del hogar, también quieren otra cosa. Pero tenemos tan poca seguridad en nosotras mismas, siempre hemos dependido tanto de la aprobación de ellos, que nos sentimos culpables si no somos tan felices como debiéramos. Qué pocas intentamos averiguar de verdad cómo somos en realidad por dentro…

No me caía bien Lena, pero podía empatizar con ella al oír a aquel hombre perorando sobre su Amor por ella y sus hijos y lo feliz que era su hogar. Me lo imaginaba haciéndole el amor, gimiendo y respirando sobre ella, y ella preocupada solo por no quedarse embarazada y sin querer acostarse con él, pero cansada de negarse, y el imbécil sin siquiera pensar en ponerse un preservativo para no meterla en más problemas; y Lena poco a poco odiando que la tocara. Yo acabaría igual con Andy si no fuera porque cada vez me molesta menos. Pero ese tipo, Henry, debía de pensar que lo que hacía era como los Santos Sacramentos. Y entonces el pobre imbécil se puso a llorar, a llorar de verdad, y Mara sintió lástima de él y empezó a decirle cosas para calmarlo.

Henry se marchó por fin de nuestra habitación. Mara se tumbó en la cama, bocabajo, sin mirarme. Le dolía la cabeza, según me dijo, y le contesté que no me extrañaba. Apoyó la cara en la almohada para que no pudiera verla y yo salí a beber agua fría y mojé el pañuelo y se lo puse en la frente.

Un rato después, la niña mayor se acercó a la puerta para avisarnos de que la cena estaba lista, fiambre y ensalada, y queso de postre. Nadie se había molestado en cocinar y todo estaba servido en la mesa. No vimos ni a Adie ni a Lena. Toda la casa estaba casi en silencio, así que Mara y yo nos fuimos a dormir y nos tumbamos cada una en su cama, separadas, pero hablamos de Henry, y le dije a Mara que era un baboso, y lo que pensaba sobre Lena y él. Pero no hablamos de Adie. Nos costó conciliar el sueño.

La mañana siguiente fue de esas de hacer el paripé, todo el mundo manteniendo los sentimientos a raya y comportándose de forma exageradamente educada. Henry desayunó con nosotras, luego empezó otra vez con la pantomima del padre ideal que juega con sus hijos en el jardín, les limpia la cara con el pañuelo, se sube a hombros a los más pequeños… Debía de sentirse triste, y propuso que fuésemos los tres juntos a dar un paseo.

—No, gracias, quizá en otra ocasión —dijo Mara.

Entonces, por supuesto, se apoltronó junto a ella y empezó a contarle sus problemas otra vez. A la hora de comer, volvió a sentarse con nosotras presidiendo la mesa ovalada, con Mara a su derecha y conmigo a su izquierda, y un enorme ramo de flores salpicadas de hojas en el centro. Las había recogido por la mañana, nos dijo, y se puso a hablarle a Mara con

detalle sobre las flores. Tenía la impresión de haber hecho la gran hazaña recogiendo esas flores, cuando sin duda Lena y Adie estaban esclavizadas en la cocina.

Lena, con actitud desafiante, llegó con los platos hondos de la sopa y Henry se levantó solícito, como estoy segura de que no había hecho jamás en su casa, e intentó quitarle los platos de las manos.

—Por favor, Lena, ¿por qué no te sientas? —le dijo.

—Tranquilo, no te molestes —contestó ella.

Él la siguió fuera del comedor y volvió más tarde con cara de perro apaleado. Se quedó muy callado y se tomó la sopa en un silencio palpable, pero hizo un esfuerzo heroico con la chuleta de cordero y empezó a hablar de pintura y exposiciones y pintores europeos que conocía.

—Si piensa comer todos los días con nosotras a partir de ahora —le dije más tarde a Mara—, por mí podemos volver ya a casa.

Pero todavía quedaban tres días de nuestra segunda semana de vacaciones, y dudo que me hubieran devuelto el dinero, así que, ya puestas, no era mala idea quedarnos tres días más. Y Mara se rio, con algo de acritud, y dijo:

—Claro, podríamos sentarnos a ver qué pasa.

Por la tarde, cuando volvimos de dar un paseo para merendar, oímos una discusión, esta vez desde la cocina. El ambiente era tremendamente opresivo. Ojalá nos hubiésemos mantenido al margen desde el principio, habría sido mucho mejor, así habríamos podido ahorrarnos todo el asunto. Pero al contarnos sus penas, Lena y su marido nos habían involucrado. Todos estábamos en tensión, alerta. Yo culpaba a Mara de la situación, aunque no le dije nada directamente. De pronto, durante el paseo, empezó a interesarse por las flores. Desde aquella charla con Henry sobre pintura, y sobre las flores y matorrales de las colinas galesas, se fijaba en los arbustos, en las orillas del camino, y prestaba atención a lo que veía. Pero yo no pensaba volver a herir a Mara. Ni siquiera cuando recogió unas hojas y algunas florecillas y dijo: «Sí, a esto era a lo que se refería…», con una especie de estúpida satisfacción, ni siquiera entonces dije nada. En ese momento pensé que estaba hecha de una sustancia maleable, fácil de modelar, con poca opinión propia. Aterrorizada, me dije: uf, es débil, es influenciable, no se pone una coraza ante los acontecimientos, como yo. Y durante un fugaz instante de pánico, pensé en lo fácil que sería perderla. Arrebatada por otra persona. Un hombre, por ejemplo. Bastaba con observar a Henry. El modo en que la miraba. Si Lena no hubiera estado por ahí, apuesto a que habría intentado tirarle los tejos tarde o temprano. Pero a mí nunca me miraba.

A la mañana siguiente la cosa cambió por completo. Lo primero fue que el desayuno llegó tarde y Adelaide Fox nos lo sirvió con el pelo más desaliñado

que nunca, la cara hecha un poema, hinchada y con los labios temblorosos. Henry y Lena estaban hablando en el jardín, los veíamos por la ventana.

—Se han reconciliado —le dije a Mara—. La pobre Adie ya no tiene nada que hacer…

Era patético, y a la vez incómodamente gracioso, ver a Adie deambulando como un alma en pena, sin decir ni una palabra.

Por la tarde, Lena y Henry, igual que dos tortolitos, salieron de excursión con todos sus hijos, la estampa ideal de la Familia Feliz; regresaron con un montón de follaje, y Henry insistió en colocarlo por todas partes.

Después de tomar el té, Henry llamó a la puerta de nuestro cuarto y entró con cara de felicidad, y se puso a dar las gracias a Mara, no sé por qué. Entonces Lena también se acercó y nos abrazó a las dos. Esa noche hubo más clamores y escapadas, y Adie irrumpió en nuestra habitación justo cuando nos íbamos a la cama, con un camisón de franela morado y el pelo recogido en dos trenzas ridículas por detrás de las orejas, con la cara surcada de arrugas de tanto llorar y, como es natural, también ella fue directa a Mara y empezó a lamentarse y balbucear.

—La ha recuperado —repetía sin cesar—. Solo ha tenido que presentarse aquí y ella ha vuelto con él, ¿qué se le va a ocurrir ahora salvo hacerle otro hijo, y así hasta que se muera? Además, ella es mucho mejor artista que él. En serio, es una artista de verdad, él es malísimo.

Pobre mujer, resultaba tan patética con esa cara, esas trenzas, esos pechos que se zarandeaban.

—Lo siento —añadió—. De verdad que no quería preocuparlas con todos mis problemas, pero ya ven cómo están las cosas… —Nos miró con lástima y nos dedicó una sonrisa empapada en lágrimas—. ¿Saben qué? Si Lena me abandona, me mataré, y ya está. No seré capaz de vivir sin ella.

Por supuesto, no la tomamos en serio. No había nada que pudiéramos decirle, su pena parecía falsa. Yo tenía sueño, no paraba de bostezar, y las dos sentimos alivio cuando se marchó. Así es como ocurre la tragedia: la mayor parte de las veces, los demás no sienten nada, siempre parece más real cuando es impostada que cuando es vivida de verdad.

Al día siguiente, a la hora del almuerzo, Adie no estaba. Debía de haberse ido mientras dábamos nuestro habitual paseo matutino. Solo estaba Lena, que iba de acá para allá con aire distraído, riéndose en exceso, y Henry fumando en pipa, instalado otra vez en su estampa de la familia feliz. Había montado un caballete en el jardín, cerca de los peldaños de entrada. Tenía la pipa en la boca, y a Lena llevándole solícita una taza de café tras otra, y les decía a los niños que se callaran, que su padre estaba trabajando; todo volvía poco a poco a la normalidad.

Nos dijo que pintaría el valle.

—Hay una perspectiva magnífica —comentó.

Al día siguiente volvimos a Londres.

Unos días más tarde, lo descubrí en *The Times*, en la sección de «Nacimientos, bodas y defunciones», que me encantaba leer.

FOX.— El 29 de agosto de 1945, de forma repentina, en York, Adelaide Emily Fox, nacida en Fareham (Hampshire), querida hermana de Charlotte Fox.

Había un párrafo en una página interior del periódico en el que añadían que la habían encontrado muerta en su habitación a causa de una sobredosis de somníferos. Veredicto: muerte involuntaria. Su hermana aseguró que la joven no tenía nada en mente, en absoluto, estaba sana, era una persona alegre, y acababa de encontrar trabajo de cuidadora de un anciano. Allí fue donde ocurrió todo. No le enseñé el periódico a Mara ni le conté lo sucedido. Creo que no llegó a saberlo.

En septiembre volvimos a Horsham para el último curso de la carrera. Karl no había dado señales de vida desde hacía seis semanas ni le había mandado más dinero, pero Mara no parecía preocuparse en absoluto.

La pobre Lenora Stanton no había aprobado los exámenes, así que no iba con nosotras, le había tocado repetir segundo. Se casó y tuvo un bebé unos seis meses después de la boda. Llevaba al niño a las clases y, cuando tenía que darle de mamar, desplegaba una especie de biombo a su alrededor y decía con ese tono suyo, tan descarado y tan alegre que daba miedo: «¡Eh, eh! Si queréis mirar, chicas, ¡no hay nada de lo que avergonzarse!». Incluso amamantaba al niño durante los exámenes orales de Eggie, si coincidían con el horario en el que a su hijo le tocaba comer, y Eggie no podía quejarse, pues Lenora decía que era algo biológico y natural. De todos modos, no sé por qué, de pronto Eggie parecía mucho más feliz; luego nos llegaron rumores de que se marchaba de Horsham y que iba a casarse, algo que todas dijimos que era increíble. Pero los rumores no cesaron.

Hice una fiesta para celebrar mi vigesimoprimer cumpleaños, una fiesta discreta con Nancy y Andy (ambos se animaron a ir), un par de chicas más y Mara. Le pedí a Andy que llevase a otro hombre y llegó con un egipcio. Andy se había sacado los exámenes y ahora era médico residente. De todos los lugares posibles, le habían ofrecido trabajo en Singapur, siempre que se sacase el título de Medicina Tropical al cabo de un año, porque su padre, el obispo protestante, tenía muchos amigos allí y podía mover hilos; los sueldos en Singapur eran increíblemente altos, y Andy dijo que se moría de ganas de comprobar si era cierto lo que decían de las chicas orientales, así que lo más probable era que se fuese a Singapur. Lo único que yo sabía de aquel lugar era que los japos habían hundido allí algunos de nuestros barcos, y que estaba a la altura del ecuador. Me puse triste al pensar que Andy tal vez se

marchase, pero todavía faltaban dieciocho meses, y para entonces tanto Mara como yo nos habríamos graduado y tendríamos trabajo.

El egipcio perdió los estribos por algo que dijo Nancy sobre ganar la guerra, a lo que él contestó que por supuesto que el siglo siguiente transcurriría en Asia y en África, y se exaltó una barbaridad hablando del colonialismo. Y Andy le dijo:

—Venga, chaval, tómate una copa.

Y él se enfadó todavía más y se marchó poco después.

—Me había olvidado de que es musulmán. No beben alcohol —comentó Andy.

La fiesta también fue una especie de celebración de aniversario para Mara y para mí, porque nos habíamos conocido hacía un año, más o menos una semana antes de mi cumpleaños, aunque entonces no lo había celebrado: solo había recibido la típica postal de la tía Muriel y un regalo de Rhoda, además de un detallito de Nancy. Pero este año cumplía veintiuno, iba a recibir por fin mi dinero, la herencia de mi tía abuela y la de mi padre, que en total rondaría las veinte mil libras. Sé que parece una fortuna, pero nunca se sabe; de todas formas, no pensaba despilfarrarlo, así ya no tendría que preocuparme más por el futuro. Incluso si Mara no obtenía nada de su madre, nos las arreglaríamos; tendríamos que ir con cuidado, por supuesto, y cuanto antes encontrásemos trabajo, mejor. Mara me regaló una preciosa caja italiana pintada a mano y la tía Muriel me mandó un collar de perlas que había pertenecido a su madre y que había llevado a ensartar de nuevo para mí.

Una semana después ocurrió todo; por supuesto, todo a la vez, como una gran ola que nos sepultó. Tendría que haberme dado cuenta de que iba a suceder, pero no lo hice, y quizá precisamente porque todo fue tan rápido, entré en pánico y dije e hice cosas que supusieron nuestro fin. Aun así, continúo creyendo que Mara debería haber reaccionado, debería haber tomado el timón, como había hecho en otras ocasiones… Al fin y al cabo, ya me conocía. Pero no hizo nada, lo dejó todo en mis manos.

El lunes por la tarde, al volver de Horsham, encontré la carta de la tía Muriel. Cuando empecé a asimilar lo que ocurría, tuve que sentarme. Mara estaba en la cocina, poniendo el agua a hervir. Cuando regresó, yo aún sostenía la carta en la mano. Temía que se percatase, de modo que fui al cuarto de baño con la carta y la leí de nuevo, y luego la rompí en pedacitos y tiré de la cadena.

Mi querida Bettina:

Ayer me quedé de piedra al recibir la repentina visita de un tal señor Karl Daniels, que dice ser el esposo de tu amiga. Vino sin avisar y, como es natural, me

sorprendió mucho. Me ha contado una historia que no puedo ni imaginar que sea cierta. No hace falta que te diga el sobresalto que me provocan esta clase de visitas a mi edad y, aunque me resulta complicado viajar últimamente, pues apenas tengo ayuda en la granja y ni Rhoda ni tú os las habéis apañado para venir a echarme una mano este verano, ni siquiera una mísera semana, cogeré el tren a Londres el miércoles a las 12.45. Iría antes, pero tengo reuniones del comité mañana y el martes, y cita con mi abogado. Considero que es un asunto serio y debo pedirte que te reúnas conmigo en mi hotel habitual, el Caduceus, para hablar del tema en cuanto salgas de clase, por la tarde.

Tu afectuosa tía,

Muriel Jones

—Santo Dios —mascullé.

Fui a nuestra sala-dormitorio y me bebí una taza de té, intentando aparentar normalidad. Mara se había puesto las gafas (tenía una ligera miopía) y se había acomodado con un libro. Recuerdo que tenía la cubierta azul. Parecía tan plácida y tranquila, no sabía nada, así que empecé:

—Bueno, Mara, me temo que se ha acabado la diversión.

Levantó la mirada sorprendida.

—¿Qué ocurre, Red?

Y vi la súbita alarma en su rostro. Había aprendido a tenerme miedo. ¿Por qué iba a tenerme miedo? Yo iba a pagar por todo eso, ¿o no?

—Tu Karl, querida mía. Tu marido. Ha ido a ver a la tía Muriel y le ha contado una historia de despecho. Dios sabe qué le habrá dicho, pero la señora va a venir pasado mañana a tener una conversación conmigo. Dios, qué lío.

—¿Era esa la carta que estabas leyendo antes? —dijo Mara sin alterarse.

—¿Tú qué crees?

Ya no tenía la carta, ojalá la hubiera guardado para mostrársela. Mara estaba tan tranquila, no mostraba emoción alguna.

—La mujer está que echa humo. Lo más probable es que me desherede. Siempre me pasan estas cosas —dije con amargura y descaro—. Maldita sea.

Me fui dando zancadas a la cocina, pero no era capaz de hacer nada, así que volví y me desplomé en la cama.

Mara no dijo ni una palabra. Se limitó a seguir leyendo el libro, con tranquilidad. Luego preparamos la cena. Nos fuimos a la cama, nos dimos las buenas noches y pareció que se quedaba dormida al instante.

Al día siguiente fuimos a Horsham como de costumbre. Y ni ella ni yo mencionamos a la tía Muriel o a Karl. Podéis decir que fui injusta o taimada o despiadada. Podéis decir lo que queráis. Incluso podéis decir: ¿y por qué no dijiste nada? Pero ¿qué podía decir yo? Mara era quien debería haber hablado, ella debería haber roto ese muro de silencio entre ambas. No dijo ni una palabra. Y ahora siento… a veces siento… Quizá ella desease tener una

oportunidad para huir de mí, quizá hubiera dejado de amarme antes de lo que yo dejé de amarla a ella.

Soy incapaz de explicar mi siguiente movimiento, que fue llamar a Andy durante el recreo y hablarle con voz dulce y melosa por teléfono; le di las gracias otra vez por el regalo de cumpleaños (un elefantito de marfil indio, bastante feo, la verdad) y, sin más preámbulos, él me invitó a salir aquella noche, pues resultaba que el martes era cuando tenía la tarde y la noche libres, hasta las seis de la mañana. Tal vez yo no supiera qué hacía, pero fui yo quien hizo todos los movimientos y, aun así, daba la impresión de que las cosas sucedieran solas. Aquella noche me arreglé con un vestido color bronce que me favorecía (lo habíamos comprado Mara y yo al volver de Gales), y me lavé los dientes a conciencia, porque, a veces, cuando me excito mucho me huele el aliento. Le dije a Mara que Andy me había propuesto salir.

—Ay, se me había ido de la cabeza. En realidad, me lo propuso ya en la fiesta de cumpleaños, pero se me olvidó contártelo.

Entonces toda explicación pareció superflua, porque Mara se limitó a asentir con la cabeza; estaba leyendo, y me di cuenta de que era el mismo libro que el día anterior. Ahora creo, tengo la corazonada, de que ni siquiera había pasado las páginas del libro, sino que lo sostenía en la mano, sin más…, pero en realidad no lo recuerdo. En todo ese rato no la miré a la cara, esa cara preciosa, y ahora la echo tanto de menos, y no me ha dejado ninguna fotografía, ni una sola.

Tal vez por dentro deseara que Mara se hubiese marchado antes de que yo regresara aquella noche. Me lo he preguntado muchas veces, pero ya no lo sé. El caso es que cuando volví, tarde, después de que Andy me besara y magreara junto a la puerta, cuando entré en el estudio, creo que habría gritado de desesperación si Mara no hubiese estado allí. Pero sí estaba, un bulto inmóvil y silencioso en la cama. Se dio la vuelta cuando entré, como si acabase de despertarse, y dijo:

—¿Te has divertido?

—Sí, gracias —respondí. Describí la película que habíamos visto y hablamos de todo un poco durante un ratito, y luego nos dimos las buenas noches.

Todos nos traicionamos a nosotros mismos, y fingimos, porque no podemos hacer frente a todas, todas las contradicciones. Ahora me entra la risa cuando oigo a Andy hablar de forma grandilocuente sobre lo preocupado que está por el destino de los africanos o la libertad espiritual de los chinos, lo que sea: porque en realidad no le importa, es una pose, nada más, pero hace que se sienta bien y que piense que tiene sentimientos nobles. Bueno, pues yo también me traiciono, pero me siento mejor porque he admitido a mi otro ser. Mientras rompía mi amor por Mara, al mismo tiempo, era capaz de llorar por lo que estaba destruyendo, y deseaba que

fuese de otro modo; deseaba ser distinta a como era. Pero, por supuesto, no podía ser.

No hay mucho más que añadir, pero debo dejar constancia.

Fui al Caduceus con bastante tiempo el miércoles por la tarde. La tía Muriel me esperaba. Charlamos sobre la granja y la cocinera polaca (todavía no se había casado). La tía Muriel llevaba su mejor traje de *tweed*, el que se pone para ir a la iglesia, con una blusa de seda gris y su collar de amatista, y eso me pareció un mal augurio. Significaba abogados y cosas como peleas familiares: se había puesto un traje de *tweed* para apartarme de mi madre y, de nuevo, la vez que se había peleado con mi madrastra. Impresionaba bastante; si yo no hubiera tenido nada que decir, habría estado bastante asustada. Hubo un silencio incómodo mientras la tía Muriel avisaba para que nos sirvieran el té, aunque todavía no eran ni las cuatro, pero «tardan siglos en preparar el té, será mejor que se lo pidamos un poco antes», comentó. Entonces llegó el té y llenamos los silencios entre el tintineo de las tazas de porcelana con preguntas y respuestas sobre mis estudios, hasta que la tía Muriel respiró hondo y atacó:

—Supongo que recibiste mi carta, Bettina.

Obviamente la había recibido, porque estaba allí.

—Sí, tía Muriel.

Mi tía empezó a ruborizarse poco a poco.

—No hace falta que te cuente —dijo en voz baja— la conmoción, cómo me sentí… Me gustaría pensar que ese hombre está loco, Bettina.

Dejó la taza en la mesa. Le temblaban las manos. Saltaba a la vista que estaba muy disgustada.

—Sinceramente, tía Muriel, para mí también ha supuesto una conmoción. Algo de lo más inesperado.

Respiró un poco mejor, así que debí de sonar convincente.

—Me alivia oírte decir eso, Bettina. Pero esta situación tiene que acabar. Parece haber dado pie a un malentendido considerable, por lo menos, a ojos de una persona. La verdad es que la señora Daniels no ha tenido mucha vista al ausentarse de su casa durante intervalos tan largos para quedarse en tu casa. Podría parecer raro para algunas personas. Muy raro. Una mujer casada no suele abandonar su hogar, sobre todo cuando tiene quien la mantenga bien, puede estudiar, y lo que es más, cursar una carrera completa. Y luego lo de alojarse contigo, compartir residencia con otra persona cuando tiene una casa propia estupenda… —Respiró agitada—. Le dije a ese hombre que estaba convencida de que entre vosotras no había nada más que una amistad de lo más normal. Le dije que eras completamente inocente y que lo más probable era que ni te hubieses planteado las posibles complicaciones. Pero comprenderás qué situación tan

incómoda se ha generado, ¿verdad, Bettina? El tal señor Daniels parecía dispuesto a llegar hasta el final. Es extranjero y parece que se exalta con facilidad. Incluso habló de una compensación legal, Bettina. Por mi bien, debo pedirte que cortes esa amistad de inmediato.

—Pero, vamos a ver, tía querida, ahora que estoy comprometida con Andy dudo que la gente pueda malinterpretarlo.

—No digas «vamos a ver», Bettina —dijo la tía Muriel muy seria—. No es manera de hablarle a tu tía. No comprendo lo que entendéis los jóvenes por hablar bien, la verdad. Y ¿quién es Andy, por cierto? Creo que no me suena ese nombre.

Le conté que Andrew Morton era hijo de un obispo protestante y que era médico residente; añadí que lo conocía desde hacía tiempo, pero que había esperado a cumplir veintiún años, justo una semana antes.

—Por supuesto, no estamos oficialmente comprometidos, tía Muriel, porque le dije que prefería que antes diera usted su aprobación. Pero en realidad se declaró el día de mi cumpleaños y le dije que si… bueno, que si se entendía con usted, por mi parte estaba de acuerdo.

La tía Muriel mostró semejante alivio que pensé que había superado la prueba. Su piel adquirió un tono violáceo, luego rosado, y poco a poco volvió a hundirse en la silla. Entonces me miró largo y tendido, y su mirada me atravesó por completo. En ese momento me convencí, sí, sin atisbo de duda, de que la tía Muriel lo sabía todo: me refiero, todo lo relativo a Rhoda y a Mara. Sentí que lo había sabido desde el principio, pero que, como tantas personas de su clase, era una maestra en el arte de no ver ni oír ni saber cosas que le resultaban desagradables. Y en ese fogonazo de intuición me sentí más cerca de la tía Muriel de lo que me había sentido jamás, verdaderamente próxima, verdaderamente de su misma sangre, pariente y amiga. Advertí que mi tía estaba dilucidando cómo serían las cosas a partir de ese momento, y que había decidido verlo como yo le decía que era. Al fin y al cabo, había sido la tía Muriel quien había ido a buscarme para alejarme de mi madre, no mi propio padre; había sido la tía Muriel quien había luchado por mí ante mi madrastra. Me conocía como la palma de su mano.

Yo llevaba mi mejor falda y mi blusa más bonita, y también me había puesto sus perlas, el collar que me había regalado.

—En fin —dijo la tía Muriel—, como es natural, le dije al hombre que no fuera ridículo, que no hiciese una montaña de un grano de arena. Pero es extranjero, eso explica su actitud… No están muy equilibrados, ¿sabes? Me refiero a que seguramente sea bastante cruel con su esposa y ella no esté conforme, y ha coincidido que tú te has visto involucrada… Pero has sido bastante descuidada, querida. Al fin y al cabo, eres una muchacha joven y sin experiencia, y ni siquiera se te pasó por la cabeza lo raro que podía parecer todo. —Entonces dio un buen trago de té: una especie de «voy a decirlo así, ¿por qué no?»—. No me gustaba mucho la idea de esta…

amistad. Me culpo por no haber dicho nada cuando me enteré de que ahora compartíais… eh… vivienda.

La tía Muriel no podía soportar decir la palabra cueva.

—Bueno, querida tía, no puedo echar a la señora Daniels, ¿no le parece? No es culpa mía si su marido y ella no se llevan bien, ¿no?

La tía Muriel frunció el entrecejo.

—Podrías decirle a la señora Daniels que estoy muy preocupada —dijo con firmeza—. Mientras tanto, podría escribirle a… al tal señor Daniels y contarle que he hablado contigo en serio y que estoy absolutamente «convencida» de que no solo no hay indicio alguno que confirme sus sospechas, sino que, si él se precipita a dar ciertos pasos, le resultaría muy difícil… Por supuesto, sería de lo más desagradable, ya lo creo, de lo más desagradable que tomase medidas legales, tal como amenazó con hacer, pero lo más probable es que no esté del todo seguro de si es cierto, ya que fue a verme a mí primero. Me dijo que desde hacía un tiempo había mandado que siguieran a su esposa. —La tía Muriel frunció los labios con repulsión—. Al principio pensó que se trataba de otro hombre, y luego descubrió que se alojaba contigo. Entonces se enteró de que su esposa había ido a visitarte a Salisbury en Navidad y entonces… Bueno, entonces pensó que todo era muy *raro*, sobre todo cuando su mujer le dijo que no volvería jamás con él. Luego os fuisteis las dos juntas a Gales. Por supuesto, estoy segura de que fue algo inocente por tu parte, pero comprenderás, ¿verdad?, que algunas personas podrían sacar conclusiones… Sobre todo, en un juicio. Yo… me planteé ir a hablar con mi abogado del tema, pero entonces decidí hablar antes contigo… Pero ¿comprendes que todo esto debe cesar de inmediato, verdad? Hazlo por mi bien, Bettina. Debes exponerle la situación a la señora Daniels, y ella tiene que marcharse de inmediato. Si no se va, lo haces tú.

Todo estaba cambiando de forma precipitada, como si una fuerte tormenta repentina se hubiera desatado, borrando el paisaje ante mí. Me sentía mareada. Mara, pensé, Mara. ¿Qué estaba haciendo yo ahí? Quería gritarle a la tía Muriel: «Al diablo con Karl y con el dinero de usted y con todo. Amo a Mara y ella me ama a mí».

—No puedo pedirle a Mara que se marche así de sopetón, tía Muriel.

—Me temo que tendrás que hacerlo —dijo ella con sequedad—. Yo velo por ti, Bettina. El principio de tu vida fue muy desdichado, querida mía, y siempre me he esforzado por cuidarte de la mejor forma que he podido. No considero que esta relación sea sana para ti. Si no tomas cartas en el asunto, lo único que podré hacer será lavarme las manos en lo referente a todo este embrollo, ya que ahora eres mayor de edad. Huelga decir que entonces pensaré que he perdido una buena parte de mi vida volcándome en alguien que no corresponde al cuidado y la atención que he intentado darle, y que tendré que contemplar otras opciones a la hora de decidir qué hacer con mis posesiones en el futuro. No te lo digo como amenaza, Bettina, sino

simplemente porque es la verdad. Soy una mujer vieja, querida mía, y he tenido que lidiar con algunas situaciones muy dolorosas en el pasado. A mi edad, no puedo verme arrastrada a otro escándalo.

Habla de mi madre, pensé. En su momento debió de ser un escándalo monumental cuando mi madre se fugó con un hombre, tuvo distintos amantes, mi padre se divorció de ella, llegó mi madrastra… Mi madre era de clase baja, no estaba a la altura de lo que merecía papá, todos se pusieron en su contra… La tía Muriel no había mencionado el tema hasta entonces. Nadie me hablaba nunca de mi madre, todos escurrían el bulto delante de mí. Pero la tía Muriel debía de haber guardado el resentimiento todos aquellos años. Seguro que salió en el periódico y todo el mundo se enteró.

—Intentaré ocuparme, tía Muriel, aunque, claro, es complicado, porque las dos estamos estudiando.

La tía Muriel se levantó. Me dio un beso en la frente y vi que tenía los ojos tristes y anegados en lágrimas. Sabía que ella sabía que yo mentía, y creo que no le gustó. Retorció el collar de amatista y dejó la mirada perdida en el infinito.

—Bettina, querida mía, todos tenemos que hacer… ciertas cosas. Créeme. Te lo aseguro… —Entonces se sonrojó mucho y frunció los labios—. Avísame pronto… en menos de una semana.

Mi tía no pensaba dejar pasar el tema. No pararía hasta asegurarse.

Entonces tuve que volver a casa, y fue horrible, horrible; en el autobús, sumida en un huracán sombrío y atronador, mis oídos se llenaron del vendaval de lo que había hecho. ¿Qué había hecho, por Dios, qué había hecho? ¿Y qué podía hacer? Mara, Mara, están intentando separarnos, son ellos quienes lo hacen, Mara. Mara, tengo que elegir. Ayúdame. Eché a correr, sí, a correr despavorida por mi calle, nuestra calle, a través de la espesa niebla, aunque no había niebla, sino gente a mi alrededor, como sombras revoloteando que se daban la vuelta sorprendidas de que yo corriera, oscuridad en la oscura tarde, todo estaba tan, tan oscuro, o eso me parecía.

La luz estaba encendida, la radio también, a un volumen alto. Mara, Mara, justo al otro lado de la puerta. Giré la llave, la vería, le diría: te amo, Mara, al diablo con la tía Muriel y los periódicos y el escándalo. Te amo. Ayúdame. Vería su hermosa cara.

—Andy, ¿qué haces aquí?

Ahí estaba, el cerdo, tumbado en la cama con las piernas abiertas con aire de héroe conquistador, con la radio encendida, como si estuviera en su casa.

—Quita los pies de mi cama —le dije—. No quiero que la ensucies. —Mara y yo acabábamos de lavar las sábanas. Mara, oh, Mara… Una mano muerta me atenazó las entrañas, un dolor horrible, horrible—. ¿Dónde está Mara? —pregunté.

Andy se había puesto de pie con aspecto bobo y borreguil, y se estaba limpiando la mano sobre la colcha.

—¿Quién? Ah, Mara… Salía justo cuando llegué. Me la encontré en las escaleras. De hecho, fue ella quien me abrió la puerta.

—¿Te dijo adónde iba?

—Pues no —dijo Andy—. Lo único que me dijo fue: «Bettina no tardará. Pase y siéntese, por favor». Una chica muy simpática —dijo Andy—. Una auténtica mujercita. Un cuerpo y un pelo bonitos. Aunque le hace falta un hombre, se nota. Bueno, en realidad, yo prefiero las mujeres altas y delgadas…

Avanzó hacia mí con manos ávidas de carne; le gustaba pellizcar y hacer cosquillas, aunque ahora ya le he quitado la costumbre.

—Vamos, por el amor de Dios —le dije.

—Venga, venga, Red, ¿qué te parece si repetimos lo de anoche? —Chasqueó la lengua—. Madre mía, lo de anoche estuvo bien, ¿eh?

Dios mío, cómo se pavoneaba. Porque por una vez yo había hecho teatro como si no pudiera resistirme a sus encantos, como si él fuese un portento. Y no paré de sentir náuseas.

—No, gracias. Y además, Mara podría volver en cualquier momento.

—«No, gracias» —me imitó Andy—. Por Dios, Red, si vuelves a decir eso, no seré capaz de controlarme. Cerraremos la puerta con llave. —Me guiñó un ojo—. No tardaremos. Al fin y al cabo, no iría mal que te fueras acostumbrando, ¿sabes? Te lo advierto.

Volvió a poner los ojos en blanco, guiñó el ojo y me pellizcó. Se creía irresistible.

—Ay, por favor, déjame en paz. Ahora no.

Al oírlo, se enfadó, y me dijo cosas desagradables.

—¿Por qué? ¿Qué mosca te ha picado? ¿Quieres provocarme o qué?

Entonces me cogió la mano sin avisar y la puso sobre sus pantalones para mostrarme cómo estaba, tal vez pensara que así conseguiría convencerme y yo empezaría a subirme la falda. Me entró miedo de que, si me negaba, se echara atrás o algo así. Al fin y al cabo, la noche anterior no había sido fácil lograr que dijera: «Me casaría contigo si pudiera, muñequita», y contestarle: «Ay, Andy, sí que puedes», y contarle con astucia lo de mis veinte mil libras. Sin alardear, por supuesto, pero… Ya sé cómo van las cosas, conozco a Andy. El obispo no nada en la abundancia, Andy tenía una beca clerical, y siempre iba justo de dinero. Sabía cómo reaccionaría. Así que le dejé hacer, después de cerrar la puerta, y me quedé ahí pensando: Dios, tengo que librarme de él, no podré soportar esto toda mi vida, noche tras noche. Tenía tanto miedo de que Mara volviera, que no despegué la mirada de la puerta en ningún momento. Y la radio sonaba alta, aún más alta, lo cual fue un alivio, la había subido de volumen yo, para poder decirle que no la había

oído llamar a la puerta si volvía. Entonces me entró miedo de no oírla de verdad si llamaba… Ay, ¿es que Andy no iba a acabar nunca? Entonces caí en la cuenta de que algo fallaba.

—Maldita sea —dije—. ¿Qué pasa si me quedo embarazada?

—¿Eh?

Parecía a punto de quedarse dormido. Pero no se lo permití.

—Levántate. Venga, sal. No quiero que Mara te encuentre aquí. Tengo que lavarme. Rápido.

Me puse histérica y por fin se marchó, gracias a Dios, me libré de él. Entonces corrí al cuarto de baño y me limpié, me lavé entera. Lo peor del mundo sería quedarme embarazada.

Después miré alrededor por todas partes y me sentí aliviada, Mara no se había llevado nada, solo el abrigo y un bolso, todo lo demás estaba allí: sus vestidos, sus libros, todo. Fui al bote en el que guardábamos el dinero del piso y también seguía allí, así que no debía de llevar dinero encima, porque Karl no le había dado nada. Debía de haber salido a pasear.

Me tumbé y traté de dormir. Me quedé adormilada, al rato me desperté y seguí esperándola. Después miré el reloj, me vestí y salí, fui al cine con la absurda esperanza de que Mara estuviese allí. Era justo la hora de cerrar, pero no estaba entre la multitud que salía de la sala. Claro, además, ella no llevaba dinero. Volví al piso y esperé. La noche se esfumó y Mara siguió sin volver.

Ahora todo va mejor, y probablemente irá aún mejor conforme pase el tiempo. Sé que no paro de repetirme que va mejor. Me autoconvenzo. Parece que no soy capaz de hacer otra cosa salvo tartamudear las mismas palabras: como el dolor que sigue regresando, una y otra vez, una y otra vez. Al principio fue tan atroz, tan terrible, despertándome una y mil veces y viendo el bulto enorme, la montaña colosal de silencio e indiferencia que eran mi madre y su amante en la cama; la noche y el rostro de mi padre con un hilillo de sangre entre los labios; el pequeño judío que murió de cáncer; todo, todo volvía a mí en oleadas, continuamente, y Mara no estaba conmigo. La llamé a gritos, ay, Dios sabe cuánto la llamé, desgarrada. Pero su rostro… Ni siquiera pude volver a tener su rostro ante mis ojos. Ahora su cara se ha esfumado por completo para mí. Y no tengo ninguna foto suya. Ni una sola. Podría decir: tenía la nariz recta y pequeña, los ojos marrones, pero no hay nada a lo que pueda agarrarme con firmeza. Su rostro se ha esfumado para mí, y ella también se ha esfumado.

Fui a la facultad. Mara no apareció. Esperé, a cada momento me parecía verla. Si cerraba los ojos un instante y luego los abría, estaría allí delante, a mi lado. Pero no apareció. Al día siguiente, el sol se colaba por las ventanas y las motas de polvo bailaban a la luz del sol, y me entraron ganas de gritar: Dios, sus pendientes de oro… Corrí a casa y revolví todas sus cosas, sus

vestidos, su abrigo de repuesto, sus libros. Encontré los pendientes y me pasé la noche aferrada a ellos: pensé que, si seguía con ellos en la mano, tal vez Mara volviese. Ni siquiera se había llevado el pijama. Nada. Ahí seguía su olor, su perfume, últimamente casi nunca lo usaba; Karl ya no le regalaba perfume y, por supuesto, yo no podía permitirme comprárselo. Durante varios días viví de noche, abrazando sus objetos, guardando y sacando sus cosas, colocando las prendas con cuidado en los cajones. De día iba a Horsham. Lo raro fue que nadie me preguntase por Mara. Nadie me la mencionó. Ni siquiera Louise. Una tarde, unos tres días después, sonó el teléfono y di un brinco para ir a responder, pensando que era Mara, pero solo era Andy. Le dije que estaba con gripe.

Al cabo de una semana, no podía soportarlo. Mara. Le escribía cartas, las dejaba por la habitación por si regresaba y luego, por la mañana, las rompía. Una noche, cuando ya estaba metida en la cama, me levanté, me puse los pantalones y el impermeable (el viejo impermeable, el que llevaba el día que conocí a Mara), y fui a Maybury Street. Se me ocurrió que llamaría al timbre y, con Karl o sin Karl, me llevaría a Mara. Le diría: ven, Mara, ven conmigo. Te amo, y ninguna de los dos tiene por qué tener miedo a nada, porque nos queremos la una a la otra. Estaríamos juntas, pasearíamos juntas, de la mano, bajo el cielo de Londres, con el invierno cerniéndose, cubriéndonos como una lona fría, pero en el único hogar que conocíamos. Estaríamos juntas.

De camino a Maybury Street, de pronto pensé: podría estar muerta, ¿y si Karl la ha matado? No me lo quitaba de la cabeza. De lo contrario, me habría llamado por teléfono o me habría escrito. Todavía quedaba un trecho hasta Maybury Street, así que llamé a un taxi, pero cuando se detuvo, no me decidía, y el taxista dijo:

—Bueno, señorita, no puedo pasarme aquí todo el día.

Así pues, me monté y contesté:

—A Maybury Street.

Su calle estaba tremendamente tranquila, vacía. Pedí al taxista que parase cuando hubimos dejado atrás su casa. Regresé hasta el portal caminando despacio, alcé la mirada. Las ventanas de su piso estaban a oscuras. No me atreví a entrar. Me quedé mirando, confiando, deseando que se asomara a una ventana y mirase hacia abajo. Seguro, seguro que me oiría, me oiría haciendo lo posible por contactar con ella; se despertaría, me moría de ganas de que se despertase y me viese. Me puse a rezar allí de pie: «Por favor, Dios mío, si existes, por favor, haz que Mara mire por la ventana. No, ni siquiera eso, solo deja que vea su rostro, solo una vez más, una única vez… Mira —le dije a Dios—, ya he olvidado cómo es su cara, y eso es lo peor de todo, lo peor. ¿Por qué no puedo recordar su cara? Pronto todo se me escurrirá entre

los dedos, como el agua, como la arena que la marea barre de los pies. La he perdido por completo, todo, todo mi amor, mi amor…». E incluso mientras estaba allí, notaba cómo se esfumaba de mí, con desgana, con fatiga, como una anciana que se alejase renqueando. Tal vez mi sufrimiento fuera tan grande que estuviese agotada y ya no pudiera sentir nada más aquella noche.

A la mañana siguiente fui a ver a la secretaria de Horsham, la que tenía apuntadas nuestras direcciones. Le dije que Mara llevaba indispuesta unos cuantos días y que se había ido al campo, y ¿por casualidad tenía su dirección de allí? La secretaria me miró sorprendida y dijo que no, que no tenían noticias de la señora Daniels, la única dirección era la de Maybury Street. Entonces se preocupó y me dijo que tenía que informarla de cómo evolucionaba la señora Daniels y de si volvía pronto. Le di las gracias. Y en ese momento llegó Eggie, ella también preocupada, porque Mara se había perdido las clases de una semana entera. Eggie llevaba un traje nuevo e iba muy elegante.

—La señora Daniels es una mujer tan atractiva, ¿a que sí? Confío en que se recupere pronto. —Entonces me miró y añadió—: Ay, señorita, tiene usted mala cara, ¿no?

En esa época mucha gente estaba resfriada o tenía la gripe, así que dije que no me encontraba bien.

Y entonces, el sábado, me quedé de piedra, porque en la puerta de mi cueva, ahí en la acera, estaba Karl. Esperando, observando… El mismo aspecto debía de tener yo junto a su piso de Maybury Street. Se acercó a mí a zancadas. Fingí que no lo había visto, pero era imposible esquivarlo.

—Señorita Jones, ¿dónde está Mara?

—No lo sé —respondí.

Continué caminando, pero lo tenía al lado y no pensaba rendirse, así que me detuve. Nos miramos a los ojos. Llevaba puestas las gafas, que relucían levemente.

—No lo sabe —repitió—. No me lo creo, se lo advierto.

—Es cierto. Si quiere, haga que me sigan, o pregunte a quien quiera. Se marchó hace una semana. Pensaba que estaba con usted.

De modo que había esperado en vano en Maybury Street, no estaba allí. Y todo ese tiempo Karl debía de haber estado espiándome y se había percatado de que Mara ya no estaba conmigo; de lo contrario, no me habría preguntado. Así que ambos creímos lo que decía el otro.

—¿Dónde está? —dijo Karl—. ¿Entonces dónde está?

—No lo sé —insistí.

Se dio la vuelta y me dejó plantada. Me entraron ganas de correr tras él y decirle: mire, no se vaya, quizá si caminamos un poco la encontremos, podríamos… Pero ya era tarde. Él no tenía el menor interés en mí.

Esa noche le escribí otra carta a Mara, en la que la reprendía por haberse

marchado. «Amor mío, ¿no ves que solo fingía? —escribí—. Solo fingía estar comprometida con Andy, y luego tú podrías haber vuelto con Karl un tiempo, pero habríamos seguido viéndonos…». Entonces, en cuanto lo hube escrito, me di cuenta de que no habría funcionado, qué va, no habría podido ser así, jamás. Además, Mara había dicho que no volvería con Karl. Y no había vuelto. Entonces, ¿dónde estaba?

Había repasado todas las «Defunciones» de *The Times* hasta ese día, por si acaso. Nada. Unos diez días después de su desaparición, descubrí algo. Encontré su llave del piso de Maybury y la llave de nuestro estudio. Ambas en una cesta de costura, donde guardaba el hilo y las agujas y otras cosas.

En fin, Andy y yo nos casamos en junio, en cuanto terminé en Horsham. De luna de miel fuimos a Bélgica, donde llovió a mares, y me alegré de volver. Al final no se sacó el título en Medicina Tropical, así que nos quedaremos en Inglaterra y volverá a intentarlo dentro de un año o así. La tía Muriel ha comentado que podría haber una plaza en la consulta de Salisbury para Andy, pero con la llegada de la sanidad pública y lo mucho que pagan en el extranjero, Andy dice que lo que hay que hacer es irse a las colonias. Y, de todos modos, con mi dinero y el de la tía Muriel, podemos permitirnos buscar un poco más antes de establecernos. De momento, nos hemos quedado en Londres y yo no he hecho gran cosa. No tiene sentido buscar trabajo, porque me quedé embarazada en la luna de miel, o antes. Tenemos un piso bastante decente, con agua caliente de sobra. Cuando Andy no está, doy paseos. Paseo y paseo, deambulo por las calles, y sé lo que busco. Hay muchísimas mujeres por la calle, las miro, a veces me devuelven la mirada. A veces alguna se parece a Mara, creo que es Mara… pero nunca lo es. Incluso he ido en varias ocasiones a Piccadilly Circus, con los pantalones de tela y el impermeable: está como siempre, abarrotado, ahora con menos soldados, pero todavía con montones de mujeres.

Busco algo. Incluso su nombre se desdibuja a veces como el eco, otras lo escucho con nitidez. Tal vez tenga que pasarme toda la vida así, buscándola con avidez, haciendo y diciendo cosas que no quiero hacer ni decir, sabiendo siempre que, casi al alcance de mi mano, hay algo maravilloso, inabarcable. En fin, soy lo que soy e hice lo que hice. ¿Quién sabe? Si hubiera renunciado a todo por Mara, ¿quién sabe dónde estaríamos ahora? Tal vez se habría vuelto imposible. Incluso si había algo más que podría haberse hecho o dicho, no sucedió, y no estaba en mi poder el lograr que las cosas sucedieran de otro modo.

Y Mara se equivocó. No debería haberme aceptado con tanta docilidad, haberse doblegado a mi voluntad, o lo que sea que fue lo que me llevó a hacer lo que hice; lo aceptó y por eso se vio arrojada a la noche, arrancada de mi vida, de la vida… Si de verdad me amaba, no debería haberme

abandonado. Me despierto en mitad de la noche soñando que está en alguna parte y que no puedo llegar a ella. A veces, incluso deseo que esté muerta. Así dejaría de preocuparme. Debería haberse mantenido firme, con coraje, y haberme dicho qué debía hacer yo. Ella era mi motor principal, quien me impulsaba a avanzar. ¿Por qué se dio por vencida tan rápido? ¿Por qué? ¿Acaso se había cansado de amarme? Eso es lo que no puedo soportar: que en realidad se marchara porque ya no le importaba yo…

Por eso le escribo y rompo las cartas: despotrico y desvarío y le digo que es culpa suya, culpa suya. Debería habérmelo impedido. No tendría que haberse marchado a la primera, sin más, solo con el bolso vacío, para adentrarse en la noche, desaparecer como por el borde de un precipicio. Recorro las calles buscando su cara, como una perla en la oscuridad, luminosa, tal como la recuerdo. Y una vez, al salir de un restaurante, vi a aquel hombre, Felton, el tipo que le había llevado la maleta en Salisbury, hablando y riéndose con una mujer de pelo moreno que le caía por la espalda. Por un loco instante estuve convencida de que era Mara.

Si alguien me dice que toda mi vida será así, escuchar la radio y dormir y comer con Andy, despertarme por la mañana e irme a la cama por la noche, me mataré.

A veces finjo que estoy en una colina de Gales, con Mara a mi lado, el sol bailando sobre su piel, una nubecilla como un borrón en la montaña de la lejanía. Incluso intenté localizar a aquella familia de Gales, los Bradford. Tal vez, sí, tal vez ellos supieran dónde estaba Mara. Pero no logré encontrarlos.

Y así sigo, por seguir, mientras el otoño se asienta y la oscuridad se cierne para dar paso a otro invierno avasallador, a un frío tan frío, a unos días cortos tan cortos que hay que encender la luz a las cuatro de la tarde; así que enciendo la luz y subo el volumen de la radio y corro las cortinas para no dejar entrar a la noche.

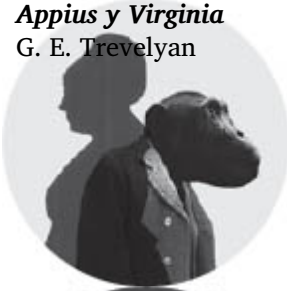
1Traducción extraída de William Blake, *Matrimonio del cielo y el infierno / Cantos de inocencia / Cantos de experiencia*, trad. de Soledad Capurro, Madrid, Visor, 2015.

TRÁN
SITO

TROS TÍTULOS PUBLICADOS

Ya casi no me acuerdo
Clara Morales

Appius y Virginia
G. E. Trevelyan



Una mínima infelicidad
Carmen Verde

Todo el mundo sabe que tu madre es una bruja
Rivka Galchen

Renata sin más
Catherine Guérard

Generaciones
Lucille Clifton

Mis malos pensamientos
Nina Bouraoui

TRÁN
SITO

Editorial Tránsito es respetuosa con el medio ambiente: este libro ha sido impreso en un papel ahuesado procedente de bosques gestionados de forma responsable.